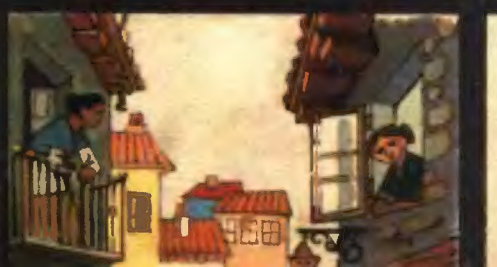
Eugenio de Bustos

VELA Y ANCLA



DONCEL

EUGENIO DE BUSTOS

VELA Y ANCLA

DONCEL

1.ª edición, diciembre, 1958.
2.ª edición, octubre, 1959.
3.ª edición, marzo, 1960.
4.ª edición, julio, 1960.
5.ª edición, agosto, 1961.
6.ª edición, agosto, 1962.
7.ª edición, agosto, 1963.
8.ª edición, agosto, 1964.

© *Delegación Nacional de Juventudes.*

• **Obra declarada texto para las enseñanzas de Educación Política (varones) en el primer curso de Bachillerato.**

• **La portada y encartes, dibujados por Celedonio Perellón, han sido tirados en offset por Rivadeneyra, S. A.**

• **Distribución: Ediciones Doncel. Pérez Ayuso, 20. Teléfono 255 82 02. Madrid (2). ESPAÑA.**

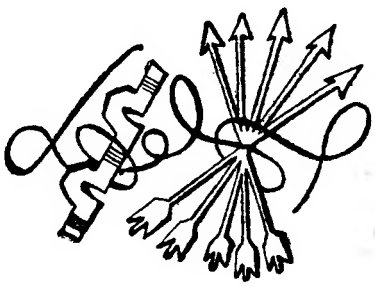
Depósito legal: M. 8.570.—1964

IMPRESORES DE RIVADENEYRA, S. A.—PASEO DE ONÉSIMO REDONDO, 26.—MADRID.

"ESTUDIAR ES YA SERVIR A ESPAÑA"

"En cada uno de nuestros actos, en el más familiar de nuestros actos, en la más humilde de nuestras tareas diarias, estamos sirviendo, al par que nuestro modesto destino individual, el destino de España, y de Europa, y del mundo, el destino total y armonioso de la Creación."

JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA



TU eres una promesa de hombre; has empezado a ser eso tan difícil y maravilloso que llamamos hombre. Yo quisiera ayudarte a serlo, como un padre que lleva de la mano al hijo en sus primeros pasos, o como la madre que le enseña—cuando apenas sabe hablar—las primeras oraciones. Yo también necesité de los demás para aprender. Y mañana tus hijos precisarán la misma ayuda.

Esta es una de las verdades más ciertas que hay en la vida del hombre; me gustaría que la hicieses tuya desde ahora. Recoges una vieja herencia de esfuerzos y trabajos de todos los hombres que han sido antes de que tus ojos asombrados descubrieran la luz. Este papel y esta tinta en que se imprimen mis ideas, las mismas palabras con que te estoy hablando, son he-

rencia. Y tus esfuerzos, alegrías y penas, serán mañana el mejor legado para tus hijos.

Por eso he procurado recoger en este libro palabras de muchos hombres que van a hablarte de esa vida que empiezas a estrenar casi ahora mismo. La mayoría de ellos han muerto; otros aún se alegran cuando los gallos anuncian la llegada de un nuevo día, o se llenan de melancolía cuando muere el sol. Cada uno de ellos te dirá algo; quizá lo que tú escuches será distinto de lo que yo he oído. Los hombres nos equivocamos muchas veces cuando queremos pensar como niños. Pero eso no tiene ahora demasiada importancia. Lo que quisiera es que abras tus oídos y escuches sus voces. Algunas vienen enseñando a los hombres desde hace muchos siglos; otras podrías escucharlas aún. Pero en todas ellas hay una porción de verdad que puede servirte: ten coraje para descubrirla; valor alegre para vivirla.

Tendría que pedirte perdón por la premura con que he reunido estos textos, pero las cosas no se pueden hacer a la medida de nuestros deseos. No me preocupa que quizá con ellos intente contestar a unas preguntas que ni siquiera te has hecho. Tampoco, que haya algunos que no entiendas fácilmente; demuestra que quieres ser hombre, luchando con las palabras hasta conseguirlo. Pregunta siempre, sin temor, mirando a los ojos limpiamente. Sólo preguntando se aprenden los caminos.

Empiezas a vivir; tienes en tus manos un maravilloso tesoro cuyo valor sólo conocerás cuando no puedas comprarlo. Guarda intacta esa alegría. Porque ahora puedes elegir cualquier rumbo, por imposible que parezca. Ser niño es este milagro: poder serlo todo. Conserva tu mirada siempre nueva sobre todas las cosas del ancho mundo en que has venido a la vida.

Ese es mi último consejo. Ahora, toma y lee. Mi mejor gozo será el mismo, aunque un poco más pequeño, que el del apóstol San Juan: "Mi mayor alegría es saber que mis hijos andan en la verdad."

EL AUTOR.

Madrid, San Luis, 1959.

TU y YO

TU y YO

"En el principio existía ya el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por El fueron hechas todas las cosas; y sin El no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas; en El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres..."

Así comienza el Evangelio de San Juan contestando a las más profundas preguntas que el hombre puede hacerse: ¿Quién soy? ¿Cuál es mi origen? Y aunque tú aún no has pensado en ellas, conviene que ya vayas entendiendo la respuesta que es común a todos los hombres.

Pedro Calderón de la Barca hablaba de estas cosas a los hombres sencillos de nuestros campos mientras el mundo de entonces andaba en guerras defendiendo su fe. Sus sermones se decían sobre escenarios improvisados en las plazas de los pueblos. En ellos cobraban vida dramática el Amor, la Sabiduría, el Poder, el Hombre, la Gracia, el Pecado..., el Pobre, el Rey, la Hermosura... Y en sus autos sacramentales se narraban las verdades de Dios y de los hombres, de la vida y de la muerte...

Le gustaba fingir que los cuatro elementos—Tierra, Agua, Aire y Fuego—que forman el Universo disputaban por saber quién de ellos era el mayor. Entonces, Dios Padre decidió crear un príncipe de todas las cosas creadas, que fuera el señor de todos ellos. Los llamó y, tomando polvo de la tierra, la amasó con los cristales del agua. En sus venerables y santas

manos, el barro fue tomando forma a imagen y semejanza suya. Sopló suavemente después sobre el rostro, y la vida entró en el barro como una brisa de amanecer, dándonos el calor del fuego. Así fue creado el primer hombre.

Creación de la mujer

Sí, estamos hechos de tierra, agua, aire y fuego unidos por Amor. Pero ni tú, ni yo, ni nadie, hemos nacido solos. Hemos necesitado un hombre y una mujer: padre y madre que, uniendo sus sangres, han hecho brotar la tuya. No podemos nacer sin el querer de nuestros padres. El mismo Dios, al comenzar el tiempo, pensó en una Familia suya para hacerse Hombre. Hemos venido a la vida por amor de otros, para que amemos a los demás. Por eso el primer hombre necesitó una compañera.

Escucha las palabras más viejas, hondas y verdaderas que poseemos los hombres: la Biblia, libro de los libros:

"Y se dijo Yavé Dios: "No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle una ayuda semejante a él." Y Yavé Dios trajo ante Adán todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera. Y dio Adán nombre a todos los ganados, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo; pero entre todos ellos no había para Adán ayuda semejante a él. Hizo, pues, Yavé Dios caer sobre Adán un profundo sopor; y dormido, tomó una de sus costillas, cerrando en su lugar la carne, y de la costilla que de Adán tomara, formó Yavé Dios a la mujer, y se la presentó a Adán. Adán exclamó:

"Esto sí que es ya hueso de mi hueso y carne de mi carne.
Esto se llamará mujer, porque del varón ha sido tomada.
Dejará el hombre a su padre y a su madre,
y se unirá a su mujer,
y vendrán a ser los dos una sola carne."

***(Libro del Génesis,* II, 18-24.)**

Amor del hijo al padre

Adán y Eva se quisieron dulcemente, con ternura. Y su amor floreció en sus hijos y los hijos de sus hijos, que se multiplicaron como las estrellas de los cielos y las arenas del mar. De esas primeras caricias venimos todos los que nos llamamos hombres; venimos amando ya a nuestros padres, porque ellos nos han querido antes de que nuestros ojos se abrieran a la luz.

Quizá te hayas preguntado algunas veces cómo has de querer a tu padre. Yo no podría decirte ahora mismo cuál es el secreto. Pero creo que podrás descubrirlo en la historia de Tobías, el muchacho de que nos habla la Escritura.

"Hubo un hombre justo llamado Tobit, de la tribu de Neftalé, cautivo en Nínive con todo el pueblo hebreo. Y acaeció, que una noche se durmió en el atrio de la casa y, teniendo los ojos abiertos, los pájaros dejaron caer sobre sus pupilas estiércol caliente, que le produjo unas manchas blancas y le quitaron la vista. Y la pobreza vino a su casa, entre las lamentaciones de Ana, su mujer. Y Tobit, triste y dolorido, oró al Señor, diciéndole:

"Haz conmigo según tu voluntad. Quítame el aliento de vida para que muera y me convierta en polvo, porque más prefiero morir que vivir, pues he oído ultrajes mentirosos, y una gran tristeza se apodera de mí. Haz que yo sea libertado de esta angustia. Para ir al eterno lugar, no apartes tu rostro de mí."

Después llamó a su hijo Tobías para darle sus últimos consejos. Y recordó que Gabael, vecino de una lejana ciudad, le debía diez talentos de plata. Entonces le entregó el recibo que conservaba de la deuda y le encargó que buscase un acompañante, pues el viaje era largo y peligroso. Tobías, obediente, salió a buscarlo, y encontró un hombre dispuesto; pero, como no le conocía, le preguntó:

—¿Podrías acompañarme a Ragues de Media, si es que conoces el camino?

—Yo iré contigo, que conozco bien el camino y hasta he sido huésped de Gabael, nuestro hermano.

—Espera un poco; voy a decírselo a mi padre.

—Vete y no tardes.

Y Tobías, alborozado, corrió para comunicar a su padre que había encontrado acompañante. Pero Tobit quiso conocerle para saber si era de confianza, su nombre, quiénes eran sus familiares y cuánto debía pagarle

por acompañar a su hijo. Cuando se pusieron de acuerdo, prepararon todas las cosas necesarias para un viaje tan largo, y Tobit despidió a su hijo con estas palabras:

—"Parte con éste, y Dios, que mora en los cielos, os dé un feliz viaje y un ángel os acompañe." Y partieron acompañados del perro de Tobías, mientras la madre lloraba su marcha, porque creía que no volvería a verle. Pero Tobit la consoló, diciéndole: "Volverá sano, y tus ojos lo verán. Porque un ángel bueno le acompaña, tendrá un viaje feliz y volverá sano." Y ella dejó de llorar.

Los caminantes siguieron su viaje hasta llegar a orillas del río Tigris. Tobías bajó a bañarse al río, del que salió un pez que quería devorarle. Pero Rafael—que así dijo llamarse su acompañante—le dijo: "Cógelo, descuartiza el pez, separa el corazón, el hígado con la hiel, y ponlos aparte." Y después comieron el pez asado sobre las brasas de una pequeña fogata.

Continuaron su marcha, y, al llegar cerca de Ecbatana, Tobías preguntó a Rafael para qué servían el corazón y el hígado con la hiel de aquel pez. Y Rafael se lo explicó. Y buscaron acomodo en casa de Ragüel, pariente de Tobías, para descansar.

Ragüel tenía una hija, joven y bella, llamada Sara, que no había podido tomar marido porque el diablo Asmodeo—que la amaba—mataba a todos sus prometidos. Y Tobías, enamorado de Sara, temió que a él le ocurriese lo mismo que a los siete varones que quisieron hacerla su esposa antes que él. Pero Rafael le dijo que cuando entrase en la cámara nupcial pusiera sobre el brasero de los perfumes trozos del corazón y del hígado del pez cogido en el Tigris. Y que después hiciese oración a Dios misericordioso para que bendijese su matrimonio. Tobías obedeció en todo, y el demonio huyó. Y la alegría reinó en la casa de Ragüel mientras se celebraban las fiestas de esponsales, que duraron catorce días.

Rafael, enviado por Tobías, fue de Ecbatana a Ragues de Media para cobrar la deuda a Gabael e invitarle a las bodas de Tobías. Pero, entretanto, Tobit estaba contando los días, y viendo que su hijo no regresaba, imaginaba qué podría haberle detenido en el camino. Y su mujer se lamentaba, llorándole por muerto. Todos los días Tobit y Ana salían al camino por donde se fue para ver si volvía. Y las noches eran tristes, porque se cumplía una nueva desilusión. Pero seguían esperando.

Acabadas las fiestas de esponsales, Tobías pidió a Ragüel que le dejase volver con su padre. Su suegro se oponía, pero las peticiones de Tobías movieron su corazón, y les dejó partir, dándoles la mitad de su hacienda, siervos, ganados y dinero. Y Tobías conoció la alegría del regreso acompañado de Sara y Rafael.

Cuando estaban cerca de Nínive, se adelantaron Rafael y Tobías para preparar la casa, y Rafael le dijo: "Estoy seguro de que tu padre recobrará la vista. Untale los ojos con la hiel; al escocerle, se frotará, se desprenderán las cataratas y verá".

Ana pasaba las horas sentada a la puerta de casa, mirando el sendero por donde había marchado su hijo. Por eso fue la primera en verle regresar. Y gritando de contento, corrió a abrazarle. Y la alegría de sus voces llenó la casa. Tobit también quiso correr, pero tropezó en la puerta y estuvo a punto de caer. Tobías corrió a abrazarle, y derramó la hiel sobre sus ojos, diciéndole: "¡Animo, padre!" Cuando puso la hiel sobre sus ojos, Tobit sintió un fuerte escozor, por lo que se los frotaba con sus manos. Y al restregárselos cayeron las escamas que cerraban su vista, y tuvo el gozo de ver de nuevo a su hijo. Durante siete días, grandes fiestas anunciaron a los parientes y amigos la alegría de Tobit y su familia.

Cuando pasaron las fiestas, el anciano Tobit y su hijo llamaron a Rafael y le dijeron: "Toma la mitad de todo lo que habéis traído y vete en paz." Entonces Rafael, llamando a los dos aparte, les dijo:

"Bendecid al Señor, dadle gloria y alabanza y pregonad a todos los hombres lo que ha hecho con vosotros... Nada os quiero ocultar. Cuando orabais, yo presentaba al Santo de los Santos vuestras oraciones. Por eso me envió Dios para ayudaros. Yo soy Rafael, uno de los siete santos ángeles que presentamos las oraciones de los justos y tienen entrada ante la majestad del Santo de los Santos."

Tobías y su padre, llenos de temor, hincaron sus rodillas y ocultaron el rostro entre el polvo de la tierra. Pero el ángel les dijo: "No temáis; la paz sea con vosotros. Ahora alabad al Señor, que yo me subo al que me envió, y poned por escrito todo lo sucedido."

(Sagrada Biblia, *Libro de Tobías*. Narración de E. B.)

Y eso hicieron. Y, recogiendo sus palabras, yo he resumido para ti su maravillosa historia. Creo que en ella está el secreto verdadero del amor. Querer a otro es buscar su felicidad, su alegría, antes que la nuestra. Descubrir lo que necesita, averiguar la razón de su tristeza y remediarlo en la medida de nuestras fuerzas. Algunas veces te costará trabajo hacerlo; otras no sabrás tal vez cómo lograrlo. Pero piensa siempre que en las más pequeñas cosas puedes amar a tu padre. Como Tobías.

Amor del padre al hijo

Ya sé que no te asombra demasiado esta historia. Y que te sientes capaz de realizarla tú mismo. Porque sabemos cuánto nos ha querido nuestro padre y cuánto le duelen nuestros dolores. Hace mucho tiempo (aún estaban los musulmanes en España), un padre perdió a sus hijos, víctimas de una traición. Llevaron ante él las cabezas ensangrentadas de sus hijos y del ayo a quien había confiado su educación. Y lloró su muerte hablando a cada una de esta manera:

Así razona con ellas,
como si vivos hablasen:
—¡Sálveos Dios, Nuño Salido,
el mi compadre leal!,
¿adónde son los mis hijos
que yo os quise encomendar?
Mas perdonadme, compadre,
no he por qué os demandar;
muerto sois como buen ayo,
como hombre muy de fiar.
Tomara otra cabeza
del hijo mayor de edad:
—Oh, hijo Diego González,
hombre de muy gran bondad,
del conde Garci Fernández
alférez el principal,
a vos amaba yo mucho,
que me habíades de heredar!
Alimpiándola con lágrimas
volviérala a su lugar.
Y toma la del segundo,
don Martín que se llamaba:
—¡Dios os perdone, el mi hijo,
hijo que mucho preciaba;

jugador de tablas erais
el mejor de toda España;
mesurado caballero,
muy bien hablabais en plaza!
Y dejándola llorando,
la del tercero tomaba:
—¡Hijo don Suero González,
todo el mundo os estimaba;
un rey os tuviera en mucho
sólo para la su caza!
Ruy Velázquez, vuestro tío,
malas bodas os depara;
a vos os llevó a la muerte;
a mí, en cautivo dejaba!
Y tomando la del cuarto,
lasamente la miraba:
—¡Oh hijo Fernán González
(nombre del mejor de España,
del buen conde de Castilla,
aquel que vos baptizara),
matador de oso y de puerco,
amigo de gran campaña;
nunca con gente de poco
os vieron en alianza!
Tomó la del Ruy González,
al corazón la abrazaba:
—¡Hijo mío, hijo mío,
quién con vos se hallara;
gran caballero esforzado,
muy buen bracero a ventaja;
vuestro tío Ruy Velázquez
tristes bodas ordenara!
Y tomando otra cabeza,
los cabellos se mesaba:
—¡Oh hijo Gustios González,
habíades buenas mañas,
no dijérades mentira
ni por oro ni por plata;
animoso, buen guerero,
muy gran heridor de espada,
que a quien dábades de lleno

tullido o muerto quedaba!
Tomando la del menor,
el dolor se le doblaba:
—¡Hijo Gonzalo González,
los ojos de doña Sancha!
¡Qué nuevas irán a ella,
que a vos más que a todos ama!
Tan apuesto de persona,
decidor bueno entre damas,
repartidor de su haber,
aventajado en la lanza!
¡Mejor fuera la mi muerte
que ver tan triste jornada!
Al duelo que el viejo hace,
toda Córdoba lloraba.

(Romance cuarto de *Los infantes de Lara*.
Versión de R. MENENDEZ PIDAL.)

Amor a la madre

Y la madre..., la tuya, la mía. ¿Qué palabras dulces como la miel y tiernas como el pan recién cocido podremos buscar ahora? Su nombre es la primera palabra que los hombres aprendemos en todas las lenguas del mundo. Tal vez por eso mismo la repitamos siempre que el dolor nos aprieta la carne y estremece nuestros huesos, o cuando tenemos una pena tan honda que apenas podemos contarla.

Sí—tú y yo lo sabemos bien—, es muy difícil hablar de ella. Quererla es más sencillo. Como la quiso una niña japonesa de quien te habla un español que vivió en las lejanas islas donde nace el sol:

"Mucho tiempo ha, vivían dos jóvenes esposos en un lugar muy apartado y rústico. Tenían una hija, y ambos la amaban de todo corazón. No diré los nombres de marido y mujer, ya que cayeron en olvido; pero diré que el sitio en que vivían se llamaba Matsuyama, en la provincia de Echigo.

Hubo de acontecer, cuando la niña era aún muy pequeñita, que el padre se vio obligado a ir a la gran ciudad, capital del Imperio. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podían acompañarle, y él se fue solo, despidiéndose de ellas y prometiendo traerles, a la vuelta, muy lindos regalos.

La madre no había ido nunca más allá de la cercana aldea, y así, no podía desechar cierto temor al considerar que su marido emprendía tan largo viaje; pero al mismo tiempo sentía orgullosa satisfacción de que fuese él, por todos aquellos contornos, el primer hombre que iba a la rica ciudad, donde el rey y los magnates habitaban, y donde había que ver tantos primores y maravillas.

En fin, cuando supo la mujer que volvía su marido, vistió a la niña de gala, lo mejor que pudo, y ella se vistió un precioso traje azul, que sabía que a él le gustaba en extremo.

No atino a encarecer el contento de esta buena mujer cuando vio al marido volver a casa sano y salvo. La chiquitina daba palmadas y sonreía con deleite al ver los juguetes que su padre le trajo. Y él no se hartaba de contar las cosas extraordinarias que había visto durante la peregrinación y en la capital misma.

—A ti—dijo a su mujer—te he traído un objeto de extraño mérito; se llama espejo. ¡Míralo y dime qué ves dentro!

Le dio entonces una cajita chata, de madera blanca, donde, cuando la abrió ella, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco, como plata mate, con adornos en realce de pájaros y flores, y por el otro brillante y pulido como cristal. Allí miró la joven esposa con placer y asombro, porque desde su profundidad vio que la miraba, con labios entreabiertos y ojos animados, un rostro que alegre sonreía.

—¿Qué ves?—preguntó el marido, encantado del pasmo de ella y muy ufano de mostrar que había aprendido algo durante su ausencia.

—Veo una linda moza, que me mira y que mueve los labios como si hablase, y que lleva, ¡caso extraño!, un vestido azul, exactamente como el mío.

—Tonta, es tu propia cara lo que ves—le replicó el marido, muy satisfecho de saber algo que la mujer no sabía—. Ese redondel de metal se llama espejo. En la ciudad, cada persona tiene uno, por más que nosotros, aquí en el campo, no los hayamos visto hasta ahora.

Encantada la mujer con el presente, pasó algunos días mirándose a cada momento, porque, como ya dije, era la primera vez que había visto

un espejo y, por consiguiente, la imagen de su linda cara. Consideró, con todo, que tan prodigiosa alhaja tenía sobrado precio para usada de diario, y la guardó en su cajita y la ocultó con cuidado entre sus más estimados tesoros.

Pasaron años, y marido y mujer vivían aún muy dichosos. El hechizo de su vida era la niña, que iba creciendo y era el vivo retrato de su madre, y tan cariñosa y buena, que todos la amaban. Pensando la madre en su propia pasajera vanidad, al verse tan bonita, conservó escondido el espejo, recelando que su uso pudiera engreír a la niña. Como no hablaba nunca del espejo, el padre lo olvidó del todo. De esta suerte se crió la muchacha tan sencilla y candorosa como había sido su madre, ignorando su propia hermosura y que la reflejaba el espejo.

Pero llegó un día en que sobrevino tremendo infortunio para esta familia, hasta entonces tan dichosa. La excelente y amorosa madre cayó enferma, y, aunque la hija la cuidó con tierno afecto y solícito desvelo, se fue empeorando cada vez más, hasta que no quedó esperanza, sino la muerte.

Cuando conoció ella que pronto debía abandonar a su marido y a su hija, se puso muy triste, afligiéndose por los que dejaba en la tierra, y, sobre todo, por la niña.

La llamó, pues, y le dijo:

—Querida hija mía, ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy a morir y a dejaros solos a ti y a tu amado padre. Cuando yo desaparezca, prométeme que mirarás en el espejo, todos los días, al despertar y al acostarte. En él me verás y conocerás que estoy siempre velando por ti.

Dichas estas palabras, le mostró el sitio donde estaba oculto el espejo. La niña prometió con lágrimas lo que su madre pedía, y ésta, tranquila y resignada, expiró a poco.

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno, y cada mañana y cada tarde tomaba el espejo del lugar en que estaba oculto y miraba en él por largo rato e intensamente. Allí veía la cara de su querida madre, brillante y sonriente. No estaba pálida y enferma, como en sus último días, sino hermosa y joven. A ella confiaba de noche sus disgustos y penas del día, y en ella, al despertar, buscaba aliento y cariño para cumplir con sus deberes.

De esta manera vivió la niña como vigilada por su madre, procurando complacerla en todo, como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla o enojarla. Su más puro contento era mirar en el espejo y poder decir:

—Madre, hoy he sido como tú quieres que yo sea.

Advirtió el padre, al cabo, que la niña miraba, sin falta, en el espejo cada mañana y cada noche, y parecía que conversaba con él. Entonces le preguntó la causa de tan extraña conducta.

La niña contestó:

—Padre, yo miro todos los días en el espejo para ver a mi madre y hablar con ella.

Le refirió, además. el deseo de su madre moribunda y que ella no había dejado de cumplirlo.

Enternecido por tanta sencillez y tan fiel y amorosa obediencia, vertió lágrimas de piedad y de afecto, y nunca tuvo corazón para descubrir a su hija que la imagen que veía en el espejo era el trasunto de su propia dulce figura, que el poderoso y blando lazo del amor filial hacía cada vez más semejante a la de su difunta madre."

(JUAN VALERA: *El espejo de Matsuyama.*)

Amor de la madre

¿Y el cariño de nuestras madres? Apenas si tiene palabras: se hace caricia y canción. Canción de cuna para dormirnos mansamente en sus brazos mientras velan nuestros sueños. Jesús llora suavemente en el pesebre, y Madrid—Madre de todas las madres—arrulla su sueño:

"Ella entonces, desatando
la voz regalada y tierna,
así tuvo a su armonía
de la de los cielos suspensa:
—Pues andáis en las palmas,
ángeles santos,

que se duerme mi niño,
tened los ramos.
—Palmas de Belén,
que mueven airados
los furiosos vientos
que suenan tanto,
no le hagáis ruido,
corred más paso;
que se duerme mi niño,
tened los ramos.
—El Niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto.
Que se duerme mi niño,
tened los ramos.
—Rigurosos yelos
le están cercando;
ya veis que no tengo
con qué guardarlo.
Angeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi niño,
tened los ramos."

(LOPE DE VEGA: *Villancico.*)

Perellón

Los hermanos

Yo no sé si tienes la alegría de un hermano. En mi casa hemos sido cinco, y muchas veces hemos discutido y peleado. Pero muchas más, tantas que hemos perdido la memoria, nos hemos ayudado unos a otros y hemos jugado y reído bajo el sol, sobre la mansa arena de la playa. Por eso creo maravilloso que todos los hombres nos podamos llamar hermanos de verdad, y ser generosos unos con otros, como lo fue José:

"Recordaréis que Jacob había tenido doce hijos. Era una hermosa familia, como muchas de las que existieron en aquellos antiquísimos tiempos. Indudablemente, Jacob amó con ternura a los doce. Sin embargo, hemos de decirlo, sintió predilección por uno de ellos, llamado José, que le recordaba a la querida Raquel, su esposa, muerta hacía poco tiempo.

Por otra parte, era perfectamente explicable esta preferencia. José era tan bello, tan distinguido y, sobre todo, tan inteligente... Los niños israelitas tienen, con frecuencia, una vivacidad tan precoz, que les hace parecer de mayor edad que la que tienen. Jacob mimaba un poco a su predilecto: le había regalado unas abigarradas vestiduras que le envidiaban los otros.

Y, confesémoslo, José no hacía nada por aminorar los celos que experimentaban sus hermanos. Al contrario: incluso se vanagloriaba de ello. Contaba, por ejemplo, los sorprendentes sueños que había tenido.

—Soñé—decía—que estábamos a punto de realizar la cosecha. La gavilla que yo había atado era mayor y más hermosa que las de los demás; estaba en medio del campo segado, y las otras se prosternaban ante ella y la adoraban.

—¿Y qué significa esto?—le preguntaban sus hermanos, burlándose de él.

—Que yo seré vuestro jefe, vuestro maestro, y que tendréis que prosternaros ante mí.

¡Pensad si sus hermanos se sentirían contentos!

Un día en que los rebaños de Jacob pacían lejos, en la montaña, el patriarca, al ver que se demoraban demasiado, envió a José a sus hermanos para que volviera con ellos.

—¡Mirad al hombre de los sueños!—exclamó uno al verlo.

—El engreído, el vanidoso—replico otro.

—¿Y si lo matáramos?—repuso un tercero.

—En esta montaña salvaje será fácil hacerlo. Dirán que lo ha matado un león.

Y solamente Rubén, el primogénito, protestó:

—No—dijo—, no debemos manchar nuestras manos con la sangre de nuestro hermano. Estoy de acuerdo en que debemos desembarazarnos de ese vanidoso charlatán, pero no matarlo. Apoderémosnos de él y vendámoslo como esclavo. Llevaremos a nuestro padre sus vestiduras, esas ropas de las que se siente tan orgulloso, después de haberlas manchado con la sangre de un cordero. Así creerá que lo ha devorado una fiera. Y si todos guardamos el secreto, ¿quién podrá salvarle?

Así se dijo y así se hizo. Cuando José llegó ante sus hermanos, se lanzaron éstos sobre él y le ataron como a un animal que es llevado a la feria, y para que no pudiera huir le metieron en una cisterna vacía.

Cuando el pobre Jacob recibió las ropas manchadas de sangre, creyó todo lo que le contaron. Se desesperó por haber sido la causa de que su hijo hubiese caído en las garras de un león, y, vistiendo luto por él, lo lloró mucho tiempo.

Sin embargo, no muy lejos de la cisterna, en la que aguardaba, no muy cómodamente, el desventurado José, pasó una caravana. Eran habitantes del desierto, parecidos a los beduinos de nuestros días, que comerciaban con toda el Asia occidental y que eran, por otra parte, un poco bandidos. Los malvados hermanos les propusieron cederles un esclavo a buen precio, algo así como por unas veinte pesetas. Y los nómadas se llevaron a José para revenderlo en otra parte.

Iban a Egipto. Muchas de estas caravanas llevaban al país del Nilo los productos de Mesopotamia y volvían después al Eufrates llevando consigo objetos egipcios. Cuando hubieron entregado a José al mercado de esclavos —porque entonces había mercado de esclavos, donde se vendían los hombres como hoy se venden cerdos y carneros—, acertó a pasar por allí el jefe de la guardia real. Se llamaba Putifar, y era un personaje muy poderoso. Se sintió cautivado por la belleza y la inteligencia que aparentaba aquel adolescente; lo compró y se lo llevó como esclavo a su palacio.

En fin, como podéis ver, José, en su desgracia, había tenido todavía suerte. Pudieron haberle matado, pero no lo hicieron. Pudo haber sido comprado por un hombre cruel que le hubiera hecho trabajar penosamen-

te, pero no fue así. Y Putifar no tardó en sentir afecto por su joven esclavo; hizo de él su intendente y le dejó, en plena libertad, administrar su casa. Ciertamente, Dios había protegido a José, quien, por otra parte, lo había merecido, pues el muchacho era el más honrado, creyente y razonable que se podía encontrar. Todas estas cualidades las demostró en una circunstancia bien dramática por cierto, y salió con bien de un mal paso.

La mujer de Putifar no se merecía el excelente marido que tenía. Malvada y embustera, después de haberse enamorado locamente del hermoso José, quiso tenerlo bajo sus garras. Para perderlo, fue a buscar a su marido y acusó al joven israelita de que le había faltado al respeto gravemente. Putifar vaciló antes de creer que su amado servidor se hubiese comportado tan mal, pero su mujer exigió para él un grave castigo, acumulando tantas pruebas de lo que pretendía había sido la falta del esclavo, que Putifar cedió e hizo encarcelar a José.

Habiendo así cambiado la confortable vida del palacio de Putifar por la tristeza de un calabozo, el joven hebreo no se dejó, sin embargo, llevar por la desesperación. En la cárcel se mostró tan animoso y tan digno, que incluso el jefe de los carceleros le dispensó su amistad. Desde el fondo de su desventura continuaba rogando a Dios y pidiéndole que le ayudara. Y Dios, que había concebido grandes proyectos sobre este joven tan extraordinario, lo protegió.

Al mismo tiempo que José, encontrábanse encarcelados dos poderosos personajes que habían sido ministros del Faraón. ¿De qué se les acusaba? Probablemente, de haber robado un poco al Estado. Y ahora esperaban con ansiedad el juicio del rey. Una mañana se despertaron y se contaron uno a otro un sueño que habían tenido por la noche. El sueño era muy extraño, y ninguno supo descifrar su significado. Pero José, entre otras cualidades, poseía la de interpretar los sueños.

—Tu sueño—dijo a uno de los ministros—significa que el Faraón te perdonará y rehabilitará en tu cargo. En cuanto a ti—dijo, dirigiéndose al otro—, tu sueño te anuncia lo peor: el rey te hará ahorcar, y las aves del cielo devorarán tu cuerpo en el patíbulo.

Y ocurrió exactamente como José lo había anunciado. Mas el ministro repuesto en su cargo olvidó a José.

Algún tiempo más tarde, el propio Faraón, el rey todopoderoso, tuvo un sueño que le preocupó terriblemente. Hallábase a la orilla de un río viendo pacer a siete vacas magníficas, gruesas y de piel reluciente. De pronto salieron de los aguazales otras siete vacas, horriblemente flacas y de una fealdad espantosa. Las vacas flacas se lanzaron sobre las vacas gordas y en un abrir y cerrar los ojos las devoraron. (A decir verdad, este sueño es demasiado inverosímil, porque nunca se ha visto que una vaca

comiera carne. Pero vosotros ya sabéis lo que son los sueños, en los que frecuentemente se dan tan absurdos casos como éste y que no parecen tener razón ninguna.)

Cuando se despertó, el rey pidió que le explicaran este sueño, pero ningún adivino ni sacerdote lo supo, o bien no quiso encargarse de ello. No era muy difícil suponer que semejante sueño tuviera un espantoso significado. Sólo entonces el copero mayor se acordó del joven israelita encarcelado. El Faraón ordenó que fueran a buscarlo inmediatamente, le hicieran tomar un baño y le facilitaran hermosas vestiduras. Y José se presentó ante el rey. ¡Qué graciosa apostura era la suya! ¡Qué inteligente parecía!

—Señor—dijo—. tu sueño es muy fácil de comprender. Las siete vacas gordas significan que habrá en tu reino siete años de gran riqueza y de maravillosa fecundidad. Pero a ellos seguirán siete años de absoluta sequía (las siete vacas flacas), y durante la escasez tus vasallos se comerán las reservas y correrán el riesgo del hambre.

El Faraón levantó los brazos al cielo.

—¿Qué debo hacer entonces para escapar de tan horrible amenaza?

—Es muy sencillo—respondió José—. Provéase el Faraón de un varón inteligente y colóquelo al frente de Egipto, para que en el tiempo de abundancia recoja víveres para los años de hambre.

—En ti reside el espíritu de Dios—exclamó el Faraón—. Tú te encargarás de todo.

El Faraón quitóse del dedo un anillo de oro y del pecho un collar valiosísimo e hizo entrega de ellos al joven israelita.

Así fue cómo José se dispuso a gobernar el país del Nilo.

Debemos detenernos un momento en este maravilloso relato para hacernos una pregunta. ¿Es esto historia auténtica o simplemente un cuento? Tal vez hayáis estudiado ya en vuestros libros de Historia un capítulo dedicado a la civilización egipcia. Las pirámides, la esfinge, los obeliscos y el embalsamamiento de los muertos, a los que se convertían en momias; sin duda, sabéis todo esto. En efecto: conocemos muy bien la historia de Egipto. Y lo que podemos preguntarnos es si nuestros conocimientos históricos confirman los pormenores de la aventura de José.

Pues bien, sí: totalmente. En principio, se ha podido calcular que la estancia de José en Egipto debió tener efecto más allá del año 1600 antes de nuestra era, y se sabe que en esa época Egipto había sido gobernado por reyes procedentes de Asia, donde habían conquistado el poder y la fuerza. También los hebreos eran asiáticos, y esto explicará por qué el Faraón sintió simpatía por el joven José, que era un asiático como él.

Sabemos también que los egipcios concedían una gran importancia a

los sueños, y siempre los hacían interpretar. Para quien conoce Egipto, el sueño del Faraón se explica claramente. Ya os he dicho que, sin el Nilo, este país se convertiría en un desierto. El Nilo, al inundar sus valles, los humedece y permite efectuar en ellos excelentes cultivos. Pero supongamos que durante un año o varios años seguidos las aguas del Nilo no sean suficientes o que no se desborden con tanta intensidad como suelen; entonces, como allí no llueve nunca, se produce la sequía, el hambre, y los años de las vacas flacas suceden a los de las vacas gordas.

Y he aquí una circunstancia que demuestra que toda esta maravillosa historia es absolutamente verídica: en las tumbas del país del Nilo se encuentran numerosas pinturas. Conocemos algunas que representan a los ministros egipcios: se les ve llevar precisamente un anillo de oro en el dedo y un pesado collar sobre el pecho, exactamente como la Biblia dice que José los llevaba. Sobre este punto, como sobre muchos otros, la Historia nos demuestra que la Biblia dice la verdad.

Así, pues, José tenía ahora sobre sí el peso de gobernar a Egipto e impedir que sus habitantes perecieran de hambre cuando llegara el tiempo de las vacas flacas. De esta pesada tarea obtuvo un gran honor. Durante los años de fecundidad ordenó que se hicieran grandes reservas de trigo y alimentos, prohibiendo comer de todo, organizando lo que en nuestros días llamaríamos racionamiento. Y cuando llegó la escasez, gracias a sus graneros abarrotados, pudo alimentar fácilmente a todo el pueblo de Egipto, mientras otras naciones sufrían horriblemente a causa del hambre y acudían a las orillas del Nilo a mendigar un poco de trigo.

¡Qué triunfo fue éste para José! Gozaba ahora de una gran consideración. Era rico y se había casado con una joven de la nobleza egipcia, de quien tuvo hermosos hijos. Y más aún: Dios le dio ocasión de poder desquitarse de lo que le habían hecho sus hermanos, y ahora veréis de qué manera se aprovechó de ello.

Como tantas otras, durante los siete años de hambre, las tribus israelitas acudieron a Egipto en busca de alimento. Un día condujeron ante el primer ministro a un grupo de hebreos que suplicaban pan. Inmediatamente José los reconoció: eran sus hermanos. A pesar de los años que habían transcurrido, no podía equivocarse: eran ellos. Todopoderoso como era, podía vengarse de su crueldad de otro tiempo. Pero ni un solo instante pensó semejante cosa. Algún tiempo después, sin darse a conocer a ellos, les hizo una serie de preguntas. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿De Asia? ¡Era muy sospechoso! ¿No serían acaso espías enviados por los enemigos de Egipto? Y los hambrientos hebreos protestaban temblorosos.

Pero el corazón de José no pudo resistir más tiempo a la tentación.

Miró al último de sus hermanos, al más joven, a Benjamín. ¡Cómo se parecía a su madre! Y exclamó:

—¿No me conocéis? Soy José, vuestro hermano.

Y como ellos se prosternaran ante él espantados, atormentados por los remordimientos (ya veis cómo se cumplía el sueño de las gavillas), hizo que se levantaran y los abrazó.

—Os perdono de todo corazón—les dijo—. Volved en seguida a la tierra de Canaán. Id a nuestro anciano padre y decidle que soy el más afectuoso y respetuoso de sus hijos. Traedlo aquí, y venid vosotros con él; yo os daré tierras para que podáis vivir en el país de Egipto y no tengáis nunca que padecer escasez.

Y así se hizo. De este modo, cualquiera que crea en Dios debe perdonar las ofensas. Así fue cómo los hijos de Israel se instalaron en Egipto, en un lugar llamado Gessen, no lejos del delta del Nilo."

(DANIEL ROPS: *La Sublime Historia* ("Historia de José"), págs. 47-54, que corresponden en la *Biblia* al libro del *Génesis*, 37-48.)

El amigo

Puede ocurrir, sólo el Señor lo sabe, que no tengas hermanos. Pero estoy seguro que has leído la historia de Marcelino. Y me gustaría recordases cómo Marcelino encontró dentro de su corazón limpio un amigo al que contar sus pensamientos y aventuras.

"En sus juegos, Marcelino siempre contaba con un personaje invisible. Este personaje era el primer niño que él había visto en su vida. Ocurrió una vez que una familia que se trasladaba de un pueblo a otro fue autorizada por el Padre Superior a acampar cerca del convento para poder suministrarse de agua y otras cosas que necesitaba. Iba con la familia el menor de sus hijos, que se llamaba Manuel, y allí conoció por primera vez Marcelino a un semejante suyo de parecida edad. No había vuelto a olvidar a aquel niño con el que apenas si había cambiado algunas palabras durante el juego. Desde entonces, Manuel estaba siempre a su lado en la imaginación, y era tal la realidad con que Marcelino le veía, con su fle-

quillo rubio sobre los ojos y las respingadas naricillas nada limpias, que llegaba a decirle:

—Bueno, Manuel, quítate de ahí; ¿no ves que me estás estorbando?

Alguna vez se había preguntado a sí propio Marcelino por su origen y familia, por su madre y por su padre, y aun por sus hermanos, como él sabía que los más de los chicos tenían. Y también había llegado a preguntárselo a más de dos y tres de sus frailes favoritos, sin obtener otra respuesta que la de la historia de su hallazgo a las puertas del convento, o, si él insistía mucho y particularmente por la existencia de su madre, un gesto que se le antojaba muy vago, acompañado de estas pocas palabras:

—En el cielo, hijo; en el cielo...

Mientras veía caer la lluvia desde la puerta del convento, Marcelino pensaba en el invierno, sin ganas de que llegase. ¡Se ponía tan triste por el invierno! Los pájaros desaparecían en su mayoría y los otros bichos se escondían en sus agujeros. A Marcelino sólo le quedaba entonces "Mochito"; pero como era viejo ya no le divertía jugar, y a veces le soltaba un bufido a su amigo. Estos pensamientos llevaron a Marcelino el recuerdo del hombre del desván. Había pasado varios días desde que lo viera por la primera vez. Marcelino pensaba en que cuando fuera invierno no podría subir, porque los frailes estaban mucho más en casa que fuera de ella, aunque ellos no tuvieran miedo de las tormentas, ni de la lluvia, ni del frío, y siguieran saliendo a diario a sus cosas; pero regresaban mucho antes, y la casa estaba más silenciosa y le podrían oir. Marcelino decidió subir de nuevo a ver al hombre antes de que llegara el invierno.

Había pensado mucho en él. Tanto, que había llegado a hacer las más diversas suposiciones. La primera de todas, si aquel hombre saldría alguna vez del desván o si se estaría allí siempre, con los brazos abiertos y apoyados contra la pared, como estaba fray Malo tendido en el lecho desde hacía tantísimos años. ¿Estaría también enfermo el hombre del desván? Por una parte, el terror que Marcelino había padecido cuando lo vio, y por otra, la conmiseración y la pena que le producía pensar en que el hombre del desván pudiera estar enfermo, además de desnudo y solitario, allá arriba, le aumentaban los deseos de subir otra vez y mirar mejor. Quizá había tenido tanto miedo porque le dijeron los frailes que aquel hombre se lo podría llevar para siempre. Pero si hubiese querido llevárselo, no hubiera tenido que esperar tanto, pensaba Marcelino. ¡Tantas veces había estado él casi solo en el convento, por la huerta y por el campo!... Con un hombre no hubiese podido luchar, y se había visto precisado a dejarse llevar, quieras que no.

Cuando la lluvia cesó y la tormenta se hubo alejado mucho, Marcelino ya estaba decidido. Tenía su plan, y en este plan intervenía también Ma-

nuel, el amigo invisible, y "Mochito", que cerraba sus ojos medio ciegos muy cerca del fogón de la cocina.

—Mira, Manuel, tenemos que subir. Yo hago lo mismo que la otra vez: llevo mi palo y las sandalias en la mano. Cuando llegue a la puerta, lo abro un poco y me quedo mucho rato mirando, para ver si el hombre se mueve. Si se mueve, salimos corriendo. Si no, con mi palo abro el ventanillo y lo miramos. Mientras yo hago todo esto, tú vigilas la escalera, ¿eh? No vayan a venir los padres y nos cojan.

Marcelino esperó el momento propicio. Cada vez que pensaba en ello se le hacía difícil respirar. Poco a poco se fue acostumbrando, y todo su afán era sorprender las conversaciones de los frailes, para calcular mejor el día en que habría de correr su segunda aventura.

Por fin, el día llegó. Las tormentas no habían vuelto, y los frailes, como siempre por el otoño, estaban muy ocupados en prevenir hasta donde fuera posible la llegada del invierno, y hacían un gran esfuerzo, cuando el Padre Superior daba la orden, para arreglar la casa y reunir todas las limosnas que pudieran. El invierno era largo, y los caminos, en el peor tiempo, se ponían imposibles. Había años en que los frailes estaban durante un mes, y más aún, por la nieve y el viento, por el frío grandísimo, y todo ello por supuesto, sin recibir ni una sola visita ni una sola limosna. Había llegado, pues, el tiempo de operaciones contra el invierno próximo. La actividad exterior de los frailes aumentó, y ahora venían unos días propicios para los deseos de Marcelino. Si se descuidaba, en seguida los frailes comenzarían a reparar el convento, las goteras y los tejados, las ventanas y todas aquellas rendijas que podrían dejar paso al frío.

Una tarde ya algo fresca y sin sol, Marcelino aprovechó la ausencia de la mayoría de los padres. Como de costumbre, quedaba en la casa, además de fray Malo, el hermano Gil en la huerta y fray Papilla en la cocina, con el encargo de vigilar la portería. Marcelino ya tenía preparado un largo palo, que le serviría para tantear los escalones y, si llegaba el caso, para poder abrir la madera del ventanillo del desván. Sigilosamente, aunque siempre hablando con su amigo Manuel, subió las escaleras. Al cuarto o quinto escalón, sus pies descalzos arrancaron de la madera un sonido chirriante que le asustó mucho, pues iba con el corazón saltándole de miedo en el pecho.

—Manuel, ten cuidado—dijo a su invisible amigo, y siguió hacia arriba.

Esta vez no se entretuvo mirando la troje, sino que se fue derechamente hacia el desván. Empujó con precaución la puerta, porque ya sabía que sonaba mucho al abrirse, y estuvo escuchando a ver si se oía algo, aunque sólo fuese la respiración del hombre que allí dentro estaba. Pero no: guardando tanto silencio, sólo podía oir Marcelino los latidos de su cora-

Perellón

zón, que marchaba cada vez más de prisa. Abrió un poco más la rendija y, como la otra vez, introdujo la cabeza y miró y escuchó hasta los menores ruidillos de la madera, esos que hace un pequeño bicho que la madera tiene dentro que se llama carcoma. Por fin, pudo distinguir al gran hombre: estaba igual que la otra vez, y no se le oía respirar. Parecía que el hombre miraba a Marcelino, pero éste no podía verle los ojos, por la oscuridad que allí había. Para ver si hacía algo, Marcelino metió su palo por la rendija y lo dirigió hacia él con mucho miedo, pero con el deseo de saber qué ocurriría. El palo golpeó a los pies del mismo hombre, y no pasó nada. Seguramente aquel hombre estaba enfermo o quizá muerto. Marcelino se decidió a entrar, pero no sin antes volver la cabeza hacia la escalera y decir en voz muy baja:

—No dejes de avisarme, Manuel, si viene algún fraile.

Y no pudo por menos de temblar pensando en si fray Papilla o el hermano Gil, o quizá fray Talán, que siempre era el primero en regresar, a pesar de tener las piernas más cortas de todo el convento, le sorprendían allí. Pero a quien más temía era al Padre Superior, aunque también era a quien quería más. Pensando todo esto pudo, por fin, pasar una pierna por la rendija, y luego el cuerpo, y al final la otra pierna. Estaba dentro del desván. Avanzó un poco, y, al tropezar seguramente con algo que no había visto, sonó un ruido que a Marcelino le pareció tan grande como un trueno. Se quedó sin respirar y encogido como un escarabajo. Le latía terriblemente el corazón. ¡Mira que si se despertaba ahora el hombre con aquel ruido y le cogía y se lo llevaba para siempre!... Y él, que ni siquiera había cumplido todavía los seis años, ¿qué hubiera podido hacer? A Marcelino le castañeteaban los dientes de miedo. Pero, pasado un cierto tiempo, pudo observar que allí no pasaba nada: ni subían los frailes, ni se despertaba el hombre, ni nada se movía. Envalentonado y arrastrando los pies por no hacer otro ruido como el de antes, Marcelino se fue acercando, palo en ristre, hasta el pie del ventanuco, y por las rendijas, que dejaban entrar un poco de luz, vio cómo tendría que arreglarse para abrir la madera. Le costó bastante trabajo, porque debía hacer mucho tiempo que aquello no se abriera. De pronto oyó un ruido familiar, y se rió para sí; una rata acababa de asustarse y correr a un escondite. Por fin, logró abrir un poco la madera del ventanillo, y miró en seguida hacia donde estaba el hombre.

Marcelino no había visto jamás un crucifijo tan grande ni de bulto, con un Jesucristo del tamaño de un hombre de veras clavado a la cruz, tan alta como un árbol. Se acercó al pie de la cruz, y, mirando con fijeza la cara del Señor, la sangre que le goteaba de la frente por las heridas de la corona de espinas, las manos y los pies clavados al madero y la gran

llaga del costado, sintió llenársele los ojos de lágrimas. Jesús tenía los suyos abiertos, aunque con la cabeza algo inclinada sobre su brazo derecho, no podía ver a Marcelino. El niño fue dando la vuelta hasta ponerse debajo de su mirada. Jesús estaba muy flaco, y la barba le caía a borbotones sobre el pecho; tenía las mejillas hundidas, y su mirada producía a Marcelino una grandísima compasión. Marcelino había visto muchas veces a Jesús, aunque siempre pintado en el cuadro que había en el altar de la capilla, o en los crucifijos pequeños, como de juguete, que llevaban los frailes. Pero nunca le había visto "de verdad" como ahora, con todo el cuerpo desnudo y de bulto, que él podía rodear con sus manos, y había aire por detrás. Entonces, tocándole las piernas delgadas y duras, Marcelino levantó sus ojos hacia el Señor y le dijo sin reparos:

—Tienes cara de hambre.

El Señor no se movió ni le dijo nada, Marcelino tuvo una idea repentina, y, empinándose mucho hacia Jesús para que le oyera, le dijo de nuevo:

—Espera, que ahora vengo.

Se dirigió hacia la puerta y salió a la escalera. Iba tan impresionado por el aspecto del Señor, que no se preocupó de meter ruido. Mientras bajaba, pensó cómo podría engañar a fray Papilla. Y, en vez de dirigirse derechamente a la cocina, lo hizo hacia la ventana posterior, que daba a la huerta, y desde allí, después de observar que el hermano Gil estaba muy lejos, inclinado sobre la tierra y trabajando, gritó:

—¡Fray Papilla, fray Papilla, salga, que hay aquí un bicho grandísimo!

Apenas dicho esto, Marcelino corrió a esconderse junto al gran cajón de la leña, que estaba muy cerca de la puerta de la cocina. Poco tardó en ver salir a fray Papilla, murmurando algo entre dientes. Entonces, rápido como el rayo, Marcelino entró en la cocina, cogió lo primero que vio de comer y subió corriendo escaleras arriba. Al llegar al desván se coló como una exhalación y, acercándose al gran Cristo, extendió su brazo hacia El, ofreciéndole lo que traía.

—Es pan solo, ¿sabes?—le decía, estirando su mano cuanto podía—. No he podido encontrar más, por la prisa.

Entonces el Señor bajo un brazo y cogió el pan. Y allí mismo, según estaba clavado, comenzó a comerlo. Marcelino recogió su palo y sus sandalias, empujó algo la madera del ventanillo y salió con cuidado, diciéndole al Señor en voz baja:

—Es que me tengo que ir, porque he engañado a fray Papilla. Pero mañana te traeré más.

Y, cerrando la puerta, echó escaleras abajo en busca del fraile. Marce-

lino estaba contento. Seguramente, ya tenía un amigo más que añadir a "Mochito", a la cabra, y, ¡ay!, a la sombra de Manuel."

(JOSE MARIA SANCHEZ SILVA: *Marcelino Pan y Vino*, fragmento.)

La escuela

Manuel me ha recordado a mis amigos primeros, los que conmigo jugaban cuando era niño. Luego, con la vida, van cambiando, pero seguimos recordándolos siempre, aunque se olviden sus nombres. Tú también tendrás tus amigos, y me imagino que muchos de ellos los habrás conocido en la escuela, en el colegio, como me sucedió a mí, como le ha ocurrido a casi todos los hombres.

Instituto, Escuela, Colegio... son palabras como espadas: brillan al sol de la victoria o hieren de tristeza. Antonio Machado, profesor de lenguas vivas, vio las aulas (entre sombras de recuerdo) cargadas de mansa y recogida nostalgia:

"Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.
En la clase, en un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel
junto a una mancha carmín.
Con timbre sonoro y hueco
truena el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.
Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
"Mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil un millón."
Una tarde parda y fría

de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales."

(ANTONIO MACHADO: *Soledades*: "Recuerdo infantil.)

Yo ignoro cómo será—aunque sé cómo me gustaría que fuese—tu escuela. De mí puedo decirte que aprendí las primeras cosas con unas monjitas de dulce mirar y tocas muy grandes y muy blancas (siempre pensé que llevaban un cisne con las alas desplegadas sobre la cabeza) y que después fui al Instituto... Pero, dejemos que nos cuente Miguel de Unamuno, vasco enamorado de España, cómo era su colegio:

"El colegio a que me llevaron, no bien había dejado las sayas, era uno de los más famosos de la villa. Era colegio y no escuela—no vale confundirlos—, porque las escuelas eran las de balde, las de la villa, por ejemplo, adonde concurrían los chicos de la calle, los que escapaban a nadar en los Caños, los que nos motejaban de farolines y llamaban padre y madre a los suyos, y no como nosotros: papá y mamá.

Fue mi primer maestro, mi maestro de primeras letras, un viejecillo que olía a incienso y alcanfor, cubierto con gorrilla de borla que le colgaba a un lado de la cabeza, narigudo, con largo levitón de grandes bolsillos—el tamaño de los bolsillos da autoridad—, algodón en los oídos y armado de una larga caña, que le valió el sobrenombre de "el pavero". Los pavos éramos nosotros, naturalmente, ¡y tan pavos!...

Repartía cañazos, en sus momentos de justicia, que era una bendición. En un rinconcito de un cuarto oscuro, donde no les diera la luz, tenía la gran colección de cañas, bien secas, curadas y mondas. Cuando se atufaba, cerraba los ojos para ser más justiciero, y cañazo por acá, cañazo por allá, a frente, a diestro y siniestro, al que le cogía, y luego la paz con todos. Y era ello una verdadera fiesta, porque entonces nos apresurábamos todos a refugiarnos del cañazo metiéndonos debajo de los bancos.

Esto era para el juicio general o colectivo; mas para el juicio individual, para las grandes faltas y para los grandullones tenía guardado un junquillo de Indias, no hueco como la caña, sino bien macizo, y que se cimbreaba de lo lindo cuando sacudía el povo a un delincuente.

¡Qué cosa más augusta era un castigo público! Nunca me olvidaré del que sufrió Ene.

Ello fue que una mañana llegó acongojada su madre, diciéndole al maestro que el chico era de la mismísima piel del diablo, incorregible, completamente incorregible; que todo se le volvía haeer rabietas, tomar corajinas y pegar a la criada; que ella, su madre, estaba harta de mandarle a la cama sin cenar; que no cedía ni por éstas, y, finalmente, que la noche anterior le había tirado a ella, a su madre, un plato. Y aunque de esto otro que voy a decir no me acuerdo, supongo que añadiría que con el padre no había que contar, pues con eso de tener que ir a su oficina, se sacudía del cuidado de corregir al chico, y luego era un padrazo y lo encontraba todo bien, y más de una vez había dado la razón al muchacho. Esto no lo recuerdo, repito, sino que lo añado; pero a todo historiador debe serle permitido colmar las lagunas de la tradición histórica con suposiciones legítimas, fundadas en las leyes de la verosimilitud.

Y la madre acabaría con unas palabras por el estilo de éstas: "Yo no sé, no sé adónde va a ir a parar; pero de seguro no a buen sitio...; este chico, si no se corrige, acabará en presidio." Esto dicho delante del chico y para que éste lo oyera. Y el chico, en tanto, mirando al suelo y con las manos en los bolsillos, para tenerlas más calientes y más seguras.

El maestro se encargó del escarmiento.

Me acuerdo de esto como si fuese cosa de ayer mañana. Se dio fin a las tareas un poco antes, se rezó el rosario a carga cerrada, porque todos barruntábamos desusada solemnidad, y muy pronto nos hallamos en la clase de los chiquitos y sentados en largos bancos. El maestro se sentó bajo las bolas ensartadas en varillas de alambre que sirven para aprender a contar. No se oía una mosca. Cuando llamó el maestro al delincuente, teníamos todos el alma colgando de un hilo. Ene se adelantó hosco, pero sin derramar una lágrima, atravesando el flecheo de las miradas todas. El maestro nos lo mostró y pronunció, más que dijo, unas palabras que nos llegaron al corazón, porque en estos momentos solemnes en la vida de los hombres y de los pueblos las palabras se pronuncian, no se dicen. ¡Ahí es nada faltar así a su madre! ¡Y a su propia madre tirarle un plato! Algunos lloraban con un nudo en la garganta; a otros el nudo les impedía llorar. En seguida le hizo inclinarse y reclinar la cabeza en su regazo, el del maestro; mandó traer una alpargata y nos ordenó que uno por uno fuéramos desfilando y dándole un alpargatazo en el trasero. Y fuimos desfilando los verdugos y cumpliendo el mandato. Algunos, ¡oh, ligereza!, se reían; pero los más, graves como reclutas que se ven obligados a fusilar a un compañero. Era, al fin, un semejante, y todos sentíamos que aunque se debía odiar el pecado, el pecador no merece sino compasión. Hubo amigo del condenado que, pretextando una necesidad urgente e ineludible, huyó a refugiarse, como en un asilo, en el excusado, por no llenar la

cruel consigna, y hubo también un tal Ese que le dio el alpargatazo con toda su alma y cerrando bien la boca al dárselo. Y esto nos indignó, porque era una venganza, una cochina venganza, y es infame convertir en venganza el castigo. El supliciado se diría, de seguro, viéndole por entre las piernas: "¡Ya caerás!" Y así fue, que bien lo pagó más tarde, pues no hay plazo que no llegue ni deuda que no se cumpla. Cuando el castigado levantó la cara, colorada de haber estado donde estuvo, exclamó el maestro, compungido: "¿Veis? ¡Ni una lágrima! ¡Ni una señal de pesar! Este chico es de estuco." Y Ene se fue como había venido, con los ojos secos.

Decididamente, los castigos ejemplares son los que menos sirven de ejemplo, por lo que tienen de teatro.

El colegio estaba en un antiguo caserón, hoy derruido para edificar una nueva casa sobre su solar, al concluir una vieja escalera que daba a un patio pequeño, escalera de tramos desgastados y carcomidos y de anchas barandas lustrosas y renegridas por el roce de las manos y de las piernas. Porque era una delicia bajar la escalera no a pie y escalón tras escalón, sino montado en la baranda, dejándose deslizar, sin pisar los escalones.

Era el tal colegio una gran bohardilla, con salidas a los tejados y una ancha estancia atravesada, a modo de columna cuadrada, por una chimenea. Había una campanilla de cordel para que llamaran los sirvientes y criados al ir a buscarnos y para que arrancáramos o cortáramos el cordel de vez en cuando.

Aprendimos allí muchas cosas, pero muchas... Entre ellas, urbanidad. Al entrar, lo primero era detenerse en la puerta, y agarrando a sus dos bordes con sendas manos, soltar el saludo: "¡Buenos días tenga usted!" "¿Cómo está usted?" Esto canturreándolo, acentuando mucho y alargando la última e, y allí quieto, hasta recibir, en cambio, el "Bien, ¿y usted?", a lo cual se decía: "¡Bien, para servir a usted!" Y se podía ya pasar. Este saludo tradicional evolucionó poco a poco, como lo litúrgico y lo no litúrgico, hasta convertirse en un rápido y enérgico silabeo que sonaba algo así como: ¡tas tas tas tas tas tausté!

Había días de visitas, en los cuales salía el pasante y nos quedábamos esperándole. Tomaba fuera un sombrero, volvía, llamaba a la puerta, iba el maestro a abrirle, y apenas entraba, convertido en visita, con su correspondiente sombrero en la mano, nos poníamos todos de pie y a una voz le espetábamos el saludo. Con una seña de la mano nos invitaba a que nos sentásemos y seguía la visita con una gravedad admirable.

¿Y cuando la visita era de verdad..., cuando venía alguien de veras a visitar la escuela? Entonces el maestro exhibía, como a un bicho raro, a Vicente, uno de sus favoritos, que comía acíbar, extraño fenómeno, caso

admirable. Y no era la única particularidad del tal Vicente, sino que además se le había dislocado el brazo por el hombro tres o cuatro veces y él como si tal cosa. No sé qué relación guardaría lo de gustarle el acíbar con lo de tener tan dislocable el hombro, pero alguna debería ser.

Cuando concluía la clase se ahogaba el orden impuesto en una vocinglería fresca que resonaba vibrante por entre el polvo de la bohardilla. Las voces recobraban libertad. Levantábase una nube de polvo, gritábamos hasta desgañitarnos, tomábamos por asalto al pobre viejecillo, desarmado ya de su caña; algún pequeñuelo trepaba a él, le buscaba granos de alcanfor o paciencias en los bolsillos, guarecíase otro bajo los amplios faldones de su enorme levitón, mientras cantaban: "Don Higinio... patrocinio... de las almas ...que se acogen... a vuestro paternal amor." Quedaba el pobre viejecillo convertido en un racimo de chicuelos frescos y vivos, oreándose con el aliento de la niñez. El me enseñó los puntos cardinales y a orientarme por el mundo, cuando nos preguntaba: "¿Por dónde sale el sol?", y nosotros, "¡por allá!", y luego, poniendo aquel punto a nuestra derecha y poniéndonos cara al Norte, exclamábamos, señalándonos con el brazo: "¡Norte!, Sur!, ¡Este!, Oeste!" El me enseñó las primeras lágrimas del arte; bajo su mano rompió mi mano a trazar aquellos palotes de que vienen estas letras; en aquel colegio me abrí a la vida social.

Viejo, chocho ya, vivía en la aldea de su última mujer—él había venido de una provincia lejana—; un antiguo discípulo suyo le visitó poco antes de él morirse, le vio él, viejecillo, le reconoció ¡entre tantos como habíamos pasado bajo su caña!, le puso la mano sobre la cabeza al modo de los antiguos patriarcas bíblicos, y tal vez recordando algún grabado de libros de lectura, le dio luego un beso, buscó en el bolsillo una paciencia y lloró, el pobre, recordando aquel polvoriento bohardillón, resonante con la bullanga infantil, donde tantas veces había aligerado el peso de sus años el de los chicuelos colgados de sus rodillas, cobijados bajo su levita. Medio Bilbao de entonces pasó su niñez bajo la caña de don Higinio, y Dios no dio a éste hijos de ninguna de sus mujeres. ¡Bendita sea su memoria!"

(MIGUEL DE UNAMUNO: *Recuerdos de niñez y mocedad*, cap. II.)

Ahora te has quedado pensando que tu escuela no es así y claro está que tienes razón. Pues las hay de muy diversas maneras y han cambiado también según los tiempos. Uno de los sabios más grandes que el mundo

ha tenido, el griego Sócrates, enseñaba en la plaza de Atenas hablando con los muchachos que se acercaban a oirle. Y Jesús, Maestro de maestros y Maestro sin defecto, enseñó a todos los hombres hablándoles de sus ganados y sus campos, con palabras sencillas que todos podían entender. Y su escuela tenía por techo los altos cielos y por término la blanca espuma de las olas que se rompen en las playas. El enseñaba así:

"En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién será el más grande en el reino de los cielos? El, llamando a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: "En verdad os digo, si no os volviereis y os hiciereis como niños no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos, y el que por Mí recibiere a un niño como éste, a Mí me recibe; y al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en Mí, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino de asno y le arrojasen al fondo del mar...

Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños, porque, en verdad os digo, que sus ángeles ven de continuo en el cielo la faz de mi Padre, que está en los cielos. Porque el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo perdido.

¿Qué os parece? Si uno tiene cien ovejas y se le extravía una, ¿no dejará en el monte las noventa y nueve e irá en busca de la extraviada? Y si logra hallarla, cierto que se alegrará por ella más que por las noventa y nueve que no se habían extraviado. Así os digo: En verdad que no es voluntad de nuestro Padre, que está en los cielos, que se pierda ni uno solo de estos pequeñuelos.

...(*Evangelio*, según San Mateo, cap. 18, 1-6 y 10-14. Ed. Nácar-Colunga.)

¡Qué difíciles para nosotros, los maestros con minúscula, estas palabras! Muchas veces, quiero confesártelo sin miedo, me asalta el temor de que nunca podremos enseñar cuanto queremos porque no sabemos hacernos de verdad niños, porque quizá los maestros no hayamos sabido guardar alegría bastante de nuestra niñez. En ocasiones me angustia la idea de que tu recuerdo de la escuela sea casi pura soledad y apenas conserves de ella algún perfil amable... Lo que más me acongoja es que puedas sentirte lejano y distante de los que te rodean. Como le sucedió tal vez a Azorín, un escritor ya muy viejecito que quizá se sienta todavía muy solo en la secreta hondura de su alma:

"LA ESCUELA.—Estos primeros tiempos de mi infancia aparecen entre mis recuerdos un poco confusos, caóticos, como cosas vividas en otra existencia, en un lejano planeta. ¿Cómo iba yo a la escuela? ¿Por dónde iba? ¿Qué emociones experimentaba al entrar? ¿Qué emociones sentía al verme fuera de las cuatro paredes hórridas? No miento si digo que aquellas emociones debían de ser de pena, y que éstas debían de serlo de alegría. Porque este maestro que me inculcó las primeras luces era un hombre seco, alto, huesudo, áspero de condición, brusco de palabras, con unos bigotes cerdosos y lacios, que yo me sentía raspear en mis mejillas cuando se inclinaba sobre el catón para doctrinarme con más ahínco. Y digo ahínco porque yo—como hijo del alcalde—recibía del maestro todos los días una lección especial. Y esto es lo que aún ahora trae a mi espíritu un sabor de amargura y de enojo.

Cuando todos los chicos se habían marchado, yo me quedaba solo en la escuela... La escuela se levantaba a un lado del pueblo, a vista de la huerta y de las redondas colinas que destacan suaves en el azul luminoso; tenía delante un pequeño jardín con acacias amarillentas y ringleras de evónimos. El edificio había sido convento de franciscanos; el salón de la escuela era largo, de altísimo techo, con largos bancos, con un macilento Cristo bajo dosel morado, con un inmenso mapa cuajado de líneas misteriosas, con litografías en las paredes. Estas litografías, que luego he vuelto a encontrar en el colegio, han sido la pesadilla de mi vida. Todas eran de colores chillones y representaban pasajes bíblicos: yo no los recuerdo todos, pero tengo, allá en los senos recónditos de la memoria, la imagen de un anciano de barbas blancas que asoma, encima de un monte, por entre nubes, y le entrega a otro anciano dos tablas formidables, llenas de garabatos, largas y con las puntas superiores redondas.

Yo me quedaba solo en la escuela; entonces el maestro me llevaba, pasando por los claustros y por el patio, a sus habitaciones. Ya aquí, entrábamos en el comedor. Y ya en el comedor, abría yo la cartilla, y durante una hora este maestro feroz me hacía deletrear con una insistencia bárbara.

Yo siento aún su aliento de tabaco y percibo el rascar, a intervalos, de su bigote cerdoso. Deletreaba una página, me hacía volver atrás, volvíamos a avanzar, volvíamos a retroceder, se indignaba de mi estulticia, exclamaba a grandes voces: "¡Que no! ¡Que no!" Y al fin yo, rendido, anonadado, oprimido, rompía en un largo y amargo llanto...

Y entonces él cesaba de hacerme deletrear y decía, moviendo la cabeza: "Yo no sé lo que tiene este chico..."

EL COLEGIO.—En Yecla había un viejo convento de franciscanos; a este convento adosaron tres anchas naves y quedó formado un gran edificio cuadrilongo, con un patio en medio, con una larga fachada, sin enlucir, rojiza, áspera, trepada por balcones numerosos. Hay también en el colegio, en el recinto del convento, un patizuelo silencioso que surte de luz a los claustros de bovedillas, a través de pequeñas ventanas, cerradas con tablas amarillentas de espato. Yo siempre he mirado con secreta curiosidad este patio lleno de misterio; en el centro aparece el brocal de una cisterna, trabajado con toscas labores blanquinegras, roto; grandes plantas silvestres crecen por todo el piso.

Los claustros del colegio son largos y anchos. Los dormitorios estaban en el piso segundo; destacaban sobre la blancura de las paredes largas filas de camas blancas. En cada sala—eran dos o tres—había un gran lavabo con diez o doce espitas. Los balcones daban al pequeño jardín que está delante del colegio; a lo lejos, por encima de las casas de la ciudad, se ve el pelado cerro del Castillo, resaltando en el cielo azul.

Abajo, en el piso principal, estaban la sala de estudios, la capilla, los gabinetes de Historia Natural y de Física, y dos o tres grandes salones vacíos, con pavimento de madera, por donde, al andar, las pisadas hacen un ruido sonoro, sobre todo de noche, en la soledad, cuando sólo un quinqué, colgado a lo lejos, ilumina débilmente el ancho ámbito...

Las escuelas de párvulos y las anlas de segunda enseñanza se hallan en el piso bajo. Y he de decir, para que no parezca con sólo lo enunciado que es reducido el edificio, que esto se refiere sólo al flanco derecho; en el izquierdo están situadas las celdas y dependencias de la comunidad. Nosotros rara vez traspasábamos los aledaños de nuestros dominios. Y cuando esto sucedía, yo discurría con una emoción intensa por las escalerillas del viejo convento; por una ancha sala, destartalada, con las maderas de los balcones rotas y abiertas, en que aparecen trofeos desvencijados: banderas, arcos y farolillos; por un largo corredor semioscuro, silencioso, en que se ve, junto a una ventana, un cántaro que, al trasmanar, ha formado a su alrededor un gran círculo de humedad, por unas falsas situadas sobre la iglesia, en que hay capazos de libros viejos con los pergaminos abarquillados por el ardiente calor de la techumbre...

La iglesia está contigua al colegio; se entra en ella por la portezuela del coro y por otra pequeña puerta que comunica con un claustro del piso bajo. Nosotros hacíamos nuestras oraciones en la capilla particular que a este fin teníamos en el piso principal; pocas veces nos llegábamos a la iglesia. Y eran los días en que había sermón—que oíamos sentados en los bancos del coro—o las fiestas de Semana Santa, en que permanecíamos mortalmente de pie, en el centro de la nave, durante las horas intermina-

bles de los Oficios, bien apoyándonos sobre una pierna, bien sobre la otra, para engañar nuestro cansacio.

El comedor estaba en el piso bajo; las ventanas dan a la huerta. A esta huerta que yo no he entrado sino en rarísimas ocasiones; para mí era la suprema delicia caminar bajo la bóveda del emparrado, entre los pilares de piedra blanca, y discurrir por los cuadros de las hortalizas lujuriantes.

LA VIDA EN EL COLEGIO.—Nos levantábamos a las cinco; aún era de noche; yo, que dormía pared por medio de uno de los Padres semaneros, le oía, entre sueños, toser violentamente minutos antes de la hora. Al poco se abría la puerta; una franja de luz se desparramaba sobre el pavimento semioscuro. Y luego sonaban unas recias palmadas que nos ponían en conmoción a todos. Estas palmadas eran verdaderamente odiosas; pero nos levantábamos (porque de retardarnos hubiéramos perdido el chocolate) y nos dirigíamos, con la toalla liada al cuello, hacia los lavabos. Aquí poníamos la cabeza bajo la espita y nos corría la helada agua por la tibia epidermis con su agridulce sensación de bienestar y desagrado.

Yo recuerdo que muchas mañanas abría una de las ventanas que daban a la plaza; el cristal estaba empañado por la escarcha; una foscura recia borraba el jardín y la plaza. De pronto, a lo lejos, se oía un ligero cascabeleo. Y yo veía pasar, emocionado, nostálgico, la diligencia, con su farol terrible, que todas las madrugadas a esta hora entraba en la ciudad, de vuelta de la estación lejana.

Cuando nos habíamos acabado de vestir, nos poníamos de rodillas en una de las salas; en esta postura rezábamos unas breves oraciones. Luego bajábamos a la capilla a oir misa. Esta misa diaria, al romper el alba, ha dejado en mí un imborrable sedimento de ansiedad, de preocupación por el misterio, de obsesión del porqué y del fin de las cosas... Yo me contemplo, durante ocho años, todas las madrugadas, en la capilla oscura. En el fondo, dos cirios chisporrotean; sus llamas tiemblan a intervalos, con esas ondulaciones que parecen el lenguaje mudo de un dolor misterioso; el celebrante rezonga con un murmullo bajo y sonoro; en los cristales de las ventanas la pálida claror del alba pone sus luces mortecinas.

Después de la misa pasábamos al salón de estudio, y cuando había transcurrido media hora sonaba en el claustro una campana y descendíamos al comedor.

Otra vez subíamos a estudiar después del desayuno, y tras otra media hora (que nosotros aprovechábamos afanosamente para dar el último vistazo a los libros) bajábamos a las clases. Duraban las clases tres horas: una hora cada una. Y cuando las habíamos rematado, sin intervalo de una a otra, subíamos otra vez a esta horrible sala de estudio. Estudiába-

mos media hora antes de comer; sonaba de nuevo la campana; descendíamos (siempre de dos en dos) al comedor. La comida transcurría en silencio; un lector—cada día le tocaba a un colegial—leía unas páginas de Julio Verne o del *Quijote*. Luego, idos al patio, teníamos una hora de asueto. Y otra vez subíamos al nefasto salón; permanecíamos hora y media inmóviles sobre los libros, y al cabo de este tiempo tornaba a tocar la campana y bajábamos a las aulas. Por la tarde teníamos dos horas de clase; después merendábamos, nos expansionábamos una hora en el patio y volvíamos a colocarnos en nuestros pupitres, atentos sobre los textos.

Ahora estábamos en esa forma hora y media; el tiempo nos parecía interminable. Nada pesaba más sobre nuestros cerebros vírgenes que este lapso eterno que pasábamos a la luz opaca de quinqués sórdidos en esta sala fría y destartalada, con los codos apoyados sobre la tabla y la cabeza entre las manos, fija la vista en las páginas antipáticas, mientras rumiábamos mentalmente frases abstractas y áridas...

Volvía a sonsonear el esquilón; descendíamos por los claustros oscuros al comedor. Y cuando habíamos despachado la cena, tiritando, en la larga sala con mesas de mármol, subíamos al segundo piso. Entonces nos arrodillábamos, rezábamos unas oraciones y cada uno se dirigía a su cama.

EL PADRE CARLOS.—El primer escolapio que vi, cuando entré por primera vez en el colegio, fue el padre Carlos Lasalde, el sabio arqueólogo. Guardo del padre Lasalde un recuerdo dulce y suave. Era un viejo cenceño, con la cabeza fina, con los ojos inteligentes y parladores; andaba pasito, silencioso, por los largos claustros; tenía gestos y ademanes de una delicadeza inexplicable. Y había en sus miradas y en las inflexiones de su voz—y después más tarde, cuando lo he tratado, lo he visto claro—un tinte de melancolía que hacía callar a su lado, sumisos, sobrecogidos dulcemente, aun a los niños más traviesos. Parece que el destino se ha complacido en poner ante mí, a mi entrada en la vida, estos hombres entristecidos, mansamente resignados...

El padre Carlos Lasalde, cuando me vio en el Rectoral, me cogió de la mano y me trajo hacia sí; luego me pasó la mano por la cabeza, y yo no sé lo que me diría, pero yo le veo inclinarse sobre mí sonriendo y mirarme con sus ojos claros y melancólicos. Después, yo le contemplaba de lejos, con cierta secreta veneración, cuando transcurría por las largas salas, callado, con sus zapatos de suela de cáñamo, con la cabeza inclinada sobre el libro.

Pero el padre Lasalde duró poco en el Colegio. Cuando se fue, quedaron solas estas estatuas egipcias, rígidas, simétricas, herméticas, que él había desenterrado en el Cerro de los Santos. Tal vez su espíritu nostálgico

se explayaba en la reconstrucción de esas lejanas edades y veía en estos tristes hombres de piedra sacerdotes y sabios, unos remotos hermanos en ironías y en esperanzas.

LA LECCION.—¡Caramba!—decía yo—; ha pasado ya media hora y no he aprendido aún la lección.

Y abro precipitadamente un libro terrible que se titula la "Tabla de los logaritmos vulgares". Esto de vulgares me chocaba extraordinariamente: ¿Por qué son vulgares estos pobres logaritmos? ¿Cuáles son los selectos y por qué no los tengo yo para verlos? En seguida echaba la vista sobre este libro y me ponía a leerlo fervorosamente; pero tenía que cerrarlo al cabo de un instante, porque estas columnas largas de guarismos me producían un gran espanto. Además, ¿qué quiere decir que "los lados de un triángulo esférico unirrectángulo, o son todos menores que un cuadrante, o bien uno solo es menor y los otros dos mayores"? ¿Por qué en este libro unas páginas son blancas y las otras azules? Todo esto es verdaderamente absurdo; por cuyo motivo yo abro mi pupitre y saco ocultamente un cuaderno en que he ido pegando recortes de periódico. Y leo las cosas extraordinarias que pasan en el mundo:

"*Un elefante célebre.*—La muerte violenta de "Jumbo", el gigantesco elefante de Barnum..."

"*Ferrocarriles eléctricos.*—Recientemente se ha inaugurado en Cleveland (Ohío) el primer ferrocarril eléctrico construido hasta ahora..."

"*Los velocipedistas.*—Un hombre montado en un biciclo, es decir, en un velocípedo de dos ruedas, ha aparecido en Talriz, en los confines de Persia..."

De pronto, cuando más embebido estoy en mi lectura, oigo una campanita que toca: din-dan, din-dan...

—¡Caramba!—vuelvo yo a exclamar—; ha pasado otra media hora y aún no me sé la lección.

Y ahora sí que abro decidido otro libro y me voy enterando de que "el género silicatos es el segundo de los que componen la familia de los silícidos". Algo rara me parece a mí esta familia de los silícidos; pero, sin embargo, repito mentalmente estas frases punto por punto. Lo malo es que el fervor no me dura mucho tiempo; en seguida me siento cansado y ladeo un poco la cabeza, apoyada en la palma de la mano, y miro en la huerta, a través de los cristales, la lejana casita oculta entre los árboles.

Y entonces suena la hora de la clase y me lleno de espanto.

—A ver, Azorín—me dice el profesor cuando hemos bajado al aula—, salga usted.

Yo salgo en medio de la clase y me dispongo a decir el cuadro de la sílice.

—La sílice se divide en dos: primera, cuarzo; segunda, ópalo. El cuarzo se divide en hialino y litoideo...

Al llegar aquí ya no sé lo que decir, y repito dos o tres veces que el cuarzo se divide en hialino y litoideo; el profesor conviene en que, efectivamente, es así. Yo vuelgo a callar. Estos momentos de silencio son tremendos, abrumadores; parecen siglos. Por fin el profesor pregunta:

—¿No sabe usted más?

—Yo le miro con ojos atontados. Y entonces él dice, terriblemente:

—Está bien, señor Azorín; esta tarde me dejará usted la merienda.

Y yo ya sé que cuando descendamos al comedor he de llevar, humildemente, mi platillo con la naranja o las manzanas a la mesa presidencial."

(JOSE MARTINEZ RUIZ "Azorín": *Las confesiones de un pequeño filósofo*, caps. III, IV, V, VIII, IX, XI y XII.)

Todo esto me preocupa porque tú y yo, hablando por encima de la distancia que nos separa, estamos unidos por el invisible hilo de una especie de mágico teléfono que une nuestros corazones. Porque el colegio es un ser vivo, que sufre y se alegra, cuando tú y yo reímos o nos entristecemos. Con el tiempo, el implacable, mudo maestro, aprenderás que el dolor es el gran testimonio, la definitiva y más exacta demostración, de que algo vive.

Pues bien, hace muchos años dos naciones sostuvieron una guerra, dolorosa como todas las luchas. Venció una de ellas (cosa menos frecuente de lo que dicen las historias) y consiguió como fruto una región en que se hablaba el idioma de la otra. Y los hombres debieron cambiar su lengua, cosa que ocurre con frecuencia después de las guerras. Y esto era muy penoso, porque es como si de repente nos robasen todas las palabras. Y aquel dolor descubrió a un muchacho cómo era de viva su escuela:

"¡Mi última lección de francés! ¡Y yo que apenas sabía escribir! Entonces, ¡yo no lo aprendería nunca! ¡No pasaría de ahí! ¡Cómo me reprochaba a mí mismo el tiempo perdido, los novillos que había hecho para ir a nidos o a patinar sobre el Saar! Mis libros, que hacía poco me aburrían tanto, y tanto me pesaban en la mano; mi Gramática, mi Historia Sagrada ahora me parecían viejos amigos de quienes me costaría mucho

trabajo separarme. Lo mismo que el señor Hamel. La idea de que iba a marcharse, de que ya no le vería más, me hacía olvidar los castigos y los palmetazos.

¡Pobre hombre! Se había puesto su traje bueno de los domingos en honor a la última clase. Ahora ya comprendía también por qué estos viejos del pueblo habían venido a sentarse en lo último de la sala. Parecía que sentían no haber venido más a menudo; era también una manera de dar las gracias al maestro por sus cuarenta años de buenos servicios, de ofrecer sus respetos a la patria, que se marchaba con él...

Estaba en este punto de mis reflexiones cuando oí que el maestro me llamaba. Me había llegado el turno. ¡Qué no habría dado yo por poder decir de un tirón aquella terrible regla del participio, muy alto, muy claro, sin una sola falta! Pero a las primeras palabras me embrollé y allí me quedé, de pie, balanceándome en el banco, con el corazón en un puño y sin atreverme a levantar la cabeza. El señor Hamel me iba diciendo:

—No te riño, pobrecito; bastante castigado estás... Pero, mira, las cosas son así. Todos los días nos decimos: ¡Bah, tengo tiempo, ya estudiaré mañana!, y luego aquí tienes lo que pasa. ¡Ay! Esta ha sido la gran desgracia de nuestra Alsacia: dejar siempre su instrucción para mañana. Ahora esa gente tiene derecho a decirnos: Pero ¿cómo? ¿Pretendéis ser franceses y no sabéis hablar vuestra lengua? De todo ello tú no tienes mucha culpa; todos nosotros tenemos muchas cosas que echarnos en cara.

A vuestros padres no les ha importado gran cosa veros instruidos; les parecía mejor mandaros a trabajar la tierra, o a las fábricas, para reunir unos cuantos céntimos más. Y yo mismo, ¿no tengo algo que reprocharme también? ¿No os hacía muchas veces regar mi jardín en vez de estudiar? Y cuando quería irme a pescar truchas, ¿me violentaba algo para mandaros a paseo?

Y después, de una cosa en otra, el señor Hamel llegó a hablarnos de la lengua francesa diciendo que era la lengua más hermosa del mundo, la más clara, la más sólida; que era preciso guardarla entre nosotros y no olvidarla nunca, porque cuando un pueblo cae en la esclavitud, si conserva bien la lengua propia, es como si tuviera la llave de la prisión. Después cogió una gramática y nos leyó la lección; yo estaba asombrado de ver cómo le comprendía; todo lo que decía me pareció fácil, facilísimo. Acaso fuera que nunca había escuchado con tanta atención y que tampoco él había puesto tanta paciencia en sus explicaciones. Se diría que el pobre quería infundirnos todo su saber antes de marcharse, que nos lo quería meter de golpe en la cabeza."

(ALFONSO DAUDET: *La última clase*, fragmento. Traducción de F. G. Vela.)

Quisiera soñar que tus ojos sabrán descubrir a tu colegio en la alegría del encuentro, no en la tristeza de la despedida, cuando las cosas apenas tienen remedio. Y que tu alegría pondrá verdes bosques, música blanca de cascadas, azules montañas y amarillos trigales maduros sobre los apagados colores de los mapas. Que en los poliedros —¡horrenda palabra!— verás brillar el transparente cristal del cuarzo o adivinar el hondo fulgor de las amatistas. Que en los sustantivos aprenderás a poseer las cosas gracias a sus nombres, como hizo Adán. Que... ¡cuántas cosas podría yo decirte si de verdad tuviera mi niñez viva saltándome entre los dedos, como un pez recién pescado!

En mi alma se agitan ahora vagos recuerdos teñidos de nostalgia. Es una de las cosas en que somos distintos tú y yo, que ya ando cargado por los años, por la agridulce tristeza de las cosas que pude hacer y ya no realizaré jamás. Por eso quisiera que, llenándolo de vida, haciéndolo tuyo, sueño y esperanza tuyos, pensaras en este momento, ¿cómo me gustaría que fuese mi colegio? ¿Qué colores tendrían las paredes? ¿Qué sonrisa relumbraría en los ojos de ese cansado profesor cascarrabias? ¿Qué oraciones estrenarían cada mañana y cada tarde en la capilla? ¡Dios mío!... Yo no puedo, no quiero tampoco, trazar los rumbos de tu fantasía. Sé de verdad niño; sueña despierto para que mañana se haga realidad esta esperanza que desde ahora, ha de llenarte con su gozo.

Existe un viejo consejo del griego Heráclito: "Hay que esperar para lograr lo inesperable", que sólo es hacedero de veras siendo cristiano:

"Tras de un amoroso lance,
y no de esperanza falto,
volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.
Para que yo alcance dieso
a aqueste lance divino,
tanto valor me convino
que de vista me perdiese;
y con todo, en este trance,
en el vuelo quedé falto;
mas el amor fue tan alto,
que le di a la caza alcance.
Cuando más alto subía,
deslumbróseme la vista,
y la más fuerte conquista
en oscuro se me hacía;

mas, por ser de amor el lance,
di un ciego y oscuro salto,
y fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.
Cuando más alto llegaba
de este lance tan subido,
tanto más bajo y rendido
y abatido yo me hallaba;
dije: "No habrá quien alcance",
y abatime tanto, tanto,
que le di a la caza alcance.
Por una extraña manera
mil vuelos pasé de un vuelo,
porque esperanza de cielo
tanto alcanza cuanto espera;
esperé sólo este lance,
y en esperar no fui falto,
pues fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance."

(SAN JUAN DE LA CRUZ: *Coplas a lo divino.*)

Sí, San Juan de la Cruz, el místico que andaba tan cerca de Dios, nos está revelando el secreto de esta escuela, de este colegio, de esta vida que tú y yo estamos soñando. Decía Santa Teresa que Dios también se encontraba "entre los pucheros"; con mayor razón estará, sin duda, entre los pupitres y los cuadernos. Quiero decirte con esto que podemos entender, desde "esta ladera" de lo humano, un poema que sólo habla de Dios.

Te estoy llamando a ti, a tus amigos y compañeros también, a un quehacer nuestro, de todos. Porque la escuela es reunión de alumnos y profesores que buscan la verdad. Y sólo podemos hallar la verdad creyendo en ella: fe; haciéndonos siervos suyos: humildad, y, sobre todo, queriéndola: caridad. Esta es la sencilla, transparente verdad que San Juan nos puede dar a todos cuando pensamos en nuestra vida, en nuestra escuela.

Pero toda tarea exige una norma, un orden. Las casas no se empiezan por las veletas y el pan comienza en los surcos que nuestros campesinos abren en la otoñada. Todas las cosas del mundo tienen el orden que Dios les dio en el momento mismo de su creación. Y el Señor las fue creando así:

"Escuchemos a los antiguos rapsodas del pueblo hebreo como si, sentados ante ellos, les oyéramos recitar estos bellos relatos; escuchémosles con respeto y confianza, puesto que lo que nos cuentan es ciertamente la verdad, incluso aun cuando nos parezca extraordinaria, ya que el propio Dios la ha revelado a los hombres.

En el principio de todo no había en el mundo más que un inmenso caos, un confuso desorden. En alguna parte, en el inmenso Universo, la Tierra era una pequeña bola informe y vacía. Pero velaba Dios, y a todo aquello que había creado por su voluntad quiso imponerle un orden.

"¡Hágase la luz!"—dijo—. Y la luz fue. "Que la claridad del día sea separada de las tinieblas de la noche." Y así fue también. "Que las aguas y la tierra se distingan unas de otras." Y los océanos se juntaron y los continentes extendieron sus vastos espacios. "Que la claridad del cielo descienda sobre la tierra para iluminarla." Y en la inmensa bóveda celeste aparecieron el Sol, la Luna y las estrellas...

Así estuvo la tierra preparada para recibir a los seres vivos. Y Dios, inmediatamente, se dispuso a crearlos. A su llamamiento, el mar se pobló de innumerables peces y el aire se llenó de vuelos de pájaros. Aparecieron en la tierra todas las especies que conocemos hoy, tanto las que consideramos útiles como aquellas que no sabemos para qué sirven, pero que, según el plan de Dios, tienen ciertamente una razón de ser.

Cuando todos los animales hubieron sido creados, Dios decidió crear un ser vivo más perfecto que todos los demás, y que había de recibir dones extraordinarios: la inteligencia, la palabra articulada, el lenguaje y la habilidad de las manos. Tomó un puñado de tierra, barro fértil, como se encuentra en el llano, entre dos ríos; lo amasó según su idea e hizo una especie de estatua de arcilla que se parecía a un hombre, pero no estaba poseída de vida. Inmediatamente sopló a las narices de este ser sin vida y al punto la estatua de arcilla abrió los ojos y se animó.

Así Dios, en su generosidad, había creado el mundo, la tierra, los seres vivos y el hombre; y lo hizo día tras día, trabajando como un buen obrero. Y al séptimo día, como un buen obrero también, Dios descansó y contempló su obra. Y le pareció bella y bien lograda. Y era verdad. Cuando el hombre no impone su fealdad y su malicia, ¿verdad que el mundo es hermoso?"

(DANIEL ROPS: *La sublime historia.*)

Y desde entonces, todas las cosas del mundo cantan al Señor, que las hizo.

"Cuanto en Fuego, Aire, Agua y Tierra...
vuela, surca, nada y yerra...
y en sí las obras encierra...

De Poder, Ciencia y Amor...
¡Bendecid al Señor!

FUEGO.

Angeles, criaturas bellas,
cielo, sol, luna y estrellas
con vuestro hermoso esplendor...
¡Bendecid al Señor!

AIRE.

Nubes de blando rocío,
primavera, invierno, estío
niebla, luz, sombra y albor...
¡Bendecid al Señor!

TIERRA.

Montes, valles y collados
y cuanto en selvas y prados
hay desde el cedro a la flor...
¡Bendecid al Señor!

AGUA.

Mares, ríos, balsas, fuentes,
y cuanto en vuestras corrientes
vive a merced de su amor...
¡Bendecid al Señor!"

(PEDRO CALDERON DE LA BARCA: Auto sacramental de *La vida es sueño*. Canción de los cuatro elementos.)

Que tu vida, hermano mío pequeño, se haga canción alegre, siempre nueva, en alabanza del Señor, que te hizo hijo suyo.

"Para que cuando caiga el sol y comience el silencio de la noche podamos cantar la alabanza del Padre que nos tuvo en su mano."

TODOS

TODOS

SI... todas las cosas del mundo guardan el maravilloso orden que el Señor les dio al crearlas. Hasta las más pequeñas e insignificantes. Hace algún tiempo—mi hija cumplía su primer año por aquellos días—yo escribí un cuento sacado de unos libros de ciencias naturales, gordos y serios, que tenía a mi alcance. Y aunque no sé el color que tiene la luz en tus ojos, también te siento un poco hijo mío. Por eso me atrevo a dártelo, aunque no está muy bien escrito.

La vida en común

"Erase una niña como todas las niñas que viven en el maravilloso mundo de los cuentos. Quiero decirte que tenía los ojos azules, y el pelo rubio, y la risa cantarina como un arroyo sin domar. Y que quería a su madre sobre todas las cosas.

Una tarde de blanda primavera jugaba la niña entre los arbustos del jardín. Las celindas llenaban el aire con su olor desde la tapia hasta las rojas flores de las adelfas; en las higueras brotaban ya los apretados bo-

tones de los futuros higos. Y, de repente, se quedó quieta a la sombra de aquel sauce llorón que sus padres plantaron cuando la niña apenas había nacido. Se quedó mirando la hilera negra de hormigas que atravesaban el jardín.

Y quiso hacerse pequeña para poder hablar con ellas. Cuando llamaba a "Sultán", éste corría con trotecillo alegre, salpicado de ladridos, hasta lamerle las manos. Y "Currito", el viejo gato que vivía en invierno sobre el fogón de la cocina y en verano a la sombra húmeda de la hiedra, también acudía mayando cuando le llamaban a la hora de la comida. Pero nunca había conseguido que le hiciesen caso las hormigas.

Pero esta tarde de casi verano hace mucho calor para correr en el jardín; mamá ha cerrado la llave del agua y no puede jugar con el surtidor. Y sentada a la sombra del sauce ha vuelto a pensar en las hormigas que (¡son unas cabezotas!), siguen su eterno camino desde el tronco de la parra al rosal rojo.

Y la niña ha levantado sus ojos al cielo—nadie sabría decir qué azul es más limpio—y llamando a su Angel le ha pedido:

—Llévame al interior del hormiguero. Tú lo puedes todo, porques eres amigo del Señor. Pídele que te deje venir conmigo y así me enseñarás el camino.

Y el Señor, que es niño como tú sabes, hija, oyó al Angel y le dio permiso. Quería que la niña empezase a ver la maravilla de sus obras. Que fuese comprendiendo que todo lo que salió de sus manos es perfecto y..., también, que las hormigas no son sólo unos feos bichitos cabezotas. Y el Angel vino contento, muy contento, porque él también—cuando era sólo un niño—había sentido deseos de conocer por dentro un hormiguero. Todo esto ocurrió muy de prisa, tan rápido como un soplo de viento que cruza la copa de un árbol. Y no me preguntes, hija, cómo pasó lo que sucedió después. Lo cierto es que nuestra niña, una niña como tú, se hizo pequeña, muy pequeña. Sobre el verde se vio a una hormiguita blanca subiendo y bajando las pequeñas hojas de la hierba. Y si tú fuesen también hormiga habrías visto y oído lo que pasó.

—Angel, esto de ser hormiga es muy difícil; aún no hemos llegado al celindo y ya estoy cansada. ¡Hay que bajar y subir muchas montañas para llegar al hormiguero!

—Angel, ¡no corras tanto!, yo no puedo seguirte.

Y el Angel, que era como una hormiguita de cristal transparente, se detuvo a la sombra de un terrón que el jardinero de las manos morenas no había roto con su rastrillo. Por fin, después de cruzar la pequeña acequia que llevaba un hilillo de agua fresca, se acercaron a la boca negra

y húmeda de la casa de las hormigas, uniéndose a la oscura columna en eterno movimiento.

—Dime, Angel, ¿por qué me miran todas las hormigas con esa cara de asombro? ¿Por qué vuelven la cabeza cuando yo he pasado y luego siguen su camino hablando y hablando entre ellas?

—Hijita, porque tú eres blanca y ellas nunca vieron una hormiga semejante. Acuérdate del día en que viste a aquel hombre negro, vestido de verde, que abría la puerta de los coches en aquella casa tan grande. Tú pusiste la misma cara que tienen ahora las hormigas. ¡Vamos!

Las hormigas perdieron pronto la curiosidad. Tenían mucho que hacer aquella mañana. Las pequeñas espigas de la grana habían madurado con los últimos calores y era necesario recoger la cosecha.

La niña se quedó indecisa, mirando la entrada; tenía miedo de penetrar en aquel agujero negro y desconocido. Pero el Angel no se detuvo y la niña le siguió. Apenas cruzar el umbral se quedó ciega—aquello estaba muy oscuro—, pero siguió caminando. Su Angel brillaba en las tinieblas como un punto de luz y tenía miedo a perderlo de vista. Tuvo que correr para alcanzarle y, poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra.

Y empezó a distinguir el contorno de las cosas, que primero fueron sombras, luego manchas y, por último, línea y perfil.

Cuando pudo darse cuenta exacta de las cosas que le rodeaban vio un largo corredor que bajaba casi en vertical hacia el centro de la tierra. Un fuerte olor caliente y húmedo subía como el humo por las chimeneas, y la niña recordó la tormenta del jueves último, que había roto los pensamientos y deshojado las rosas de terciopelo. Pronto se habituó a aquel nuevo ambiente, en el que los granos de trigo germinaban transformándose en hojas y raíz, y luego espiga. Y la hormiga blanca empezó a curiosearlo todo, con la mirada del niño que aprende por primera vez la cara de su madre para ya no olvidarla nunca.

—¡Alto! ¿Quién eres? ¿Adónde vas?

Un grupo de hormigas muy negras, peludas, de voz desagradable y dura mirada, cerraba el paso. Formaban tres líneas en barrera apretada y su aspecto amenazaba con no sé qué tormentos fantásticos.

—Voy de visita. Soy una amiga vuestra que quiere conocer cómo es la vida en vuestras casas soterrañas.

Y miró en torno suyo, buscando al al Angel. No podía ayudarle porque su luz brillaba más allá de la barrera que guardaba la entrada.

—¿De visita? ¿Conoces a alguien de nuestra familia? ¿Quién puede responder por ti?

—Yo no conozco a nadie de vuestro hormiguero. Soy una niña que

ha pedido saber cómo sois, cómo vivís y cómo se puede hablar con vosotras... Cómo se puede querer a las hormigas.

—A mí me parece una espía—dijo una hormiga grande y gorda, que se apoyaba contra la pared.

—¿Qué es ser espía?

—¡Calla! Pareces un poco tonta, como nuestras crías cuando aún no salen al sol. Pero no podemos tampoco fiarnos de las tontas, porque la ingenuidad oculta muchas veces las mentiras más crueles. Nosotras tenemos que cumplir nuestra misión: vigilar, defender, atacar, guardar la vida de todas las demás hormigas. ¡Somos los fuertes guerreros de la ciudad! ¿Comprendes?

La niña comprendió algo, no todo. Un día había visto por las calles a muchos hombres que marchaban al son de tambores y trompetas. "Son los soldados, hija", le había dicho [illegible]apá. Y resultaba que las hormigas también los tenían.

Buscó al Angel de luz y no lo encontró. Y cuando más desesperada estaba, sin saber qué contestar ni qué hacer, se oyó una música dulce que subía de las profundidades. Como si tuviese en ella todas las notas de la tierra madre. Como campanas de arcilla y arena, y de cobre, y de plata, y de oro, y de cristal, y de... todas las cosas que en la tierra hay. Aquella antipática hormiga gorda, que la había acusado de no sé qué graves crímenes, se puso a su izquierda, cogiéndola fuertemente. La que parecía el jefe se puso a su derecha. Y la triple línea se quebró en silencio. Sólo se oía la música, cada vez más cercana.

"¡Paso a la reina!, ¡paso a la reina!...", gritaba una hermosa hormiga con el pecho lleno de brillantes chispitas de luz.

Y una hormiga de grave mirada y pausado andar avanzaba serenamente entre dos hileras de hormigas más pequeñas que se apartaban respetuosamente. Venían detrás otras dos de mirada brillante y andar inseguro. Le extrañó, sobre todo, las alas transparentes, luminosas, que aquellas hormigan tenían. Pero apenas tuvo tiempo de pensar en esto porque la comitiva se detuvo junto a ella y la reina habló con voz rica en sonoridades.

—Hasta pronto, hijos. Volad felices bajo la alegre luz del sol. Vivid entre las rosas, los claveles y los nardos vuestro sueño único. Y cuando la luz ciegue a los hombres y a los animales en la plenitud del mediodía, buscad la sombra de los mirtos que cierran el jardín.

Que vuestro sueño ilusionado de amor sea fuente de ventura para nuestro pueblo. De vosotros nacerán guerreros, pastores y agricultores para mañana... Quizá la reina que viva la próxima primavera. Y cuando

veáis que los días se acortan y ya no quedan hojas en los árboles, regresad a vuestro hogar que espera. Mi último consejo es éste:

—¡Sed fieles a vuestro destino!...

Y las dos aladas hormigas salieron corriendo para perderse en un vuelo que terminó en los verdes pámpanos. Y luego en el celindo, y luego... ¿quién podría decirlo?

Volvióse lentamente la reina y una pregunta cruzó sus ojos tristes.

—¿Quién eres?

Todos los guerreros tensaron sus músculos. Parecía que la hormiga gorda iba a reventar de un momento a otro; tanta era su importancia. Quiso hablar, pero su jefe lo impidió con una mirada de acero.

—Soy una niña que venía a visitaros. Pero no conozco a nadie ni tengo quien pueda responder de mí. Por eso tus soldados me han detenido a la entrada de tu casa.

—Yo te conozco. Quien te creó a ti y a mí me ha anunciado tu llegada. Ven conmigo.

Y todos se pusieron en marcha. Y la hormiga gorda adelgazó a consecuencia del disgusto. Y el Angel se reunió con nuestra niña, que estaba un poco enfadada con él.

—¿Por qué me dejaste sola en la entrada? Tuve miedo y, cuando más te necesitaba, no podías ayudarme.

—Yo sabía que vendría la reina, dijo el Angel. Fui a darle aviso de tu llegada por orden de mi Señor, que es también el suyo y el tuyo. Aprende que para ser feliz no basta con creer que yo puedo ayudarte. Tienes que esperar con firmeza mi ayuda. Que llegará cuando sea necesaria, no antes ni después. La más grave enfermedad de los hombres, la que ahuyenta la sonrisa de sus labios y la caricia de sus dedos, es la desesperanza. Y tu vida debe ser sólo sonrisa y caricia. Espera, espera siempre el milagro, como la tierra polvorienta aguarda la llegada de la lluvia.

Calló el Angel y siguieron su camino. La reina les llevaba por grandes corredores de altos techos.

—Aquí están nuestros almacenes.

Y la blanca hormiga vio montones de grano cuidados por unas hormigas en constante movimiento. Había unas cuantas dedicadas a chuparlos para saber si estaban dulces y llevárselos a otra cámara, en la que nuevas hormigas cortaban las yemas recién brotadas.

Nuestra vida durante el invierno depende del trabajo de estas obreras. Tienen que ser muy cuidadosas, porque si se olvidan de su tarea, los pequeños granos echan raíces, y tallos, y hojas, que rompen nuestra casa.

Continuaron la marcha hasta entrar en una gran sala, donde esperaba a la reina un grupo de viejas hormigas con caras preocupadas. Era el

consejo de la reina que debía discutir con ella graves problemas. La reina dijo a nuestra niña que se sentara en un pequeño sillón fabricado con una espina de rosal y que esperase un poco.

—Decidme, ¿qué ocurre ahora?

—Tenemos un grave problema, señora, que resolver. Nuestros ganados han sufrido un grave daño esta mañana. El jardinero ha limpiado con la transparente lanza de su manguera el viejo celindo donde pastaban nuestros mejores pulgones. Y han sido arrebatados de los pastos como las hojas de los árboles son arrancadas por los primeros vientos helados. Ya sabes cuánto necesitamos su dulce jugo al nacer nuestras crías...

—Hemos enviado cien hormigas pastores para que ayuden a los zagales del celindo a recoger las reses perdidas. Pero ahora es preciso buscar nuevos campos. ¿Dónde ordenas que vayan?

—Ya temía yo que esto ocurriera—contestó la reina—. Hemos sido un poco avariciosas y la paciencia del jardinero se ha gastado. Tendremos que racionar el jarabe de pulgón; esto es ya inevitable. Os dije, hermanas, que la codicia es mala consejera y ahora veis que los hechos me dan la razón. La mano segura del jardinero ha vuelto las cosas a su equilibrio natural. Porque no podemos matar las blancas flores sin ser castigadas.

—Mis órdenes son que cuando los pastores hayan reunido de nuevo a los ganados, vuelvan al celindo sólo la mitad de los que había. Y que el resto viva entre las malvas que hay en el rincón de la sombra. Podéis marchar.

Entonces habló nuestra niña:

—Si quieres, yo puedo convencer al jardinero...

—No, nosotros los animales no debemos romper nunca el curso natural de la vida. Sólo a los hombres les dio Dios poder para vencer a las cosas con la fuerza de la voluntad. Además, tenemos más que suficiente con los rebaños que quedan pastando por todos los rincones del jardín. Y no quiero favorecer la gula de mis hijas: son muy golosas.

Y el ángel dijo:

—Reina, debes perdonar a tu blanca amiguita. Ella tiene la equivocada idea de la caridad que usan los hombres. Creen que la caridad es sólo compasión y olvidan que es, primero de todo, verdad, y que no obra nunca precipitadamente porque es bienhechora. Por eso no ha sabido pensar en el daño que podía hacer a tu pueblo con su lástima.

—Sí, sí, tienes razón. Yo no había pensado más que en la queja de las hormigas y se me ocurrió...

—Bueno, vamos a seguir nuestra visita. Quiero que veas, por último, las viviendas de nuestros huéspedes, los *atemeles*.

—¿Huéspedes? ¿Tenéis huéspedes?

—Sí. Son unos bichitos de la misma familia que los escarabajos, que viven con nosotras. Tienen un brillante penacho de pelos dorados que despiden un hermoso perfume que borra los malos olores de nuestras casas. Nosotros los alimentamos y cuidamos, pero ahora estoy muy preocupada.

—¿Por qué? ¿Son malos los ateméles?

—No. Ellos no son malos. Si acaso, les pasa lo que a muchos huéspedes, que nunca encuentran el momento de marcharse. Lo que me preocupa son mis hijas.

—¿Pues qué pasa?

—Nada que no sea ya muy viejo. Hay un grupo de ellas que se emborrachan con el penetrante olor de los penachos brillantes. Y se olvidan de su misión, entregando cuantos alimentos pueden a los tragones huéspedes. Y, a veces, se envician tanto que entregan a nuestras propias crías a cambio de perfume. Es la vanidad de la vida lo que me preocupa. Porque, si el vicio se extiende a las nodrizas que cuidan nuestras larvas, el año próximo seremos un pueblo condenado a morir. Angel, ¿qué me aconsejarías tú?

—Nada puedo decirte. Tú eres reina y yo Angel. Sólo recordarte aquellas palabras que condenaron al fuego a la higuera porque no daba fruto. Tus frutos son las órdenes que das a tu pueblo. Sé fiel a él y a ti misma; este es el único consejo que se les dio a las criaturas cuando fueron creadas.

Y la niña se quedó pensando en silencio aquellas palabras tan claras, sencillas y definitivas. Pero sus ideas fueron cortadas por nuevas palabras del Angel:

—Tenemos que marcharnos. Tu madre acaba de despertar de su siesta y hay que volver en seguida a la sombra del sauce llorón. Adiós, reina, que tus órdenes sean justas y ciertas. Y que la paz reine en tu pueblo.

—Adiós, reina, volveré otro día.

Y corrieron por el largo pasillo que buscaba la luz de la tarde. Los soldados seguían en sus puestos y les dijeron adiós al pasar. "Ya tengo recomendación para volver", pensó la niña. Pero siguieron corriendo; la madre bajaba las escaleras camino del jardín.

Cruzaron casi sin aliento la pequeña acequia, por la que seguía manando un delgado hilillo de agua fresca. Por fin, jadeantes, llegaron junto al sauce, y la niña fue niña de nuevo. Estaba recostada en el tronco nudoso, con los ojos mirando al cielo. Y nadie sabría decir qué azul era más limpio.

Apareció la madre andando con pasos menudos entre los rosales y los mirtos. Surgió la fuerte lanza del surtidor. Miraba las plantas una a una, con ojos cariñosos.

—¡Otra vez está lleno el celindo de pulgones y hormigas! Tendré que avisarle al jardinero mañana.

—¡Mamá!... No, nada."

(EUGENIO DE BUSTOS: *La hormiga blanca.*)

El orden de las cosas

Puedo asegurarte que no he inventado nada: en los hormigueros—mínimas ciudades—se sigue guardando el orden en que fueron hechas las hormigas. Y nuestra lengua española nos ayuda a comprender que dar orden, ordenar, es tanto como mandar. Y quien manda, da leyes que los demás obedecen. Mucho sabía de todo esto el rey David—el pequeño músico vencedor de Goliat—cuando cantaba al Señor este salmo:

"— Los cielos cantan la gloria de Dios
y las estrellas anuncian la obra de sus manos.
— Los días hablan con los días
y las noches dialogan con las noches.
— No dicen palabras extrañas ni raros sonidos;
todos los hombres las pueden oir y entender.
— Su voz se eleva por las alturas del aire
y baja hasta abrazar toda la tierra.
— Las órdenes del Señor son como la mañana clara:
alegran a los hombres en el mar y la montaña.
— Dan luz a nuestra mirada
porque sus juicios son verdaderos y justos.
— Su Ley es dulce, más dulce que la miel de los panales.
Su Ley es amable, más amable que el oro fino.
— Obedeciendo sus mandatos los hombres ganan
como cedro levantado que busca la luz y el aire.
— Pero, por que nadie pueda conocer todas sus faltas,
perdónanos, Señor, las culpas ignoradas.
— Líbranos de la soberbia que puede cegarnos
y haz que nuestro corazón no quede oculto en su niebla.

— Limpia, Señor, de nuestra alma
todas las cosas que piden perdón."

("Salmo XIX de David": Fragmento. Versión de E. B.)

Las órdenes de los hombres

¡Ley dulce como la miel, más amable que el oro puro! Porque sólo Dios tiene juicios totalmente verdaderos y justos. Porque su Ley alumbra nuestros caminos y protege nuestros pasos. Porque su mandato es pura llama de amor viva. "Amaos los unos a los otros como yo os he amado." Pero, ¿y nosotros? ¿Cómo nos mandamos los hombres?

Hubo una vez un pequeño príncipe, habitante de uno de esos asteroides que hay entre Marte y Júpiter. Su peregrina y asombrosa historia nos la ha contado el escritor francés Antonio de Saint-Exupéry con deliciosas palabras que intentaré traducir. Sucedió que este príncipe niño quiso visitar a los habitantes de los demás asteroides:

"El primero estaba habitado por un rey. El rey estaba sentado, vestido de púrpura y armiño, en un trono muy sencillo y majestuoso.

—¡Ah! Un súbdito—exclamó el rey cuando vio al pequeño príncipe.

Y éste se preguntó: "¿Cómo puede reconocerme si nunca me ha visto?" Porque no sabía que, para los reyes, el mundo es muy sencillo. Todos los hombres son súbditos.

—Acércate para que te vea mejor, le dijo el rey, que estaba muy orgulloso de poder reinar sobre alguien.

El pequeño príncipe miró donde poder sentarse, pero el planeta entero estaba ocupado por el magnífico manto del rey. No tuvo más remedio que permanecer en pie; pero, como estaba cansado, bostezó.

—Es contrario a la etiqueta bostezar en presencia de un rey, le dijo el monarca. Te lo prohibo.

—No he podido evitarlo, respondió el pequeño príncipe todo avergonzado. He hecho un largo viaje y no he dormido nada...

—Entonces, dijo el rey, te ordeno bostezar. Desde hace muchos años no he visto bostezar a nadie. Los bostezos son algo muy curioso. ¡Vamos! ¡Bosteza más! Es una orden.

—Eso me asusta... Yo no puedo más..., dijo el pequeño príncipe, totalmente rojo.

—¡Hum! ¡Hum! Bueno, yo... yo te ordeno que bosteces o que..., farfulló el rey, que parecía enojado, pues cuidaba mucho de que se respetase su autoridad. No toleraba desobediencia alguna. Era un monarca absoluto. Pero, como era muy bueno, daba órdenes razonables.

"Si yo ordenase, decía francamente, si ordenase a un general transformarse en gaviota y no me obedeciese, no cometería una falta. La falta sería mía."

—¿Puedo sentarme?, preguntó tímidamente el pequeño príncipe.

—Yo ordeno que te sientes, respondió el rey, recogiendo majestuosamente un pliegue de su manto de armiño.

Pero el pequeño príncipe estaba asombrado. El planeta era pequeñísimo. ¿Sobre qué podría reinar entonces?

—Sire, le dijo, os pido permiso para preguntaros...

—Te ordeno que me interrogues, se apresuró a decir el rey.

—Sire..., ¿sobre quién reina vuestra majestad?

—Sobre todo, respondió el rey con sencillez.

—¿Sobre todo?

El rey, con un elegante gesto, señaló a su planeta, a los demás planetas y a las estrellas todas.

—¿Sobre todo eso?

—Sobre todo eso..., contestó el rey, pues era monarca absoluto y también universal.

—¿Y las estrellas os obedecen?

—Seguro, dijo el rey. Obedecen inmediatamente. Yo no tolero la indisciplina.

Semejante poder asombró al pequeño príncipe. Si él lo tuviese podría haber presenciado, no cuarenta, sino cuarenta y cuatro, setenta y dos, cien, incluso doscientas puestas de sol en el mismo día sin moverse de su silla. Y, como tenía nostalgia de su pequeño planeta abandonado, se atrevió a solicitar una gracia del rey:

—Querría ver un ocaso... Hacedme ese favor... Ordenad al sol que se ponga...

—Si yo ordenase a un general que volase de flor enflor como una mariposa, o que escribiese una tragedia, o transformarse en gaviota, y si el general no cumpliese la orden recibida, ¿quién de los dos obraría mal?

—Vuestra majestad, respondió con firmeza el pequeño príncipe.

—Exacto. Hay que exigir a cada uno lo que cada uno puede dar, replicó el rey. La autoridad se basa en la razón. Si ordenas a tu pueblo que

se arroje al mar, se sublevará. Yo tengo derecho a exigir obediencia porque mis órdenes son razonables.

—Pero, ¿y mi puesta de sol?, recordó el pequeño príncipe, que nunca olvidaba lo que pedía.

—Tendrás tu puesta de sol. Lo exigiré. Pero mi ciencia de gobernante me aconseja esperar a que las condiciones sean favorables.

—¿Cuándo ocurrirá eso?

—¡Ejem...!, le respondió el rey, consultando un grueso calendario. ¡Ejem...! Será hacia... hacia... ¡Será esta tarde, a los ocho menos veinte! Y ya verás qué bien se me obedece.

El pequeño príncipe bostezó. Echaba de menos su aplazada puesta de sol. Y se aburría un poco.

—No tengo nada que hacer aquí, dijo al rey. ¡Me marcho!

—No, respondió el rey, que estaba orgulloso de tener un súbdito. ¡No marches, te hago ministro!

—Ministro, ¿de qué?

—De... ¡de justicia!

—Pero, ¡si no hay nadie a quien juzgar!

—Nunca se sabe, le dijo el rey. Aún no he recorrido todo mi reino. Soy muy viejo, no tengo sitio para una carroza y me cansa el andar.

—¡Oh! Pero yo sí lo he visto ya, dijo el príncipe, que se inclinó para echar una ojeada al otro lado del planeta. Tampoco hay nadie ahí abajo...

—Te juzgarás a ti mismo. Es lo más difícil de todo. Es mucho más difícil juzgarse a sí mismo que a otro. Si lo haces bien, eres un verdadero sabio.

—Yo puedo juzgarme en cualquier sitio. Para eso no necesito vivir aquí.

—¡Ejem! ¡Ejem!, dijo el rey. Creo que en mi planeta hay una vieja rata, no sé donde. La oigo por la noche. Podrás juzgar a la rata vieja. De cuando en cuando la condenarás a muerte; así su vida dependerá de tu justicia. Pero siempre la perdonarás para no gastarla. No hay más que una.

—No me gusta condenar a muerte, respondió el pequeño príncipe. Ya lo creo que me voy.

—No, dijo el rey.

Pero cuando el príncipe estuvo preparado para la marcha, no quiso entristecer al viejo monarca.

—Si vuestra majestad desea ser obedecido punto por punto, podría darme una orden razonable. Podría mandarme, por ejemplo, marchar antes de un minuto. Me parece que las condiciones son favorables...

Como el rey no contestaba, el pequeño príncipe dudó primero; después, con un suspiro, emprendió su marcha.

—Te hago mi embajador, se apresuró a gritar entonces el rey.

Tenía un imponente aspecto autoritario.

Las personas mayores son muy extrañas, se dijo el príncipe, durante su viaje."

(ANTOINE DE SAINT-EXUPERI: *Le petit prince.* Traducción de E. B.)

La jerarquía

En esta narración hay—como en todos los cuentos—palabras de verdad, que tu corazón sabrá descubrir. Pero nos ha quedado lo más importante: ¿Cómo podremos mandar para que los demás hombres se alegren con nuestra voz? ¿Cómo alcanzaremos a ser verdadera imagen de Aquel que manda a todos los reyes? Don Francisco de Quevedo, caballero de la Orden de Santiago, puede contestarnos en un libro que escribió, hablando "a los hombres que por el gran Dios de los Ejércitos tienen como título de reyes la tutela de las gentes". Y, con un lenguaje que quizá te va a costar algún trabajo entender, les decía:

"Obedecer deben los reyes a las obligaciones de su oficio, a la razón, a las leyes, a los consejos; y han de ser inobedientes a la maña, a la ambición, a la ira, a los vicios. No pongo entre estas pestes a los criados y a los vasallos, porque en todo el discurso eso está dicho. Y son cosas contrarias obedecer el rey al siervo; y cuando se ve, es un monstruo de la brutalidad que produce el desatino humano para escándalo de las propias bestias. Nasció, pues, Cristo, cuando mandaba Augusto registrar todo el mundo; y el venir a la obediencia le trujo a nacer en un lugar tan humilde, al hielo y al frío. Y en un día Augusto, rey aparente, registra el Universo, y Cristo Jesús le remedia.

Para esto nacen los reyes, para su desnudez y desabrigo y remedio de todos; no para destruir a alguno, ni desacomodar a nadie...

Y es de considerar que en naciendo enseñó cuatro cosas: qué oficio era el de rey, cuáles habían de ser los que escogiese, y cómo habían de recibir sus favores y llamamientos, y qué traía a la tierra y al cielo. "Qué oficio era el de rey": enviando ángeles a los pastores, dijo que era oficio

de pastor, y que venía a velar sobre su ganado. "Cuáles habían de ser los que escogiese": declaró que habían de ser gente de vela, y atenta sobre lo que tiene a su cargo. "Cómo habían de recibir sus favores": lo dijo en aquellas palabras de San Lucas, cap. 2: "Y veis el Angel del Señor estuvo cerca dellos y la claridad de Dios les rodeó, y temieron con temor grande". Ha de ser gente que en las grandes mercedes y favores que el rey les hiciese, teman con un temor grande. No se han de conocer mercedes a los que con ellas se desvanecen y se confían. Ese de la luz hace rayo que le parte. Los que velan y guardan su ganado, y el Angel del Señor los halla despiertos sobre su obligación, temen con temor grande, más provechoso, las mercedes más preferidas. El que vela para adormecer al rey, el que vela por no guardar el ganado, sino por guardar lo que gana, ese no teme, antes se hace temer y obliga a que la propia luz le tema. "Lo que trae al cielo y a la tierra", declaran las palabras del propio Evangelista: "grande alegría, que será a todo un pueblo". ¡Cómo lo desquita el gran Rey Dios todo! A gran miedo, gran alegría; no a un pueblo, sino a todos: "porque hoy ha nacido el Salvador".

(FRANCISCO DE QUEVEDO: *Política de Dios*, capítulo XVI, 2.ª parte. Fragmento.)

La rebeldía ante la injusticia

Del Evangelio mismo están brotando estas palabras de Quevedo. Sí, el rey ha de obedecer a la razón, a la verdad y a las leyes. Y como su autoridad nace del amor, tiene que cuidar de todos, llevándoles la paz y la alegría. Porque—vuelvo a recoger las hondas palabras que dedica a pontífices, emperadores, reyes y príncipes—: "A vuestro cuidado, no a vuestro albedrío, encomendó las gentes Dios Nuestro Señor; y en los estados, reinos y monarquías os dio trabajo y afán honroso, no vanidad ni descanso. El que os encomendó los pueblos os ha de tomar cuenta dellos, si os hacéis dueños con resabios de lobos. Si os puso de padres, y os introducís en señores, lo que pudo ser oficio y mérito hacéis culpa, y vuestra dignidad es vuestro crimen. Con las almas de Cristo os levantáis a su sangre, y a su ejemplo y a su doctrina hacéis desprecio."

Tal vez más que nunca me gustaría poder estar ahora a tu lado. Para quedarnos pensando un momento en estas palabras tan exactas que pare-

cen herirnos; para hablar de cómo todos los grandes héroes, todos los que de veras han sabido mandar en la historia de los hombres, sentían sobre sus hombros la vida de cuantos imitaban sus ejemplos y seguían sus palabras. En todas las tierras del mundo han existido hombres de este temple: Ulises, Roldán, Mío Cid...

Ahora podemos empezar a entender que el poder también tiene sus barreras. Cuando quien manda no obedece la eterna ley que ordena buscar el bien de todos los obedientes; cuando el señor no sabe ser esclavo del amor, se rompe el invisible lazo de la obediencia y los hombres eligen los ásperos, agrios senderos de las sublevaciones. Como Bernardo del Carpio, como la reina Isabel la Católica... Como Guillermo Tell, el héroe suizo cuya leyenda, recogida por un poeta alemán, voy a contarte con palabras de un escritor español:

"Entre las crestas heladas de los Alpes, en los prados siempre verdes y húmedos, a orillas de los altos lagos que reflejan la nieve, viven los hombres libres de Suiza. A ellos les llega el sol de la mañana antes que a los pueblos de las tierras bajas. Duro es su vivir entre el hielo y los ventisqueros, pero por nada bajarían a la vida fácil de las llanuras; piensan que la libertad, como la rosa de los Alpes, sólo florece en las cumbres y se marchita en el llano.

Sus aldeas, blancas y limpias, se enlazan a través de las montañas por empinados senderos tallados en la roca viva, tendidos con los barandales sobre los precipicios, y bordeados de negras cruces de madera en memoria de los viajeros sepultados por la nieve de los aludes.

Cazan en cumbres tan altas, que sus flechas vuelan sobre las nubes; cantan al son de las esquilas de sus rebaños, y aman ante todo la libertad.

Un valiente cazador fue el libertador de Suiza hace seiscientos años. Nació en el cantón de Uri. Se llamaba Guillermo Tell.

En medio de las altas montañas está el lago verde de los Cuatro Cantones; en sus aguas se reflejan las cumbres heladas y las vacas que pacen la hierba de sus orillas. Comienza el otoño.

Un pescador canta en su barca; los cazadores trepan por las escarpaduras veladas de nubes, y los pastores se alejan con sus ganados, dejando los pastos alpinos hasta que vuelva a cantar el cuco de la primavera.

Cuando pastores, cazadores y pescadores se encuentran junto al lago se estrechan las manos como hermanos en el trabajo y juntos lamentan el triste destino de su patria, sometida a la más vergonzosa esclavitud. El gobernador Gessler, que ejerce la tiranía en nombre del emperador de Alemania, insulta a los pobres, pisotea a los humildes, atropella sus dere-

chos, su hacienda y su honra. Y se ríe de los antiguos fueros del pueblo libre. ¡Ay del que se atreva a levantar los ojos delante de él! ¡Ay del que no se arrodille ante sus caprichos y ante la insolencia de sus servidores y amigos!

Pastores, cazadores y pescadores, hombres esforzados y humildes de las altas montañas nevadas, ven con desaliento cómo día tras día el yugo del tirano aprieta cada vez más el cuello de su patria. Y se estrecha tristemente las manos en esta oscura tarde de octubre a orillas del lago de los Cuatro Cantones.

La tempestad se anuncia cercando de espesa niebla negra las montañas; los peces saltan en el lago, y los mastines escarban la hierba gruñendo mientras las ovejas se aprietan unas contra otras. Ya empieza a soplar el viento del Sur y caen, grandes y frías, las primeras gotas de lluvia.

De pronto, un leñador, con el cabello revuelto y los ojos desorbitados de angustia, llega corriendo del bosque y se lanza de rodillas clamando:

—¡En nombre de Dios, barquero, sálvame! Desamarra tu barca y pásame a la otra orilla. Los jinetes del gobernador me persiguen. Uno de sus criados atropelló mi choza, y mi hacha le ha dado muerte. ¡Sálvame, barquero!

Todos retroceden con espanto ante estas palabras. Un relámpago alumbra los montes y un terrible trueno rueda por los valles. El vendaval se desata barriendo los desfiladeros, y las aguas del lago se encrespan en negros oleajes.

El barquero mira con angustia al leñador, arrodillado a sus pies, y tiembla ante la tempestad. Las aguas del lago braman ahora como un mar enfurecido, y la noche se adelanta.

—No puedo ayudarte—dice el barquero—. La borrasca volcaría mi bote y las aguas nos tragarían a los dos. Que el cielo te proteja.

El leñador llora desesperado sobre la hierba. A la claridad de los relámpagos se ven aparecer a lo lejos los jinetes del gobernador.

Entonces un nuevo cazador se acerca a la orilla al oir los sollozos desesperados del fugitivo. Trae el brazo una ballesta y el haz de flechas a la espalda. Lleva una gorra de piel, las piernas desnudas y sandalias de cuero con plantas de madera. Los cazadores le reconocen y le saludan con respeto. Es Guillermo Tell, el fuerte cazador de Uri.

—¿Dejarás morir a este hombre—dice Tell—a la orilla misma del lago, que es su salvación? Es un hermano de esclavitud que ha tenido el valor de rebelarse contra los tiranos. ¡Pronto, barquero, desamarra tu barca!

—No puedo, Tell. Tú conoces como yo el remo y el timón, y sabes que nada puede intentarse contra la tempestad furiosa.

—Ea, barquero, los jinetes llegan. El lago sentirá acaso lástima del fugitivo: el gobernador, no. Desatraca tu barca.

—¡No! Ni por mi hijo lo haría; hoy es el día de San Judas y el lago se enfurece reclamando una víctima, como todos los años.

—Entonces, barquero, en el nombre de Dios, déjame tu barca.

Así dijo Tell el cazador. Y desatando la barca salta a ella con el leñador y empuña en sus manos los remos.

Cuando llegan los jinetes, al verse burlados, descargan su rabia contra los cazadores, atropellan con sus caballos el ganado, incendian furiosos las chozas de los pastores, que huyen llorando entre la tempestad y la noche.

A la luz de los relámpagos Guillermo Tell rema vigorosamente sobre el lago encrespado y gana la otra orilla.

Todos los días corren por las aldeas de la montaña noticias de nuevas desgracias y afrentas. Gessler, el orgulloso gobernador de Uri, ejerce sobre los duros montañeses suizos la tiranía más odiosa, en nombre del emperador. Insulta a sus mujeres, incendia sus chozas y arrasa sus haciendas y rebaños. El enciano Mechtal, con las órbitas sangrientas y vacías, recorre las montañas pidiendo venganza; Gessler ha mandado arrancarle los ojos en castigo de una falta cometida por su hijo.

En la plaza de Altdorf los esbirros del gobernador levantan una lúgubre fortaleza en cuyos calabozos han de dormir eternamente los que no acaten a ciegas la tiranía. Pero con mal agüero se alza la cárcel: al cubrirla un obrero pierde la vida, desplomándose desde las altas pizarras.

Las húmedas mazmorras aguardan a los hombres libres. Y para probarlos, Gessler ha ordenado colocar en la plaza, en la punta de un palo, el sombrero ducal, al que todos deberán saludar respetuosamente, como si fuera el gobernador en persona.

Ante semejante burla los nobles corazones suizos se llenan de ira y de vergüenza. Pero el no obedecer cuesta la vida, y los escasos transeúntes que se ven forzados a atravesar la plaza, hombres, mujeres y niños, tragándose su propio sonrojo, se descubren y se inclinan ante el espantajo de la tiranía.

Guillermo Tell está trabajando en su choza de la montaña, cortando leña para el invierno, mientras sus dos hijos, Gualterio y Guillermo, juegan a su lado. Sueñan con ser cazadores famosos como su padre y se ejercitan alegres en tirar la ballesta.

Tell deja el hacha, y sentado junto al hogar habla así a su esposa:

—Vergonzosa es la esclavitud de nuestra patria. Los corazones montañeses desbordan de ira y de dolor. Un día estallará en todos los cantones la revolución, y entonces mi arco se unirá a las hachas y picas de mis her-

manos. Sólo temo por la suerte de nuestros hijos. Gessler me odia no sólo porque he salvado a un leñador perseguido por sus jinetes, sino porque le he visto a él, orgulloso gobernador, temblar en mi presencia. Fue hace unos días; cazaba yo junto a un precipicio, en un despeñadero solitario, y al avanzar por un desfiladero abierto entre los peñascos me encontré al gobernador que venía solo en dirección contraria. No podía retroceder porque sobre su cabeza se elevaba la roca viva, y abajo, a sus pies, bramaba despeñándose el torrente. Cuando me conoció y me vio avanzar hacia él con mi arco en la mano palideció, temblaron sus rodillas, y comprendí que estaba a punto de caer al precipicio. Entonces me dio lástima de él; le sostuve y le saludé humildemente, siguiendo luego mi camino. Pero ha temblado delante de un hombre del pueblo, y sé que jamás me perdonará esta humillación.

Luego, volviéndose a sus hijos, les dice:

—Ea, pequeños; vuestro padre baja hoy a la ciudad. ¿Quién quiere acompañarle?

En seguida Gualterio deja su juego y corre hacia él:

—Yo iré, padre. Yo quiero andar siempre contigo y aprender a cazar.

Tell se echa sobre los hombros su zamarra de piel, toma su ballesta y sus flechas y emprende el camino con el pequeño Gualterio. La esposa llora en silencio junto al hogar de leña, mientras el otro hijo mira con envidia alejarse a su padre y a su hermano.

En un claro del bosque de Ruti, rodeado de altos ventisqueros, bajo los abetos nevados, se celebra esta noche una extraña asamblea a la luz de la luna.

Por los empinados senderos protegidos con barandales de madera van llegando campesinos, pastores y cazadores de todos los cantones, alumbrándose con antorchas. Cuando se encuentran en el claro del bosque cambian un santo y seña y se estrechan las encallecidas manos en silencio. Son conjurados de todos los pueblos que van a celebrar asamblea con arreglo a sus antiguos fueros para alzarse en rebelión contra el tirano.

Faltan los conjurados del cantón de Uri y todos aguardan sobrecogidos de emoción, encendiendo una fogata en medio de la pradera. La ermita del bosque deja oir dos campanadas.

De pronto una voz exclama gozosa:

—¡Oh, mirad! Un feliz augurio. La luna enciende en la niebla un arco iris nocturno. Desde nuestros abuelos no se había vuelto a ver tal maravilla.

Todos los ojos contemplan, asombrados de gozo, el signo maravilloso. Bajo el arco de siete colores, tendido sobre el lago, pasa ahora una barca. Son los conjurados de Uri.

Pero el más anheladamente esperado, Guillermo Tell, el cazador, no viene con ellos. ¿Qué habrá sido de él? Nadie lo sabe.

Los conjurados suman en total treinta y tres. Representan la voluntad de todos los cantones, en cuyo nombre han venido, y, con arreglo al ritual de sus abuelos, comienza la asamblea foral en torno a la hoguera. Se colocan en círculo, clavando sus armas en el centro. El más anciano los preside y habla con las manos apoyadas en dos espadas:

—¡Hombres libres de todos los cantones, representantes del pueblo! Oíd lo que nos contraron nuestros abuelos. Había antiguamente un gran pueblo en el Norte que padecía hambre cruel. En tal situación resolvieron que la décima parte de sus habitantes abandonase el país, en busca de nuevas tierras deshabitadas. Así llegaron los emigrantes, hombres y mujeres, a estas montañas, entonces desiertas. Nuestros bosques de abetos y nuestros lagos helados les recordaron su patria, y aquí decidieron quedarse. Edificaron nuestro viejo castillo, talaron el bosque en torno a los lagos, levantaron sus chozas junto a las fuentes y roturaron la tierra. Así nació un pueblo donde antaño sólo habitaban los osos. Ellos extinguieron la raza del dragón venenoso de nuestras lagunas; construyeron nuestros caminos, tallados en la roca, y engendraron a nuestros antepasados. Somos, por tanto, un pueblo libre, nacido del trabajo y del esfuerzo. Vosotros, nietos de aquellos héroes, ¿renunciaréis algún día a vuestra santa libertad?

—¡Nunca!—contestan todos, levantando la mano derecha.

—Pues bien: Gessler, el gobernador extranjero, no os reconoce como hombres libres; no respeta vuestras leyes ni vuestros sentimientos; usurpa vuestros bienes y os cubre de infamia con sus crueldades. ¿Juráis todos luchar contra la tiranía de Gessler?

—¡Juramos!—vuelven todos a contestar, levantando las manos.

—El gobernador tiene armas y soldados. Nosotros sólo tenemos el derecho. Los príncipes y los nobles lucharán con sus brillantes ejércitos contra un pobre pueblo desarmado, de campesinos y pastores. Que nadie retroceda ante la muerte. Cuando llegue el momento, veréis encenderse hogueras en la cumbre de todos los montes. Acudid todos entonces; derribad las fortalezas y la cárcel de Altdorf; dad vuestra vida por vuestra libertad.

Y luego, el anciano, extendiendo sus manos a derecha y a izquierda, elama como un himno:

—¡Queremos ser libres!

Los conjurados lo repiten. Lo repiten por tres veces, con las manos en alto, y se abrazan. Después se alejan por tres caminos diferentes.

La hoguera se apaga y comienza a amanecer sobre los montes de hielo.

¿Por qué Guillermo Tell, el mejor de los hombres de Uri, no acudió a la asamblea del pueblo? Aquella misma noche el famoso cazador estaba preso, cargado de cadenas, en la fortaleza de Gessler.

Cuando abandonó su choza, camino de la ciudad, el pequeño Gualterio iba a su lado, lleno de orgullo y alegría. Decía el niño:

—¿Es verdad, padre que los árboles de la montaña sangran cuando se les hiere con el hacha?

—Eso dicen los rabadanes. Adoran a los árboles porque son sus protectores; si no fuera por estos árboles, nuestras aldeas serían sepultadas por la nieve de los aludes.

—¿Hay países sin montañas de hielo?—vuelve a decir el niño.

—Sí, hijo mío. Siguiendo el camino del río se llega a una región donde las aguas corren tranquilas; la vista se dilata allí en anchos horizontes; el trigo crece en los campos, y la tierra, templada, parece un perpetuo jardín.

—¿Por qué no dejamos entonces, estas montañas y nos vamos a vivir allá?

—La tierra es fértil y el cielo hermoso. Pero aquellos hombres no son libres. Su tierra es del obispo y del rey.

—Pero cazarán en los bosques.

—Sus bosques pertenecen al señor.

—Pero siquiera pescarán en los ríos.

—Los ríos, el mar y la sal son del rey. Los hombres son criados del rey, que los defiende con su ejército. Trabajan para el rey y viven miserablemente de lo que al rey le sobra.

—Siendo así, padre..., mejor vivir en la montaña. Nosotros somos libres, ¿verdad?

Así hablaban cuando atravesaron la plaza de Altdorf, pasando, sin verlo, por delante del sombrero ducal alzado en el palo.

De pronto, los centinelas detienen a Tell con sus lanzas.

—¡Daos preso, en nombre del emperador! Ningún hombre pasará por delante de ese sombrero sin rendirle homenaje.

Tell se revuelve contra los centinelas, derribándoles. El niño llora espantado, al verles luchar. De todas partes acuden hombres y mujeres del pueblo. Una voz grita:

—¡Plaza al gobernador!

Y Gessler, seguido de su séquito, aparece en la plaza. Va de cacería, con su halcón al puño, en medio de lujosos pajes y escuderos. Se acerca al grupo, y, al enterarse de lo sucedido, se vuelve al famoso cazador con una sonrisa cruel:

—¿Sabes, Tell, cómo castigo yo a los rebeldes y a los traidores? La

fortaleza de Altdorf tiene mazmorras que se honrarán en acogerte para toda la vida. ¿Quién es ese niño que te acompaña?

—Es mi hijo, señor.

—¿Quieres mucho a tu hijo, Tell?

—Con toda el alma, señor.

—¿Y no te daría pena verlo también en la cárcel, en un calabozo subterráneo? Pero no tengas miedo, Tell; yo voy a darte el medio de salvar a tu hijo. ¿No eres tú el más famoso cazador de los Alpes, que jamás yerra el blanco?

—¡Jamás!—contesta el niño, lleno de noble orgullo—. Mi padre, a cien pasos, derriba una manzana del árbol.

—Bien, muchacho. Puesto que tu padre es tan hábil, va a dar una prueba de su destreza aquí delante de todos. Toma tu ballesta, gran cazador, y a ver si a cien pasos aciertas a una manzana en la cabeza de tu hijo.

Ante esta bárbara orden, los hombres del pueblo retroceden, asombrados. Tell siente flaquear sus fuerzas, y su ojos se nublan.

—¡Eso nunca!—exclama dejando caer su ballesta—. Prefiero morir.

Gessler, desde su caballo, alcanza una manzana de un árbol.

—Vamos, plebeyos, despejad el sitio. Cuéntense los cien pasos. ¿Por qué tiemblas, Tell? Será para ti una magnífica hazaña. Pero ten cuidado no te tiemble el brazo, no sea que atravieses la cabeza en vez de la manzana.

—¡No tiembles, padre!—grita entonces Gualterio—. Dadme la manzana; yo esperaré sin miedo la flecha.

—Atadle a ese tilo—dice Gessler.

—No, no me atéis. No me moveré, ni pestañearé siquiera. ¡Tira, padre!

Gualterio ha corrido a ponerse bajo el tilo con la manzana sobre la cabeza. Los hombres aprietan los puños, y las mujeres se tapan el rostro, llenas de angustia. Gessler mira sonriendo al gran cazador, que está a punto de desplomarse:

—¡Tira, cobarde! Y aprende que sólo tiene el derecho de llevar armas el que sabe usarlas.

Entonces Guillermo Tell se recobra. Mira fríamente al gobernador y pide dos flechas. Guarda una en el pecho y pone la otra en el arco. El niño espera, sin temblar, en medio de un mortal silencio. Tell tensa la cuerda con firmeza, apunta conteniendo la respiración, y la flecha salta limpia, atravesando la manzana, y va a clavarse, temblando, en el tronco del tilo.

Un murmullo de admiración y de gozo se levanta en todos los pechos, y Gessler se muerde los labios, despechado. Tell corre a abrazar al niño, y todo el llanto contenido se le desborda ahora sobre el rostro del hijo.

—Está bien—dice Gessler—. Ha sido un buen tiro. Pero, ¿por qué pediste dos flechas?

Tell se vuelve a él, mirándole severamente:

—La otra era para ti si hubiera matado a mi hijo. ¡Y ésa te juro que no me hubiera fallado!

Por esta respuesta, Guillermo Tell ha sido preso y cargado de cadenas. El mismo Gessler le lleva en su barca, abanderada y roja, hacia una lejana fortaleza, donde piensa sepultarle en vida.

Pero una terrible tempestad se desencadena en el lago, y Gessler, fiando más en la habilidad de Tell que en la de sus pilotos, manda desatarle, y le entrega el timón.

La tempestad, impulsada por el vendaval del San Gotardo, ruge en el estrecho lago como una bestia contra los barrotes de su jaula. El gran cazador conduce la barca a través de las negras olas y, con un rápido viraje, la acerca a un escollo. Entonces salta con su ballesta a tierra y con el pie da un vigoroso empujón a la barca, que vuelve a internarse en el lago.

De este modo Guillermo Tell se ve nuevamente libre en la montaña. Lleva su ballesta al hombro, y en el seno, la flecha que guardó ayer al disparar sobre su hijo.

Por espacio de muchos días vaga por los agrestes picachos nevados, rondando de noche su choza, adonde sabe que han de llegar un día los esbirros del gobernador para prender a su esposa y a sus hijos.

Entretanto, Gessler ha logrado salvarse del naufragio, y prepara una gran fiesta en su castillo.

Por el camino que conduce al palacio del señor, ¡cuántas gentes diversas pasan todos los días! Allí ponen su planta el mercader y el peregrino, el monje y el salteador nocturno, y el alegre trovador y el buhonero cargado de baratijas. Pero de todos, ninguno tan extraño como ese cazador que desde un alto matorral vigila hoy el camino. Lleva una gorra de piel, desnudas las piernas, y calza fuertes sandalias de cuero con plantas de madera. En su ballesta sólo hay una flecha, y sus ojos no se apartan un momento del camino.

Ahora cruza un cortejo nupcial, al son de rabales pastoriles. Pasan después unos soldados cantando con las lanzas al hombro. Más tarde, una mujer del pueblo, descalza, rodeada de sus hijos, sucios y hambrientos. No puede caminar más, y se sienta en un recodo al borde del sendero.

Luego aparece un brillante acompañamiento de pajes y escuderos, y un caballero resplandeciente de oros y sedas. Es Gessler, el gobernador.

Al llegar al recodo, la mujer se arrodilla en medio del camino, delante de su caballo:

—¡Justicia, gobernador! Mi marido yace preso en vuestros calabozos

sin haber cometido delito. Mis hijos se mueren de hambre en nuestra choza, sin pan y sin leña. ¡Justicia!

—¡Aparta!—grita Gessler—. Déjame en paz y presenta tu memorial en el castillo.

La mujer se inclina de bruces, besando el suelo. Sus hijos se arrodillan a su lado, cerrando el paso.

—¡Perdón para mi marido inocente! Pan para mis hijos... ¡Justicia, gobernador!

—¡Aparte!—vuelve a gritar Gessler, iracundo.

Y, clavando las espuelas, hace encabritar a su caballo, dispuesto a lanzarlo sobre los que lloran de rodillas.

Entonces, una flecha, disparada desde lo alto del matorral, silba en el aire y va a elavarse, certera, en el corazón del tirano.

Gessler se contrae de dolor y cae derribado hacia atrás sobre el arzón. Con la mano crispada se arranca la flecha y la contempla con sus ojos turbios.

—¡Ah, bien conozco de quién es esta flecha!

—¡Te la tenía prometida!—exclama Guillermo Tell, apareciendo en lo alto del matorral—. ¡Acuérdate, es la que guardé aquel día junto al tilo de Altdorf!

Gessler cae de su caballo y muere en medio de sus criados, que le contemplan, sobrecogidos de terror..., sin lástima.

Aquella misma noche, en todas las cumbres de los Alpes se levantaba el humo de las hogueras dando la señal. Las campanas se echan a vuelo en la sombra. Las fortalezas de la tiranía son arrasadas; saltan en astillas las puertas de las cárceles. Y el alba del nuevo día alumbra a un pueblo libre, de pastores y cazadores, de pescadores y campesinos encallecidos en el trabajo, que se abrazan, bendiciendo un nombre libertador: GUILLERMO TELL."

(ALEJANDRO CASONA: *Flor de leyendas:* "Guillermo Tell"")

La obediencia

Y, sin embargo, yo, con el corazón limpio, tengo que hablarte de obediencia. Romperla lleva muchas veces demasiado lejos: a cometer más y

más hondas injusticias de las que se pensaban remediar con ella. Es preciso tener el pulso muy firme y el corazón muy limpio y muy encendido de amor, y la carne muy estremecida de dolorosas razones para rebelarse. Si hasta los mismos ángeles se engañaron a sí mismos...

Por eso yo quiero hablarte de una dura virtud que los españoles necesitamos mucho para ganar alegrías que estremezcan nuestros campos sedientos, nuestros rumbos perdidos, nuestras chimenas sin humos: la disciplina. Y decirte de ella con palabras definitivas del más apasionado de los apóstoles:

"Todos habéis de estar sometidos a las autoridades superiores, que no hay autoridad, sino por Dios, y las que hay, por Dios han sido ordenadas, de suerte que quien resiste a la autoridad, resiste a la disposición de Dios, y los que la resisten se atraen sobre sí la condenación. Porque los magistrados no son de temer para los que obran bien, sino para los que obran mal. ¿Quieres vivir sin temor a la autoridad? Haz el bien, y tendrás su aprobación, porque es ministro de Dios para el bien. Pero si haces el mal, teme, que no en vano lleva la espada. Es ministro de Dios, vengador, para castigo del que obra el mal. Es preciso someterse no sólo por temor del castigo, sino por conciencia. Pagadles, pues, los tributos, que son ministros de Dios, constantemente ocupados en eso. Pagad a todos los que debáis: a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien temor, temor; a quien honor, honor."

(SAN PABLO: *Epístola a los romanos*; 13, 1-7. Ed. Nácar-Colunga.)

El alcalde

Si esto es virtud de buen cristiano, piensa, además, que hay momentos en la vida de las naciones en que la disciplina nos puede exigir la entrega de la propia vida, sacrificio éste que no suele costarnos a los españoles demasiado trabajo cuando defendemos con las armas nuestra independencia. Tus libros de Historia están llenos de sonoros nombres ejemplares que nos llenan de orgullo: Sagunto, Numancia, Covadonga, Gerona..., lugares en que el amor a su patria llevó a nuestros antepasados a sacrificios que

lindan con la ferocidad. Tú has leído ya en la clase de Español cómo Churruca obedeció en Trafalgar, aun sabiendo que las órdenes recibidas conducirían a la derrota y a la muerte.

Eran guerras en las que se defendía la propia existencia junto a las tumbas de los padres, el campanario que llamaba al Angelus en solemne hora del mediodía o los sotos que escucharon las primeras, torpes, palabras de amor.

Pedro Antonio de Alarcón, casi testigo de los hechos, paisano de los protagonistas, nos cuenta cómo se defendió un pequeño, desconocido, pueblo de las Alpujarras cuando los franceses invadieron España en época de Napoleón:

"Era la primera Autoridad de la villa un mortal de cuarenta y cinco a cincuenta años, alto como un ciprés, huesoso o nudoso (que ésta es la verdadera palabra) como un fresno y fuerte como una encina; aunque, a decir verdad, su largo ejercicio de carbonero habíale requemado y ennegrecido de tal modo, que, de parecer una encina, parecía una encina hecha carbón. Sus uñas eran pedernal; sus dientes, de caoba; sus manos, de bronce pavonado por el sol; su cabello, por lo revuelto y empajado, cáñamo sin agramar, y por la calidad y el color, el cerro de un jabalí; su pecho, que la abierta camisa dejaba ver de hombro a hombro y del cuello hasta el estómago inclusive, parecía cubierto de una piel de caballo que se hubiese arrugado y endurecido a fuerza de estar sobre ascuas, y, efectivamente, el cerdoso vello que poblaba su saliente esternón hállabase chamuscado, así como sus pobladas cejas... Y consistía esto en que el señor Alcalde era carbonero (o sea, ranchero de la sierra, según que ellos se llaman), y había pasado toda su vida en medio de un incendio, como las ánimas del Purgatorio.

Con respecto a los ojos de Manuel Atienza, no podía negarse que veían; pero nadie hubiera asegurado nunca que miraba. La advertida ignorancia de su merced, junto a la malicia del mono y a la prevención del hombre entrado en años, aconsejábale no fijar nunca la vista en sus interlocutores, a fin de que no descubriesen las marras de su inteligencia o de su saber; y si la fijaba, era de un modo tan vago, tan receloso, tan solapado, que parecía que aquellas pupilas miraban hacia dentro, o que aquel hombre tenía otros dos ojos detrás de las orejas, como las lagartijas. Su boca, en fin, era la de un alano viejo; su frente desaparecía debajo de las avanzadas del pelo; su cara relucía como el cordobán curtido, y su voz, ronca como un trabucazo, tenía ciertas notas ásperas y bruscas como el golpe del hacha sobre la leña.

De su traje no hay qué decir, por ser cosa de cajón entre la gente rica de aquellos pueblos, que consistía en unas albarcas de piel de toro, tomiza y parella; medias de lana; calzón corto, de paño burdo muy oscuro; chaqueta de lo mismo; chaleco celeste, de raso, rameado de amarillo; canana de cuero en vez de faja, y un enorme sombrero, bajo cuya ala, ribetada de felpa, sesteaba muy cómodamente toda su autoridad... Y, a propósito de autoridad, diré, para concluir, que la vara del alcalde le llegaba al hombro, y que sus dos borlas negras, del tamaño de dos naranjas, denunciaban a tiro de bala a todo un hombre de orden, que diríamos ahora.

Tal era el Alcalde de Lapeza, y a su tenor todos sus subordinados. Si creéis exagerada la descripción, tened presente que la raza de los lapeceños no ha degenerado ni se ha modificado con los años transcurridos. ¡Id allá, y os asombraréis, como yo, de que en España, y a mediados del XIX, existan todas las maravillas del Africa meridional!...

Pero las obras de fortificación se hallan terminadas, y el armamento distribuido convenientemente.

Atienza ha mandado a Jacinto que vaya a su casa por un antiquísimo tambor, que sirve para las procesiones, para los toros y para pregonar los bandos.

Jacinto—que, dicho entre paréntesis, era el alguacil, y de alguacil ha muerto en el presente año de 1859—acude ya tocando generala.

—¡A la formación!—grita el Síndico, persona muy perita en el arte militar; como que ha servido al señor Rey Don Carlos IV en clase de ranchero de una compañía de cazadores...

Los doscientos lapeceños toman las armas y se forman en batalla frente al Ayuntamiento.

Atienza empuña entonces una larga y negra espada antigua de ancha cazoleta y extensos gavilanes; cuelga de su canana una pistola de arzón; coge con la mano izquierda la vara de alcalde, ni más ni menos que haría con su bastón un mariscal de Francia, y, seguido de un brillante Estado Mayor, compuesto del alguacil, del pregonero o peón público y del infrascrito, que es como, muy ufana y orgullosa, llama su mujer al fiel de hechos, pasa revista a sus formidables huestes, que le presentan armas o tiran por alto monteras y sombreros.

—¡Viva el señor Alcalde!—gritan o ladran aquellos futuros héroes.

A lo que Atienza replica:

—¡Qué Alcalde ni qué cuerno! ¡Viva Dios! ¡Viva Lapeza! ¡Viva la independencia española!

Y, una vez cambiado este saludo de guerra, su merced ordena a Jacinto que toque un largo redoble; llama a su lado al pregonero, y por boca de

éste, que repite una a una y hasta media a media las palabras dal caudillo, pronuncia la siguiente proclama no escrita:

"Por—noticias—del tío Piorno—se ha sabido—que el enemigo de la patria—viene hoy a Lapeza—a conquistarnos—y robarnos los bienes—; y nosotros,—con la bendición del señor Cura—y el auxilio—de nuestra santa Patrona—la Virgen del Rosario,—vamos—a defendernos—como buenos españoles—y a mostrar—a la ciudad de Guadix—que, si ella—se ha entregado al francés—los vecinos de Lapeza—saben morir,—como murieron—los vecinos de Madrid—el día Dos de Mayo—,o—vencer,—como vencieron—los vecinos de Bailén—hace dos años;—y, en su virtud—, el Alcalde—hace saber—a estos vecinos—que—el que no perezca—en el presente día—defendiendo su casa—será declarado—mal español—y traidor a la patria,—y morirá,—como corresponde,—colgado de una encina de la sierra.—Y para que conste,—no sabiendo firmar, lo hace su merced—con la cruz que acostumbra,—de que certifica—el infrascrito.—¡Viva Dios!—¡Viva la Virgen!—¡Viva España!—¡Viva Fernando VII!—¡Muera Pepe Botella!—¡Mueran los franceses!—¡Mueran Godinot!—¡Mueran los traidores!"

Esta mezcla de proclama de guerra y de actuación judicial produjo extraordinario efecto en los lapeceños.

Manuel Atienza hizo la cruz con los dedos y la besó al llegar a lo de la firma; el Secretario certificó con un movimiento de cabeza; el pregonero cumplimentó al Alcalde por lo bien que había improvisado su discurso; Jacinto tocó otro redoble de tambor, y los vivas, los bailes y los himnos patrióticos dieron fin a aquella cómica loa de una verdadera tragedia.

—Cada uno a su puesto—exclamó entonces el Síndico.

Y unos coronaron la fortaleza de madera; otros se montaron en el cañón, provisto de una larga mecha; los gañanes más diestros en el manejo de la honda subieron a la alcazaba morisca; los tiradores o escopeteros salieron de descubierta al camino de Guadix, y el Alcalde se colocó en un punto que dominaba todo el futuro campo de batalla, teniendo a su lado a Jacinto, a fin de que un redoble de tambor diese la señal de fuego.

Entretanto, el Cura bendecía y absolvía, una vez más, a sus animosos feligreses, y se dedicaba, con el albéitar, el sacristán y el sepulturero, a preparar vendajes, el Santo Oleo y unas angarillas para el socorro de heridos y muertos.

Casi todas las mujeres rezaban en la iglesia; y en cuanto a los niños, habíase dispuesto aquella mañana mandarlos todos a lo alto de Sierra Nevada, a fin de que sus vidas no corriesen peligro, y pudieran servir, andando los años, para rechazar otra invasión extranjera.

Las tres de la tarde serían cuando una nube de polvo indicó a los lapeceños la proximidad del enemigo.

Algunos tiros de las primeras avanzadas corroboraron poco después aquella indicación.

Los lapeceños saltaron de entusiasmo, y, al mismo tiempo, por disposición final del señor Alcalde, izáronse en la antigua fortaleza de los moros, y en el parapeto de encina, dos o tres banderas, hechas con pañuelos negros.

Las campanas tocaron a rebato; muchas viejas empezaron a gritar, y los mozos, a lanzar silbidos; algunas piedras zumbaron en el espacio, y los escopetazos del camino oyéronse más frecuentes y más próximos.

Un momento después, los tiradores se replegaron hacia la villa, cargando nuevamente sus armas, y los primeros cascos, corazas y bayonetas del ejército invasor relucieron al alcance de los trabucos.

—¿Cuántos vienen—preguntó Manuel Atienza a uno de los que más había avanzado.

—Vendrán doscientos—respondió éste.

—Somos fuerzas iguales—exclamó el carbonero con desdeñosa arrogancia, sin considerar que doscientos rústicos mal armados no significarían lo que doscientos veteranos avezados en las lides y acometiendo con excelentes armas.

—Pero traen caballería...—añadió un segundo escopetero.

—Repito que somos fuerzas iguales—volvió a decir Manuel Atienza—. A ver, Jacinto, que suene ese tambor... ¡España y a ellos! ¡Viva la Virgen!

Jacinto dio la señal ansiada, y una nube de piedras y de balas, cayendo sobre los franceses, les obligó a hacer alto.

Un momento después contestaron éstos con una nutrida descarga, que dejó fuera de combate a cinco lapeceños.

—¡Alto el fuego!—gritó entonces el Alcalde—. Están todavía muy lejos y tenemos poca pólvora. Dejémosles acercarse... Ya sabéis que el cañón se reserva para lo último, y hasta que yo tire el sombrero no se le arrima la mecha. Ustedes, señoras, a ver si se callan y cuidan de los heridos.

—¡Ya se acercan otra vez!

—¡Nada!... ¡Todo el mundo quieto!

—¡Ya apuntan!...

—¡Todo el mundo a tierra!

Una segunda descarga vino a estrellarse en los troncos de encina, y los franceses avanzaron hasta hallarse a unos veinte pasos del ejército sitiado.

Los peones se replegaron a los dos lados del camino, dejando paso a la caballería.

—¡Fuego!—exclamó entonces el Alcalde con una voz igual a la de la

pólvora, mientras arrojaba el sombrero por alto y se plantaba en medio del mayor peligro.

Allí fue lo horrible. Allí fue lo inenarrable.

Franceses y españoles dispararon sus armas a un mismo tiempo, sembrando la tierra de cadáveres; la caballería aprovechó este momento para llegar al pie de la muralla, presumiendo, sin duda, poderla saltar con sus impetuosos bridones; centenares de piedras derribaron a caballos y jinetes; éstos empezaron, por su parte, a degollar a mansalva, y en aquel supremo tumulto, en medio de aquel estrago, de aquel torbellino, de aquella confusión, he aquí que estalla, por último, el tremendo cañonazo, produciendo un estampido fragoroso y llevando la muerte a sitiados y sitiadores.

Y era que el cañón había reventado al tiempo de disparar; era que la encina, hecha pedazos, vomitaba la metralla en todas direcciones, lo mismo hacia atrás que hacia adelante y por los costados, revuelta con mil fragmentos de madera que silbaban al hender el aire; era que la expansión de tanta pólvora inflamada había hecho rodar los troncos en que se apoyaba el cañón, y estos troncos aplastaron a españoles y franceses. Fue aquello, pues, un caos de humo, de polvo, de rugidos, de lamentos, de relinchos, de llamas, de sangre; de cadáveres deshechos, cuyos miembros volaban todavía o volvían a la tierra entre balas, piedras y otros proyectiles; de caballos sueltos que huían coceando; de palos de ciego dados sobre amigos y enemigos por los lapeceños que aún seguían en pie, y de puñaladas, pistoletazos y pedradas, que venían de abajo, de arriba, de todas partes, como si hubiese llegado el fin del mundo.

Y en esta tempestad, en este infierno, percibíanse juntos el toque de retirada de la corneta francesa y el redoble del tambor lapeceño tocando a generala, en tanto que la voz del formidable carbonero, del invencible Alcalde, del invulnerable Atienza, sobresalía entre el común estruendo, gritando desaforadamente:

—¡Duro en ellos, muchachos! ¡Hasta que no quede uno! ¡Ya deben quedar pocos!

Y era verdad; pero también era cierto que quedaban menos españoles. El cañón de encina había hecho más destrozos entre los lapeceños que entre los franceses.

Sin embargo, como estos últimos ignoraban los medios de defensa que aún podían tener reservados aquellos demonios; como tampoco sabían su número, y como todo lo temían ya de ellos, pensaron en salvarse a toda prisa; y, desordenados, dispersos, atropellando la caballería a la infantería, y desoyendo los soldados las voces de sus jefes, emprendieron una retirada muy semejante a una fuga, perseguidos por los gañanes, que aún tenían

a su disposición tres leguas cubiertas de proyectiles para sus hondas, y por algunos escopeteros a quienes quedaban cartuchos.

Apedreados, pues, fusilados, ennegrecidos por la pólvora, cubiertos de sangre, sudor y polvo, y habiendo dejado cien hombres en Lapeza y en el camino, entraron en Guadix, a las ocho de la noche, los vencedores de Egipto, Italia y Alemania, vencidos aquel día por una fuerza inferior de pastores y carboneros."

(PEDRO ANTONIO DE ALARCON: *El Carbonero Alcalde,* fragmento.)

El jefe

Me gustaría que guardases memoria de este cuento para que dentro de algunos años meditases un poco sobre lo que acabas de leer. Para que entendieses que la independencia de un pueblo hay que ganarla con un heroísmo—y ése sí que nos cuesta trabajo—de todos los días. Porque, en buena medida, los españoles somos como volcanes que estallan de luz por unos momentos, para convertirnos después en lava solidificada sobre las laderas. Hombres de grandes, de maravillosos arranques, pero de voluntad quebradiza para la lucha diaria.

Y, ahora, temo pensar en la disciplina que hayas podido vivir tú. En esa disciplina que sólo nace del capricho de los que te mandan; en la del "¡cállate!" y la bofetada... Porque la disciplina es doble: obliga a obedecer, sí; pero también a pensar lo que se manda. Eso quiere decir disciplina: amor de los que obedecen (discípulos) a quienes les mandan (maestros); pero ¿cómo enseñaremos los maestros el amor si antes no llenamos nuestras manos de ternura?

Quiero decirte con esto que al jefe no le basta con sólo dar órdenes verdaderas y justas que convenzan a nuestro entendimiento. Aún es precisa una difícil virtud capaz de mover la voluntad de quienes deben obedecer: la autoridad del ejemplo. Bien sabemos tú y yo cuánto te aburres en la clase de ese profesor (casi nunca falta, por desgracia) que entra en tu clase como si fuese cargado de pasadas cadenas; ése al que no le preocupa si entiendes o no el rollo—no puede ser otra cosa que rollo—de cada día. Algo semejante ocurre en la vida. Hernán Cortés, estudiante en Salamanca, doctor en conquistas, parecía saberlo muy bien, según lo que nos cuenta Antonio de Solís:

"Cuando considero, amigos y compañeros míos, cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuántos estorbos y persecuciones dejamos atrás y cómo se nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra que emprendemos y entiendo que en su altísima providencia es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos. Su causa nos lleva, y la de nuestro Rey, que también es suya, a conquistar regiones no conocidas; y ella misma volverá por sí, mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitarnos la empresa que acometemos; combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles, batallas desiguales, en que habréis menester socorreros de todo vuestro valor; miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres, y tan hijo del corazón como el primero, que en la guerra más veces sirve la paciencia que las manos; y quizá por esta razón tuvo Hércules el nombre de invencible y se llamaron trabajos sus hazañas. Hechos estáis a padecer y hechos a pelear en estas islas que dejáis conquistadas; mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía, que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. La antigüedad pintó en lo más alto de los montes el templo de la Fama, y su simulacro en lo más alto del templo, dando a entender que, para hallarla, aun después de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos. Pocos somos, pero la unión multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza; uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere; una la mano en la ejecución; común la utilidad y común la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados. Más tendréis que obedecer en mi ejemplo que en mis órdenes, y puedo aseguraros de mí que me basta el ánimo a conquistar un mundo entero, y aun me lo promete el corazón con no sé qué movimiento extraordinario, que suele ser el mejor de los presagios. Alto, pues, a convertir en obras las palabras, y no os parezca temeridad esta confianza mía, pues se funda en que os tengo a mi lado, y dejo de fiar de mí lo que espero de vosotros."

(ANTONIO DE SOLIS: Razonamiento de Hernán Cortés a sus soldados animándoles para la empresa de Méjico.)

Resulta, pues, que primero de todo es preciso buscar la verdad y la justicia, y quererlas tanto que las hagamos carne de nuestra carne, y sentir sobre nuestros hombros la vida de los demás, y hacer ejemplo con nuestra

propia vida: convertirla en lumbre que ilumine los caminos de quienes nos siguen. Si, ser jefe—y todos, en parte, somos jefes de alguien que nos admira en algo—pesa como una espada cuando se mantiene alzada y vertical.

Aunque para ti ya son historia, tus padres han vivido años en que un hombre joven, en la plenitud de tus fuerzas, les hablaba de estas cosas. Y sus palabras recientes, temblorosas de sangre derramada, aún resuenan por los valles y ascienden a las cumbres.

"Aquí tenemos ya en tierra a uno de nuestro mejores camaradas. Nos da la lección magnífica de su silencio. Otros, cómodamente, nos aconsejarán desde sus casas ser más animosos, más combativos, más duros en las represalias. Es muy fácil aconsejar. Pero Matías Montero no aconsejó ni habló: se limitó a salir a la calle a cumplir con su deber, aun sabiendo que probablemente en la calle le aguardaba la muerte. Lo sabía porque se lo tenían anunciado. Poco antes de morir dijo: "Sé que estoy amenazado de muerte, pero no me importa si es para bien de España y de la causa." No pasó mucho tiempo sin que una bala le diera cabalmente en el corazón, donde se acrisolaba su amor a España y su amor a la Falange.

¡Hermano y camarada Matías Montero y Rodríguez de Trujillo! Gracias por tu ejemplo.

Que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos niegue el descanso hasta que sepamos ganar para España la cosecha que siembra tu muerte."

(JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA: Palabras en la muerte de Matías Montero.)

Cómo mandar

No nos puede extrañar demasiado que los hombres hayan vacilado muchas veces antes de aceptar un mando que, cuando se ejerce de veras, resulta ser una difícil carga, carga de muerte. Aprenderás muy pronto en tus clases de literatura cómo muchos hombres han buscado decididamente —las más de las veces por desengaño—un silencioso campo solitario: Horacio, fray Luis de León, el Quevedo de los días tristes... han cantado en versos de mármol su renuncia a la cotidiana exigencia de la vida ciudadana. Junto a ellos también encontrarás otros de contrario temple, ansiosos de

fama y poder, que, a veces, han arrollado todos los obstáculos que se oponían al logro de sus deseos. Pero entre los extremos de la cobardía y la ambición hay tantos matices como entre los colores del arco iris, y hallarás hombres justos—en el fiel de las balanzas—cuyas palabras tienen el permanente valor de la sinceridad.

Miguel de Cervantes Saavedra—hombre cabal de estas tierras de España, valiente en Lepanto, héroe en el cautiverio de Argel—gustaba decir que "entre los extremos de cobarde y de temerario está la valentía". Tú bien sabes es autor de un libro que yo no pondría en tus manos para que lo leyeses hasta que hayas sido soldado. En la segunda parte de la obra más universal escrita en español, cuenta cómo Don Quijote y Sancho fueron burlados por unos duques con diversas y fingidas aventuras. Y entre los pretendidos escarnios figuró el de nombrar a Sancho gobernador de unas tierras propiedad de los duques. Antes de partir para su "Insula Barataria", el Sancho campesino, gañán y destripaterrones de las planicies manchegas, recibió estos consejos de su señor Don Quijote, Caballero de la Triste Figura:

"Primeramente, ¡oh hijo!, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse...

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje y no te desprecies de decir que vienes de labradores, porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que, de baja estirpe nacidos, han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay que tener envidia a los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, que si acaso viniere a verte cuando estés en tu Insula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes; antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satifarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada...

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso...

Al que has de castigar con obras no trates mal de palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones...

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo...

Toma con discreción el pulso a lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que des librea a tus criados, dársela honesta y provechosa más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres; quiero decir que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo, y de este modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería.

Anda despacio; habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, que toda afectación es mala.

Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos ni de eructar delante de nadie...

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol no goza del día; y advierte, ¡oh Sancho! que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que

no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado: y es que jamás te pongas a disputar de linajes, a lo menos, comparándolos entre sí, pues, por fuerza, en los que se compara uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares, en ninguna manera premiado...

Por ahora, esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte; andará el tiempo, y según las ocasiones, así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares."

(MIGUEL DE CERVANTES: *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha,* parte II, capítulos XLII y XLIII, fragmentos.)

La nobleza

Y el pobre Sancho, que no tenía más ciencia y hacienda que sus refranes, supo gobernar tan atendido a estos prudentes consejos (junto a otros que por carta recibiera después), que "ordenó cosas tan buenas que hasta hoy se guardan en aquel lugar y se nombraran "Las constituciones del gran Gobernador Sancho Panza".

No te engañes pensando que estas cosas ocurren sólo en las novelas que inventan los escritores. Como Don Quijote dice, podríamos hacer memoria de muchos hombres que cargaron sobre sus vidas la responsabilidad del mando, que alcanzaron el poder y la fama siendo de familia humilde. Para lo que a ti y a mí nos importa, será suficiente no olvidar a algunos hombres sencillos de los campos extremeños que alumbraron un nuevo mundo. Semejantes a este hidalgo, pobre como Don Quijote, descubridor del Océano Pacífico: el Mar del Sur, *que había de completar la imperial ruta en que no se ponía el sol:*

"Era Vasco Núñez de Balboa, natural de Jerez de los Caballeros, de familia de hidalgos, aunque pobres. En España había sido primeramente criado de don Pedro Portocarrero, señor de Moguer, y después se alistó entre los compañeros de Rodrigo de Bastidas para el viaje mercantil que este navegante hizo. Al tiempo de la expedición de Ojeda se hallaba establecido en la Española, en la villa de Salvatierra, donde tenía algunos indios de repartimiento y cultivaba un terreno. Cargado de deudas, como

Perellón

los más de aquellos colonos, y, ansioso de gloria y de fortuna, quiso acompañar a Enciso, pero se lo estorbaba el edicto del almirante, que prohibía salir de la isla a los deudores. Para eludirle se embarcó secretamente, sin conocimiento de aquel comandante, en su navío, encerrado en una pipa, o, como otros quieren, envuelto en una vela, y no se descubrió hasta que se hallaron en alta mar. Irritóse sobremanera Enciso, amenazándole que le dejaría en la primera isla desierta que encontrase; pero mediaron ruegos de otras personas. Vasco Núñez se humilló y, al fin, aplacado, consintió en llevarle. Era alto, membrudo, de disposición bizarra y agraciado semblante. No pasaba entonces de treinta y cinco años, y la robustez de sus miembros le hacía capaz de cualquier fatiga y vencedor de los mayores trabajos. Su brazo era el más firme; su lanza, la más fuerte; su flecha, la más certera; hasta su lebrel de batalla era el más inteligente y el de mayor poder. Iguales a las dotes de su cuerpo eran las de su espíritu, siempre activo, vigilante, de una penetración suma y de una tenacidad y constancia incontrastable. La traslación de la colonia desde San Sebastián al Darién, debida a su consejo, fue lo que empezó a darle crédito entre sus compañeros. Y cuando, puesto a su frente y entregado del mando, le vieron ser el primero en los trabajos y en los peligros, no perderse de ánimo nunca, tener en la disciplina una severidad igual a la franqueza y a la afabilidad con que en el trato los agasajaba, repartir los despojos con la equidad más exacta, cuidar del último de sus soldados como si fuera su hijo o su hermano, y conciliar del modo más grato y apacible los deberes y decoro de gobernador y capitán con los oficios de camarada y amigo, la adhesión que entonces le juraron y la confianza que en él pusieron no tuvieron límite ninguno y todos se daban el parabién de la superioridad que en él reconocían. Pudo considerársele hasta la expulsión de Enciso como un faccioso artero y atrevido que, ayudado de su popularidad, aspira a la primacía entre sus iguales y logra, a fuerza de intrigas y de audacia, desembarazarse de cuantos con mejor título podían disputarse el mando. Mas después que se halló solo y sin rivales, entregado todo a la conversión y progresos de la colonia que se había puesto en sus manos, se le ve autorizar su ambición con sus servicios, levantar su pensamiento a la altura de su dignidad, y con la importancia y grandeza de sus descubrimientos, ponerse en la opinión pública casi a la par con Colón."

(MANUEL JOSE QUINTANA: *Vida de los españoles célebres:* "Vasco Núñez de Balboa".)

La fama

Si Sancho fue gobernador fingido por el capricho de unos duques ociosos, Vasco Núñez de Balboa llegó al poder por el difícil camino del ejercicio de unas cualidades humanas que le granjearon el aprecio de sus camaradas de aventura. Y es bueno sepas que la popularidad es hoy, en muchísimos casos, la decisiva razón que eleva a los hombres a esta áspera pero embriagadora cima del mando.

Puede ocurrir que te quedes un tanto pensativo, preguntándote: ¿Qué es la popularidad? ¿Cómo se consigue? Porque hay muchos hombres ejemplares que no han logrado esa buena fama, esa ciega confianza—las más de las veces caprichosa e inconstante—entre las gentes del pueblo. Y, en cambio, encontrarás muchos otros que la obtienen mintiendo promesas de imposibles paraísos terrenales a las gentes sencillas. No te engañes pensando—como muchas veces me ocurrió a mí—que estos ladrones de confianza carecen de toda suerte de virtud; tienen una que conviene posean también los jefes. Encuéntrala en esta narración del dulce Mistral, cantor de las doradas tierras de Provenza:

"EL HOMBRE POPULAR"

El alcalde de Cigougnan me invitó un año a la fiesta mayor de su pueblo. Durante siete años habíamos sido compañeros de clase en las escuelas de Aviñón, pero desde entonces no nos habíamos vuelto a ver.

—¡Bendito Dios!—exclamó al distinguirme—, tú siempre el mismo: fresco como un barbo, bonito como una moneda de cinco céntimos, derecho como una quilla. Te habría reconocido entre mil.

—Sí, soy siempre el mismo—le respondí—; pero la vista me flaquea un poco, las sienes comienzan a reírse, los cabellos blanquean, y cuando las cumbres están nevadas no hay mucho calor en los valles.

—¡Bah!—me replicó—. Ya sabes que buey viejo, surco derecho, y, en verdad, no llegan a viejos todos los que quieren. En fin, vamos a comer.

Ya sabéis de qué manera se come en las fiestas mayores de pueblo, y en casa del amigo Lassagno puedo aseguraros que no se pasaba frío.

Nos dieron una comida de respeto: conchas con langostino, truchas del Sorgo, sólo bocados finos y vinos de marca, una copita a media comida, toda suerte de licores, y para servir la mesa, una muchachita de veinte años. ¿A qué decir más?

Cuando llegamos a los postres, oímos un ruido en la calle: bum-bum, bum-bum. Era el tamboril. La juventud del lugar acudía, como de costumbre, a dar serenata al primer magistrado.

—Abre la puerta, Françouneto—exclamó mi amigo Lassagno—; ve a buscar los pasteles y limpia bien las copas.

Pero los ministriles continuaban con su tamborileo. Cuando hubieron terminado, los jefes de la juventud, con un ramito en el ojal de la chaqueta, entraron en la sala con sus tamboriles, acompañados de dos alguaciles —que conducían con orgullo los premios de los juegos en lo alto de una percha—, de los faranduleros y de un plantel de muchachas.

Los vasos se llenaron de un excelente vino de Alicante. Todos los caballeros, uno tras otro, se sirvieron pastel y bebieron todos a la vez a la salud del señor alcalde. Luego, éste, cuando todos hubieron bebido y bromeando un poco, les dirigió estas palabras:

—Hijos míos, bailad cuanto os plazca, divertíos lo más que podáis, pero sed siempre correctos con los forasteros. Excepto pelearos y disparar, tenéis permiso para todo.

"¡Viva el señor Lassagno!", prorrumpió la juventud. Y, una vez en la calle, comenzó la farandola. Entonces pregunté al señor Lassagno:

—¿Cuánto tiempo hace que eres alcalde de Cigougnan?

—Pues, cincuenta años, querido.

—¿De veras? ¿Cincuenta años?

—Sí; cincuenta cumplidos. He visto desfilar once Gobiernos, y no creo que muera, Dios mediante, sin haber enterrado aún otra media docena.

—Pero ¿cómo te las has compuesto para salvar tu vara entre tanta confusión de cambios y revoluciones?

—¡Ah, querido amigo, ahí está la dificultad! El pueblo, el pueblo honrado, sólo anhela una cosa: ser dirigido. Pero para dirigirlo, no todos tienen la misma habilidad. Hay algunos que dicen: "Es menester tenerlo sujeto." Y otros, por el contrario: "Se precisa mucha blandura." Yo ¿sabes lo que digo? Es menester procurarle alegría. Mira los pastores; los buenos pastores no son aquellos que andan siempre con el bastón en alto, ni los que se tumban bajo un sauce en el ribazo. Los buenos pastores son aquellos que andan tranquilamente, sosegadamente, delante del rebaño tocando el caramillo. El ganado, que se siente libre, que lo es efectivamente, pace con mejor gana el trébol y la cerraja. Luego, cuando viene la hora del encierro, el pastor toca su canción de retirada, y, contento, emprende el rebaño el camino del aprisco. Amigo mío, yo hago una cosa semejante: toco el caramillo, y el rebaño me sigue.

—Sí, tú tocas el caramillo; es muy fácil de decir. Pero, sin duda, en

tu pueblo hay blancos, rojos, tozudos y asnos, como en todas partes, y cuando llegan las elecciones de diputados, ¿cómo te las arreglas?

—¿Cómo? Pues, sencillamente, dejo hacer. Porque decirles a los blancos: "Votad por la República", sería tiempo perdido; así como decirles a los republicanos: "Votad a Enrique V", equivaldría a escupir contra ese muro.

—Pero ¿y los indecisos, los que carecen de opinión, los pobres inocentes, las buenas gentes que van hacia donde sopla el viento?

—A ésos, cuando algunas veces, en la barbería, me piden mi parecer, les digo: "Estad seguros de que Bassaquin no vale mucho más que Bassacan. Si votáis por Bassaquin, este verano tendréis pulgas, y si votáis por Bassacan, tendréis pulgas este verano. Para Cigougnan vale más una buena lluvia que todas las promesas que hacen los candidatos. ¡Ah, cosa distinta sería si nombraseis diputados a los campesinos! Mientras, como se hace en Suecia y en Dinamarca, no elijáis como diputados a gente campesina, no quedaréis realmente representados. Los abogados, los médicos, los periodistas, los pequeños burgueses de toda laya que enviáis allá arriba, no piden más que una cosa: permanecer en París lo más posible para ordeñar cuanto puedan la vaca y no abandonar el comedero. Y hay que ver el interés que tienen por Cigougnan. Si enviaseis campesinos, pensarían en el ahorro, disminuirían los grandes impuestos, nunca nos llevarían a la guerra, abrirían canales, abolirían los Derechos Reunidos y se apresurarían a terminar las discusiones para acudir a la siega. ¡Pensar que en Francia existen más de veinte millones de hombres de la tierra y que no tienen la habilidad de enviar trescientos de entre ellos para representarla! ¿Qué riesgos habría en intentarlo? Sería muy difícil que lo hiciesen peor que los otros." Y es cosa de ver que todos me contestan: "¡Ah, señor Lassagno; con sus bromas tal vez tiene razón!"

—Pero volvamos al asunto—le contesté—. Tú, personalmente; tú, el verdadero Lassagno, ¿qué has hecho para conservar en Cigougnan la popularidad y la autoridad durante cincuenta años seguidos?

—¡Ah!, esto es muy sencillo. Ven, levantémonos de la mesa y vayamos a tomar el aire, y cuando hayas dado conmigo unas dos o tres vueltas por Cigougnan, ya sabrás del asunto tanto como yo.

Nos levantamos de la mesa, encendimos un cigarro y salimos de paseo.

Delante de nosotros, al salir, encontramos una partida de bolos en la carretera. El que tiraba dio en la meta, y su bola quedó allí fija. De golpe, casi sin querer, había apuntado dos tantos en contra de los demás.

—¡Vaya una suerte!—exclamó el señor Lassagno—. Eso es lo que se llama una buena jugada. Mis felicitaciones, Jan-Claude. He visto muchas

partidas, pero dar de pleno en la meta, muy pocas veces. ¡Eres un tirador estupendo!

Y nos alejamos. A poco dimos con dos muchachas que iban de paseo.

—Mira esas dos preciosidades—dijo Lassagno en voz alta—, parecen dos auténticas reinas. ¡Qué figuras tan bellas! ¡Qué caras tan delicadas! ¡Y esos pendientes de última moda en las orejas! Eso sí que es la flor de Cigougnan.

Las dos muchachas volvieron la cabeza y nos saludaron sonriendo.

Al atravesar la plaza, pasamos junto a un anciano que estaba sentado ante su puerta.

—¿Qué tal, señor Guintraud?—le dijo el señor Lassagno—. Este año ¿cómo irán las cosas? ¿Lucharemos con pesos fuertes o con pesos medianos?

—¡Ah buen señor!, ya no luchamos con nadie—respondió Guintraud.

—¿Se acuerda usted, maestro, de aquel año en que en el prado se presentaron Meissounié, Quequino y Rabassoun, los tres luchadores más fuertes de Provenza, y que usted los derribó, uno a uno, de espaldas al suelo?

—¿Cómo quiere usted que no me acuerde?—contestó el viejo púgil, exaltándose—. Era el año que fue tomada la ciudadela de Amberes. La "joie" de cien escudos con un carnero para los pesos medianos. El prefecto de Aviñón me estrechó la mano. Los de Bedarrido estuvieron a punto de pelearse con los de Courtezon, pues unos estaban a favor mío y los otros en contra. ¡Ah, qué tiempos aquéllos! Al lado de los de ahora, con sus luchas..., más vale no hablar. Hoy día no se ven hombres, verdaderos hombres, mi querido señor... Por otra parte, se ponen de acuerdo entre ellos.

Estrechamos la mano del viejo y proseguimos el paseo. En aquel instante, el cura salía de la rectoría.

—¡Buenos días, señores!

—Buenos días; a propósito, señor cura—dijo el señor Lassagno—, precisamente esta mañana estaba pensando que nuestra iglesia es un poco pequeña, sobre todo para los días de fiesta. ¿No cree usted que sería acertado pensar en ensancharla un poco?

—Sobre este punto, señor alcalde, soy absolutamente de su parecer, es cierto que los días de ceremonia no se puede uno mover dentro.

—Señor cura, me ocuparé del asunto; en la primera reunión del concejo municipal plantearé la cuestión, la estudiaremos, y si la prefectura quiere ayudarnos...

—Señor alcalde, quedo encantado, y no puedo sino darle las gracias.

Unos momentos después vinimos a dar con un recio muchachote que, con la chaqueta sobre la espalda, se disponía a entrar en el café.

—Según parece, muchacho—le dijo Lassagno—, no eres manco; dicen que vapuleaste de firme al tipo aquel que rondaba a la Madelón para quitarle el sitio.

—¿Y no hice bien, señor alcalde?

—Sí, muy bien, Joselet; no debes dejar que se coman tu guisado. Pero otra vez no pegues tan fuerte, ¿sabes?

—Vamos—le dije a Lassagno—, ya comienzo a comprender tu secreto: empleas a todo pasto el jabón.

—Aguarda un poco—me contestó él.

Cuando salimos de las murallas vimos venir un rebaño que ocupaba todo el camino, y Lassagno le gritó al pastor:

—Sólo con el tintineo de las esquilas ya he pensado: debe de ser Jórqui, y no me engañé. ¡Qué manada de ovejas tan magníficas, una bendición! Pero ¿qué las das de comer? Estoy seguro de que, unas con otras, no las darías por diez escudos.

—¡Ah, desde luego que no!—replicó Jórqui—. Las compré en la Fiero Frijo este invierno y casi todas me han dado ya un cordero, y no tardarán en darme otro, según creo.

—No solamente te darán otro; unos animales semejantes podrían darte gemelos.

—¡Dios le oiga, señor Lassagno!

Apenas terminamos de charlar con el pastor, cuando vimos venir, traqueteando en su carro, a un carretero que se llamaba Sabatoun.

—Dime Sabatoun—le interpeló Lassagno—: me creerás o no, pero estabas aún a media legua de distancia y adiviné ya el restallido de tu látigo.

—¿De veras, señor Lassagno?

—Amigo, nadie como tú para hacer restallar el látigo.

Sabatoun, para probar la verdad del aserto de Lassagno, dio un golpe de tralla que nos dejó sordos.

En fin, continuando nuestro camino, nos encontramos a una vieja que recogía achicorias a lo largo de los fosos.

—¡Si es Berengueiro!—exclamó Lassagno, acercándosele—. Te había tomado por la Teresoun, la nuera de Cacha. Te pareces muchísimo a ella.

—Pero señor Lassagno, piense en que tengo casi setenta años.

—Por detrás, si te pudieses ver, no se te nota, te lo aseguro, y con cestos peores se podría vendimiar.

—¡Este señor Lassagno, siempre con sus bromas!—dijo la vieja, muriéndose de risa.

Luego, la comadre, volvióse a mí y añadió:

—Ya ve, señor, no es por ganas de hablar, pero este señor Lassagno es la flor y nata de los hombres. ¡Sabe tratar tan bien a todos!... Le hablaría al más humilde, a un niño de un año... Por eso hace cincuenta años que es alcalde de Cigougnan, y lo será toda la vida.

—¿Ves, compañero?—me dijo entonces Lassagno—. No fui yo quien se lo hizo decir, ¿verdad? Los buenos bocados gustan a todos, y a todos nos satisface un cumplido; las buenas maneras cautivan el ánimo de quien sea. Con las mujeres, con los reyes, con el pueblo, el que quiera dominar tiene que ser amable con todos. He aquí el secreto del alcalde de Cigougnan."

(FEDERICO MISTRAL: *Recuerdos y Narraciones.* Trad. de J. Bofill.)

La ciudad

Tal vez vivas en un pequeño pueblo como este que gobernaba el amigo del poeta. Acaso en una ciudad más o menos grande. Y es importante que sepas abrir tus ojos y mires limpiamente a tu aldea, tu pueblo, tu ciudad. Porque apenas es posible querer las cosas sin conocerlas bien.

Después de la familia, la ciudad es el grupo humano más pequeño en que venimos a la vida. En los comienzos del tiempo—todavía los hombres no sabían escribir—ya se unieron varias familias entre sí, formando el primer pueblo, que era sólo una caverna. Y los hombres se repartieron las diversas ocupaciones de la vida: cazaban, curtían y cosían las pieles, modelaban cacharros de barro, fabricaban armas de piedra o hueso, pintaban los techos con figuras asombrosas... Con el tiempo, fueron cambiando y multiplicándose los oficios... El pueblo abandonó sus refugios naturales cuando supo edificar sus viviendas..., y los lazos que unían a las familias se hicieron más fuertes, porque los hombres se ayudaban entre sí cada vez más.

No puedo saber en qué ciudad estás leyendo mis palabras. Y, sin embargo, quiero ayudarte a conocerla. Por eso voy a intentar una aventura, en la que necesito tu compañía: inventar una ciudad que tenga un poco de todas las ciudades de España. Y visitarla juntos, aprendiendo el color de sus piedras, el olor de sus calles y el sabor de sus plazuelas... Pero ¿cómo son nuestras ciudades?

"Cuenca, como casi todas las ciudades de España, tiene algo de castillo, de convento y de santuario. La mayoría de los pueblos del centro de la Península dan una impresión de fortaleza y de oasis: fortaleza, porque se les ve preparados para la defensa; oasis, porque el campo español no ofrece, para vivir en él, los atractivos de la ciudad.

En la misma Andàlucía, de tierras fértiles, el campo apenas se mezcla con la ciudad; el campo es para la gente labradora el lugar donde se trabaja y se gana con fatigas y sudores; la ciudad, el albergue donde se descansa y se goza. En toda España se nota la atracción de la ciudad y la indiferencia por el campo. Si un hombre, desde lo alto de un globo, eligiera sitio para vivir, en Castilla elegiría la ciudad; en cambio, en la zona cantábrica, en el país vasco, por ejemplo, eligiría el campo, este recodo del camino, aquella orilla del río, el rincón de la playa... Así se da el caso, que a primera vista parece extraño, ver la llanura monótona sirviendo de base a ciudades fuertes y populosas; en cambio, el campo quebrado y pintoresco, escondiendo únicamente aldeas.

La ciudad española clásica, colocada en un cerro, es una creación completa, un producto estético, perfecto y acabado. En su formación, en su silueta, hasta en aquellas que son relativamente modernas, se ve que ha predido el espíritu de los romanos, de los visigodos y de los árabes. Son estas ciudades, ciudades roqueras, místicas y alertas; tienen el porte de grandes atalayas para otear desde la altura."

(PIO BAROJA: *Los recursos de la astucia.)*

Ya nos hemos encontrado con una primera dificultad en nuestro camino. Las ciudades españolas son muy diversas. Cada una tiene su peculiar personalidad, fruto de los hombres que la han ido haciendo, viviéndolas a lo largo de los siglos. Y con los afanes de todas las generaciones, hechas catedral, castillo o alcázar, ayuntamiento, fuentes, jardines..., han acabado por ser algo vivo. Por eso un español ha podido escribir la biografía de algunas ciudades; por eso todas tienen un secreto que hemos de descubrir para entenderlas y gozarnos de ellas.

"LA CIUDAD ANCLADA"

Ya viene la sombra por los olivares, y el Tajo empieza a cantar. Hablemos, pues, de Toledo—historia pura y eterna—y de su río inmortal,

Perellón

que en trozos broncos y en estepas mansas lleva, a través de los siglos, un mensaje cristalino de una a otra de las dos ciudades señeras de la Península: Toledo, la que mira salir el sol por el Oriente antiguo y sagrado, y Lisboa, la que le ve ponerse hacia el Occidente de las tierras nuevas, donde está la humanidad joven y la continuidad de la civilización.

La verdad es que si la brecha material que une al Mediterráneo con el Atlántico, y es, por lo tanto, como el símbolo de las dos manos que se estrechan, una, la de la mar mediterránea, llena de gracia femenina, y la otra, la del mar de los atlantes, temeroso y viril, está allá abajo en el estrecho de Gibraltar, en cambio, la llave espiritual que enlaza con ataduras más profundas y complejas que las materiales a las dos civilizaciones, está en ambas ciudades insignes y representativas: en Toledo y Lisboa. Toledo, anclada sobre peñascos rudos, en medio de la Castilla seca, es, sin embargo, más mediterránea que todas las ciudades de Grecia, de Italia y de nuestro litoral levantino. Cada una de estas ciudades, que viven sonriendo en las playas del mar azul, son una parte inmensa y múltiple que dio por vez primera dignidad superior a la raza de los hombres y que aún hoy sigue siendo su faro mejor. Pero Toledo, lejos del mar, es como la suma y representación de todas ellas.

Toledo no es, como se dice, una ciudad castellana, o, si se quiere, lo es sólo a medias. Castellanas puras son Avila y Segovia, Burgos y León. Lo que Toledo tiene de no castellano, de más que castellano, algo que, a pesar de las torpes guías y de los prejuicios literarios, perciben bien algunos espíritus de fina sensibilidad, es precisamente su orientalismo, su mediterraneidad.

La ciudad imperial es una encrucijada de corrientes raciales, redoma donde, en el fuego lento de los siglos, se han ido destilando las almas de las viejas civilizaciones: las que venían del Norte bárbaro, las del Africa ruda e impetuosa, las del místico y lejano Oriente, y, antes aún, las que ya estaban ahí, en la estepa ibérica, cuando vinieron las demás. Pero de todas estas raíces por las que circulan sus savias peculiares, todavía es, sin duda, la más fuerte la mediterránea. Toledo mira como lo más suyo de su alma, empinada sobre las rocas, hacia el Oriente. Y, por ello, el paso del estrecho de Gibraltar, que separa a los dos continentes, es menos brusco, en la tierra y en las razas, que el simple viaje a Toledo desde Madrid. Entre el Manzanares, con sus tierras serranas, y la Sagra y su Tajo, la distancia espiritual es cien veces mayor que las breves leguas del camino que los une.

Toledo es la ciudad adelantada del Mediterráneo. Roza a Castilla, sin penetrarla. Diríase que pretendió atravesar España llevando hasta las otras orillas, las que entonces eran el Finisterre de lo desconocido, el alma de

la mediterraneidad. Y que, cansada, después de cruzar las sierras fragosas y las llanuras sin fin de Castilla, se reclinó en las colinas del Tajo y allí se quedó para siempre, como petrificada, clavada con cinco clavos inmortales, que son las cuatro agujas del Alcázar y la torre de la Catedral.

No alcanzó a ver las playas del Atlántico, pero su nostalgia corrió por el cauce del río y floreció allí donde éste desemboca, en la Lisboa insigne.

En Lisboa, el Oriente es ya como un eco lejano. Todo es en ella deseo de aventura, proyección hacia lo desconocido, espejismo de las Indias occidentales, misterios puros, aún inaccesibles a la sabiduría secular; promesa de las técnicas que han de matar a la meditación. Y la meditación es la medula del alma mediterránea y oriental.

El Tajo es como la arteria que enlaza las dos civilizaciones y transmite de una a otra sus jadeos, sus desmayos y sus delirios. Alguien ha dicho que es Gredos la columna vertebral de España. El Tajo, entonces, es la gran aorta del cuerpo peninsular. El más español de nuestros ríos, porque es el más universal. Y he ahí por qué escribo esta tarde: para decir esto, rodeado, en el crepúsculo, del mundo inmenso de espíritus inmortales que pueblan las orillas del río y adquieren realidad milagrosa, todavía hoy si se los sabe evocar."

(GREGORIO MARAÑON: *Elogio y nostalgia de Toledo*, 2.ª edición, págs. 25-27.)

Los arrabales

Penetremos ahora en esta ciudad fabulosa que estamos imaginando juntos. Muchos alcaldes se empeñan en que entremos en sus ciudades por magníficas avenidas llenas de árboles y jardines, y su afán no es malo. Pero nosotros venimos caminando desde el campo. Hemos atravesado pequeñas huertas regadas por un riachuelo—¡Señor, nuestras tierras siempre sedientas!—, y ascendemos a la ciudad por los arrabales, los aledaños pobres, sin límite entre ciudad y campo: calles polvorientas, y el milagro de unos geranios en los raquíticos ventanucos, donde los huidos de la gleba yacen en míseras viviendas: chabolas, casuchas mínimas de adobes encalados; después, las primeras casas de ladrillo.

Un poeta, maestro de poetas, profesor mío en la Universidad, guardó para todos nosotros este recuerdo de una

"CALLE DE ARRABAL"

Se me quedó en lo hondo
una visión tan clara,
que tengo que entornar los ojos cuando
pretendo recordarla.
A un lado hay un calvero de solares,
al otro están las casas alineadas,
porque esperan que de un momento a otro
la primavera pasará.
Las sábanas,
aún goteantes, penden
de todas las ventanas.
El viento juega con el sol en ellas,
y ellas ríen del juego y de la gracia.
Y hay niñas bonitas
que se peinan al aire libre.
Cantan
los chicos de una escuela la lección.
Las once dan.
Por el arroyo pasa
un viejo cojitranco,
que empuja su carrito de naranjas."

(DAMASO ALONSO: Del libro *Poemas puros,*)

Las callejas del pueblo

Las calles se han ido haciendo cada vez más estrechas. El campo se aleja poco a poco, y nos vamos adentrando en el barrio viejo de la ciudad. Uno de los mejores y más doloridos pintores modernos de España ha descrito así estas callejas:

"Pasamos por delante de una barriada de casas viejas; todas tienen en el alero del tejado una polea, a la que se ata una cuerda, para subir y bajar los muebles por los balcones, por tener la escalera muy estrecha y no

caber por ella. En alguna de sus fachadas se ve un santo metido en una hornacina, o una cruz clavada; en un balcón bajo, tras un visillo echado, se transparenta al sol el cuerpo indeciso de una mujer cosiendo a máquina. Un hombre viene por esta calle cantando una mercancía y parándose en todos los portales; lleva en la mano una tabla, en la que cuelgan muchos saquitos atados con las hierbas que pregona: "¡Llevo la raíz del traidor! ¡Llevo la hierbabuena! ¡También llevo la hierbaluisa! ¡Llevo la adormidera! ¡Llevo la flor del colirio! ¡Llevo la pulmonaria!" En las esquinas de estas calles se ven unas tablas pintadas: una es un carro lleno de trigo; el carretero marca la dirección con la tralla, y debajo dice:

"ENTRADA"

En la otra esquina, de un caballo de gran alzada, de color de pizarra, tira un hercúleo mozo, que extiende el brazo. Debajo dice:

"SALIDA"

En el callejón del Infierno hay varios mesones; las diligencias, llenas de baúles y arcas, esperan a que bajen los últimos viajeros; en este estrecho callejón se ven algunas confiterías y varias tiendas de granos; un muñeco de madera cuelga de un gancho de la puerta: es un labrador, con la cara y las manos muy toscas y rojas, en las que resalta el blanco de las uñas y los ojos; tiene unos gruesos zapatones de campo; anuncia este establecimiento, donde hay hierbas que crecen en las aldeas y al borde de los caminos, empleadas en ungüentos medicinales."

(JOSE GUTIERREZ SOLANA: *Calles de Medina del Campo.)*

Las viejas casonas

Estas callejas son las de Medina del Campo, pero puedes encontrarlas en cualquier pequeña ciudad agrícola de España. Y aun en el mismo Madrid, de casi dos millones de habitantes. Como también hallaremos las viejas casonas de piedra, palacios de antiguos nobles que se hicieron cortesanos:

"Miraba yo las casas viejas que tenían sobre sus portales grabados sus escudos nobiliarios, y ante aquellos blasones rotos, polvorientos y abandonados, una ola de ideas sentimentales acudían a mi cerebro. Blasones viejos, escudos polvorientos y abandonados; ante ellos me he detenido yo siempre con respeto y curiosidad, porque ellos representan, con la cruz, el alma entera del pasado. Aquellos escudos estaban allí, sobre los anchos portales, ostentando las empresas y divisas de otras gentes, de otros siglos extraños; los blasones permanecían fijos e indemnes, pero el espíritu que los creó se había ya desvanecido; ellos hablaban todavía de gloria, y de orgullo, y de nobleza; pero los hombres que los sustentaron se fueron, ya no volverán más. Los cuarteles tenían aún grabados fieramente aquellos emblemas de gloria: castillos, leones, águilas, espadas, yelmos, flores de lis, corazones, manos abiertas; pero sus dueños ya no estaban allí, ni podían acariciarlos con la mirada, ni enseñárselos a sus hijos altaneramente. En los mismos portalones donde un tiempo esperaban los corceles enjaezados, donde bullían los pajes y ladraban los lebreles, en aquellos mismos portales, ahora se veían el taller de un carpintero, el banco de un zapatero, los útiles de un comerciante. Y en el fondo de un portalón, mientras un carpintero cepillaba un trozo de leño, yo me paré a mirar el resto de un emblema que estaba arrinconado en una pared y que consistía en una columna esbelta rematada por un yelmo con la visera cerrada: el yelmo, como avergonzado o como iracundo, se volvía de cara a la pared y daba la espalda al mundo de ahora, en que todo va revuelto, lo noble y lo plebeyo, semejante a un río turbio y desbordado."

(JOSE MARIA SALAVERRIA: *Viaje a España.*)

Los gitanos

Las gentes van y vienen por estas calles con una armoniosa andadura. Parece como si la historia petrificada de los caserones solariegos acompasara la presura de los transeúntes. Casi persiguiéndonos, sube una gitana a resolver el negocio de su asentamiento sobre uno de los calveros en que ciudad y campo se funden:

"Mírala, Platero. Ahí viene, calle abajo, en el sol de cobre, derecha, enhiesta, a cuerpo, sin mirar a nadie... ¡Qué bien lleva su pasada belleza,

gallarda todavía, como un roble, el pañuelo amarillo de talle, en invierno, y la falda azul de volantes, lunareada de blanco! Va al Cabildo a pedir permiso para acampar, como siempre, tras el cementerio. Ya recuerdas los tenduchos astrosos de los gitanos, con sus hogueras, sus mujeres vistosas y sus burros, moribundos, mordisqueando la muerte, en derredor.

¡Los burros, Platero! ¡Ya están temblando los burros de la Friseta, sintiendo a los gitanos desde los corrales bajos! (Yo estoy tranquilo por Platero, porque para llegar a su cuadra tendrían los gitanos que saltar medio pueblo, y, además, porque Rengel, el guarda, me quiere y lo quiere a él.) Pero, por amedrentarlo, en broma le digo, ahuecando y poniendo negra la voz:

—¡Adentro, Platero, adentro! ¡Voy a cerrar la cancela, que te van a llevar!

Platero, seguro de que no le robarán los gitanos, pasa, trotando, la cancela, que se cierra tras él con duro estrépito de hierro y cristales, y salta y brinca, del patio de mármol al de flores, y de éste al corral, como una flecha, rompiendo—¡brutote!—, en su corta fuga, la enredadera azul."

(JUAN RAMON JIMENEZ: *Platero y Yo.* "Los gitanos".)

La catedral

La calle que recorremos se quiebra una y otra vez en ángulos, descubriéndonos tortuosos paisajes de callejones que forman un complicado laberinto. Tal vez nos gustaría perdernos en ellos a la puesta del sol, cuando la luz del ocaso tiñe de oro la espadaña de ese convento de monjas apenas denunciado por las celosías que cierran sus ventanas. Pero, de repente, sin la menor sospecha de que pudiera ocurrir, hemos desembocado en la plaza de acceso a la catedral.

Y quisiera detenerme aquí unos momentos. Me gustaría guardar en el archivo inseguro de mi máquina (te advierto que soy mal fotógrafo) el recuerdo de este encaje de piedra que se eleva desde la guardia de santos —centinelas a la entrada del templo—a las floridas, llameantes, agujas de las torres.

Porque las catedrales son obras semejantes a la Reconquista. Cada generación, cada siglo, ha ido levantando hiladas de piedra. Tú y yo la en-

contramos ahora acabada, casi perfecta, como una oración elevada a los cielos. Pero, durante siglos, los hombres fueron construyéndola, aun sabiendo que no la verían terminada; ellos edificaban para la eternidad.

En nuestros tiempos, llenos de urgencia, ya no se construye así: tenemos prisa, cada vez más; queremos ver acabadas nuestras obras para gozarnos en ellas. O para presumir. Pero todavía...

"Como se acercaba San José, conocí que había de encaminarme otra vez al templo de la Sagrada Familia. Porque en el mundo San José fue el Padre, el cabeza de la Familia: la cabeza de un cuerpo cuyos miembros eran la Virgen María y el Niño-Dios. Espantaría esta consideración si no fuera que el amor quita el conocimiento y lo funde todo en una gran dulzura, porque, en algún modo, todos somos miembros de la Sagrada Familia.

Encaminéme, pues, al templo con aquel santo temor de cada vez que nunca me deja hacer el viaje en vano, y, ya de lejos su majestad, me invadió con una oleada cuya sensación me es tan conocida y, sin embargo, siempre nueva, porque su profundidad es insondable y su riqueza no se agota nunca. Un templo, por muy familiar que nos sea, nunca acaba de sérnoslo; tiene siempre algo que no conocemos; guarda siempre alguna cosa en el misterio, y ésta es su tremenda atracción. Y un templo que todavía está naciendo es fascinador.

Encaminéme, pues, allí, como llevado por un deber, no de aquellos que nosotros cumplimos, sino de aquellos que se cumplen por sí en nosotros. Iba por los anchos caminos de la ciudad inacabada, llenos del sol blanquecino de marzo; un viento ligero alzaba el polvo en tenues remolinos, y las nubes corrían por el cielo alborotadas. Y el templo se me apareció, como siempre, como a tantos, como una gran ruina; o como un gran palomar, que dijo una niña a su primera visita. Y realmente vuelan palomas en la altura de las agujas y los andamios de los campanarios. Pero a mí me penetra más la sensación de ruina, y me halaga, porque, sabiendo que aquella ruina es un nacimiento, me redime de la tristeza de todas las ruinas; y ya, desde que conozco esta construcción, todas las destrucciones pueden parecerme construcciones.

Ya tiene una ala extendida para volar, mas la otra no todavía; aguarda la caridad para hacerse visible en el espacio, que parece trémulo de su aparición, porque los misterios de la simetría la demandan. De modo que, en los ojos del alma, hay ya como la visión del ala increada, y el anhelo de ella vibra en la espacio que ha de ser su espacio. Y así que ponéis el pie en lo que ha de ser recinto, así fuerais con los ojos cerrados, yo

creo que os sentiríais ceñidos por aquel anhelo, que os sentiríais dentro del templo, y que aquel espacio es ya sagrado. Y en esto parece también al hueco que dejan las ruinas, que es todavía sagrado siempre.

Observad ahora lo que pasa dentro de este recinto invisible, y os encontráis más adentro del templo. No ciertamente aún ni altar, ni imagen, ni el Santo Sacrificio, ni fieles, ni sacerdotes: el campo todavía; pero ya luce el sol de otra manera trascendental a vuestros ojos; hay árboles dentro del templo, y pájaros que vuelan, y el tierno verdear de la hierba en este tiempo, y niños que juegan, y hombres que descansan, y mujeres atareadas, y ancianos contemplativos al sol; hay pobres, que es lo primero que un templo necesita. Pero todo esto y todos éstos van revestidos de una cierta piedad, se mueven, diría, en un ambiente presagrado. Yo no sé; es otro extender los árboles sus ramas, otro verdear la hierba, otro jugar los niños y estar los hombres, y más los más ancianos; como si todos, siendo lo mismo que es, se llenara allí tanto de sentido, que quisiera romper la envoltura y mostrar el espíritu. ¿Y qué otra cosa es un templo sino un lugar en que todo se llena de sentido, desde las piedras y el fuego hasta el pan, y el vino, y las palabras?

¡Oh! Yo creo que si fuéramos allí todos cada día, sólo que pasáramos por allí, llevaríamos a la ciudad y a nuestra vida alguna cosa innominada que se conocería en todo, porque os aseguro que aquel aire no es un aire indiferente. Yo veo que hasta los niños, que no saben nada, juegan allí de otro modo, y que en el rostro de los ancianos hay un dulce olvido.

Mi visita fue, como siempre, bajar primero a la cripta, como en busca de la semilla del templo, para ascender después con más conocimiento a lo que se extiende en la luz de los aires; dar la vuelta por detrás del ábside, a la sombra de sus piedras enarboladas, que es la sombra de más seguro frescor, y luego ver asomar de filo aquella maravillosa animación de la piedra en portal, para no ser sobrecogido demasiado pronto. Después, ir buscando tímidamente el frente del portal, contemplándole, y en seguida de afrontar su centro, sentir la fuerte atracción que tiene todo portal verdadero que dice con amoroso imperio: "¡Entra!". Pero esta vez hice no sé qué, lo que nunca había hecho, y fue detenerme en el umbral y alzar los ojos; y me lo vi todo encima, como si me hubiera levantado sobre mí en aquel mismo momento; y cabezas humanas asomaban, mirándome, y la estrella de Belén cernía sobre mi frente sus rayos de piedra: yo nunca había visto piedra hecha luz, y aquélla era un torrente de luz. Bajé la cabeza, deslumbrado. Yo nunca había oído a la piedra cantar, pero sentí que todo el portal cantaba en piedras en una ensordecedora armonía. Y entré..., o salí, no sé; porque en este templo hay más luz y más aire dentro que fuera.

SALI
Perellón

Después cruce el recinto sin volver la cabeza, hasta salir de él. Entonces la volví y vi otra vez el ala inmensa extendida, bañada por el sol blanquecino de marzo, bajo las nubes que corrían, alborotadas, por el cielo; vi otra vez el palomar—que dijo la niña—y dos blancos campanarios que van alzándose a ambos lados del portal.

Ya sé que alguno dirá que a cada paso salgo con la misma canción del templo de la Sagrada Familia, y quisiera Dios que fuera realmente canción la mía, porque, siéndolo de verdad, aun siendo siempre la misma, sería siempre nueva, y cada vez más eficaz, como sucede con las canciones populares, que sólo penetran a fuerza de mucho oírlas, y con mucho repetirlas se enriquecen, de modo que cuanto más viejas mejor saben. Así quisiera yo que el que me oye hablar del templo por vez primera y no encontró gusto en mis palabras, las tomara la segunda vez con paciencia, y empezara a interesarse en la tercera, y acabara por decir que tengo razón, aunque no sé explicarme.

Porque la cuestión no está en que yo me explique mejor o peor, sino recordar, siempre que viene el caso, que nuestro espíritu está empeñado en la obra de ese templo, de modo que todas mis palabras no son para halago del sentido, sino que pueden reducirse a ese imperativo de nuestra conciencia: Dad más. Y el que no quiera oírlas, en vano se tapará los oídos, porque con una sola vez que haya visto la obra, dentro de él quedó el imperativo incesante. Yo sólo quiero despertarlo si está adormecido, y para esto me basta el título de mi escrito. El que haya sido sorprendido por aquellas pocas letras, en vano habría doblado aprisa la hoja; tendría bastante con ellas para sentir la punzada de un deber tanto más espiritualmente apremiante cuanto menos materialmente exigible.

Además, en el día de San José, cualquier camino que hubiésemos emprendido, yo creo que habríamos venido a parar a este dichoso templo."

(JUAN MARAGALL: *Los vivos y los muertos.* "En la Sagrada Familia".)

No te extrañe que esto ocurra en Barcelona. Los catalanes han sabido armonizar sus ansias de vida actual, moderna, con el exquisito cuidado de sus tradiciones. Por ello, conserva como ninguna otra ciudad española el recuerdo de la Barcelona antigua en su barrio gótico.

Pero la catedral no es sólo piedra: "Mi casa es casa de oración", decía Jesús en el Evangelio. Y las gentes no pasean ni toman el sol en la pequeña plaza: cruzan rápidas, sin apenas mirarnos al pasar, para entrar

en ella. Vamos nosotros también a uno de los templos más famosos de España: el Pilar de Zaragoza:

"Corrimos Agustín y yo hacia el Pilar. donde se agolpaba un gentío inmenso, y entramos difícilmente. Quedéme sorprendido al ver cómo forcejeaban unas contra otras las personas allí reunidas para acercarse a la capilla en que mora la Virgen del Pilar. Los rezos, las plegarias y las demostraciones de agradecimiento formaban un conjunto que no se parecía a los rezos de ninguna clase de fieles. Más que rezos, era un hablar continuo, mezclado de sollozos, gritos, palabras tiernísimas y otras de íntima e ingenua confianza, como suele usarlas el pueblo español con los santos que le son queridos. Caían de rodillas, besaban el suelo, se asían a las rejas de la capilla, dirigíanse a la santa imagen llamándola con los nombres más familiares y más patéticos del lenguaje. Los que por la aglomeración de la gente no podían acercarse, hablaban con la Virgen desde lejos, agitando sus brazos. Allí no había sacristanes que prohibieran los modales descompuestos y los gritos irreverentes, porque éstos y aquéllos eran hijos del desbordamiento de la devoción, semejante a un delirio. Faltaba el silencio solemne de los lugares sagrados: todos estaban allí como en su casa; como si la casa de la Virgen querida, la madre, ama y reina de los zaragozanos, fuese también la casa de sus hijos, siervos y súbditos.

Asombrado de aquel fervor, a quien la familiaridad hacía más interesante, pugné por abrirme paso hasta la reja, y vi la célebre imagen. ¿Quién no ha visto, quién no la conoce, al menos, por las innumerables esculturas y estampas que la han reproducido hasta el infinito de un extremo a otro de la Península? A la izquierda del pequeño altar que se alza, en el fondo de la capilla, dentro de un nicho adornado con lujo oriental, estaba entonces, como ahora, la escultura. Gran profusión de velas de cera la alumbraban, y las piedras preciosas pegadas a su vestido y corona despiden deslumbradores reflejos. Brillan el oro y los diamantes en el cerquillo de su rostro, en la ajorca de su pecho, en los anillos de sus manos. Una criatura viva rendiríase, sin duda, al peso de tan gran tesoro. El vestido, sin pliegues, rígido y estirado de arriba abajo, como una funda, deja asomar solamente las manos, y el Niño Jesús, sostenido en el lado izquierdo, muestra apenas su carita morena entre el brocado y las pedrerías. El rostro de la Virgen, bruñido por el tiempo, es también moreno. Posee una apacible serenidad, emblema de la beatitud eterna. Dirígese al exterior, y su dulce mirada escruta perpetuamente el devoto concurso; brilla en sus pupilas un rayo de las cercanas luces, y aquel artificial fulgor de los ojos remeda la intención y fijeza de la mirada humana. Era

difícil, cuando la vi por primera vez, permanecer indiferente en medio de aquella manifestación religiosa y no añadir una palabra al concierto de lenguas entusiásticas que hablaban en distintos tonos con la Señora."

(BENITO PEREZ GALDOS: *Episodios Nacionales.* "Zaragoza", cap. VII.)

No sé lo que tú habrás pedido; incluso ignoro lo que yo mismo he dicho a nuestra Madre. Recuerdo haber comenzado con las palabras del Arcángel Gabriel... Después, mis voces se han fundido con las de todos: he pedido para ti..., para un hombre que parecía ocultarse, vergonzoso, tras uno de los pilares...; para una madre que llevaba en brazos a un niño, al parecer enfermo, y luchaba por acercarlo al manto de la Virgen...; para mí, también.

Los hombres del pueblo

Ahora vamos a salir por la puerta de los Apóstoles, pues es buen consejo—mi padre me lo dio, yo te lo entrego—no regresar nunca por el mismo camino que se utilizó en el viaje de ida. Y, al salir...

"Era jueves, y, según una costumbre que data de cinco siglos, el Tribunal de las Aguas iba a reunirse en la puerta de la catedral, llamada de los Apóstoles.

El reloj del Miguelete señalaba poco más de las diez, y los huertanos juntábanse en corrillos y se sentaban en el tazón de la seca fuente que adorna la plaza, formando en torno al vaso una animada guirnalda de mantas azules y blancas, pañuelos rojos y amarillos o faldas de indiana de colores claros...

El alguacil del tribunal, que llevaba más de cincuenta años de lucha con aquella tropa insolente y agresiva, colocaba a la sombra de la ojival portada las piezas de un largo sofá de viejo damasco, y tendía después una verja baja, cerrando el espacio de acera que había de servir de sala de audiencia...

...Ya estaba allí la representación de las dos vegas: la de la izquierda del río, la de las cuatro acequias, la que encierra la huerta de Ruzafa, con sus caminos de frondoso follaje que van a extinguirse en los límites de la pantanosa Albufera, y la vega de la derecha del Turia, la poética, la de las fresas de Benimaclet, las chufas de Alboraya y los jardines siempre exuberantes de flores.

Sentáronse los siete jueces en el viejo sofá; corrió de todos los lados de la plaza la gente huertana para aglomerarse en torno de la verja, estrujando sus cuerpos sudorosos, que olían a paja y lana burda, y el alguacil se colocó, rígido y majestuoso, junto al mástil rematado por un gancho de bronce, símbolo de la acuática justicia.

Descubriéronse las siete acequias, quedando con las manos sobre las rodillas y la vista en el suelo, y el más viejo pronunció la frase de costumbre:

—*S'obri el tribunal.*

Silencio absoluto. Toda la muchedumbre, guardando un recogimiento religioso, estaba allí, en plena plaza, como en un templo. El ruido de los carruajes, el arrastre de los tranvías, todo el estrépito de la vida moderna pasaba sin rozar ni conmover aquella institución antiquísima que permanecía allí tranquila, como quien se halla en su casa, insensible al tiempo, sin fijarse en el cambio radical de cuanto les rodeaba e incapaz de reforma alguna.

Los huertanos estaban orgullosos de su tribunal. Aquello era justicia; la pena, sentenciada inmediatamente, y nada de papeles, pues éstos sólo sirven para enredar a los hombres honrados.

La ausencia del papel sellado y del escribano, que aterra, era lo que más gustaba a unas gentes acostumbradas a mirar con cierto terror supersticioso el arte de escribir, que desconocen. Allí no había secretario, ni plumas, ni días de angustia esperando la sentencia, ni guardias terroríficos, ni nada más que palabras.

Los jueces guardaban las declaraciones en la memoria, y sentenciaban en seguida, con la tranquilidad del que sabe que sus decisiones han de ser cumplidas. Al que se insolentaba con el tribunal, multa; al que se negaba a cumplir la sentencia, le quitaban el agua para siempre y se moría de hambre.

Con aquel tribunal no jugaba nadie. Era la justicia patriareal y sencilla de este buen rey de las leyendas, saliendo por las mañanas a la puerta del palacio para resolver las quejas de los súbditos; el sistema judicial del jefe de cabila, sentenciando a la entrada de la tienda."

(VICENTE BLASCO IBAÑEZ: *La Barraca.*)

Dejemos al Tribunal de las Aguas ejerciendo su patriarcal justicia, en que se remansa y resume sabiduría de siglos. Una idea me va bullendo en el pensamiento, y no acabo de dar con las palabras justas para decírtela; de todos modos, lo intentaré.

En una tierra donde el agua es la riqueza fundamental, los hombres juzgan y cumplen las sentencias fiados en el honor de la palabra. Y es hermoso y alegre pensar en ello, porque significa, exige, un culto a la verdad, que va más allá de las leyes escritas: nos dice a todos que estos hombres de España pueden firmar un contrato con un apretón de manos o repartir el agua de sus acequias con palabras que no se lleva el viento. Porque, durante siglos, han sabido decir—y vivir—la verdad.

La plaza

Busquemos ahora el centro de la ciudad.

"Podría hablaros del follaje de piedra de sus fachadas, de la riquísima ornamentación de sus tallas plateresca y de cómo nació aquí el plateresco. Estilo, sin duda, recargado, gongorino, aunque no tanto como el manuelino portugués. Aquí, en esta misma Universidad, junto a la cual estoy escribiendo, hay una fachada del siglo XVI que se les invita y enseña a admirar a los visitantes y turistas; pero yo prefiero otros más antiguos y más ingenuos adornos que dentro de ella, a su entrada, hay en el techo. La fachada es más talla que arquitectura, y peca de profusión. Prefiero los encantadores patriarcas—Abraham, Salomón, David, Daniel—que cierran en las nervaturas de las bóvedas. Eso sí, la fachada se abre a un patio exterior que es un encanto y un consuelo. Luego que ha cesado el voverío estudiantil, cuando están cerradas y mudas las aulas, en horas o en días de vacación, sobre todo en las tardes lentas del verano, ese patio de las Escuelas Menores, con su broncíneo fray Luis de León en el centro, sobre su pedestal, con un eterno gesto de apaciguamiento, es algo que habla al alma de lo eterno y lo permanente. No doy por nada del mundo ese patio, henchido en su silencio de rumores seculares; ese patio sin ruidos de tranvías, ni de ferrocarriles, ni de vana agitación humana.

Si queréis bullicio, aunque bullicio moderado, y tranquilo, y cotidia-

no, y casi diré doméstico bullicio, como aquel con que los niños llenan un hogar, acudid en esta ciudad de Salamanca a su hermosa Plaza Mayor, una de las plazas más armoniosas, según me decía el arquitecto alemán Jürgens. Una plaza cuadrada—es decir, un cuadrilátero, no un cuadrado—, con sus soportales y toda llena de aire y de luz. Una tarde, paseándonos los dos por ella, me decía mi amigo el gran poeta peninsular, o, mejor, ibérico, Guerra Junqueiro: "Me gusta esta plaza porque en ella la muchedumbre tiene movimientos rítmicos." Y, en efecto, circulaban bajo sus soportales los hombres y las mujeres en dos filas, separados, dándose cara: ellos, hacia la parte de fuera, en el sentido del reloj; ellas, por la parte de dentro, en el otro sentido. Y hay algo de litúrgico en este circular—mejor sería decir "cuadrar"—de las gentes de la ciudad por su plaza. Salmantino hay que puede decirse que vive en ella. Es el principal mentidero de la ciudad; es también su principal escuela de haraganería. Y sin molestias de tranvías.

Fue el mismo Guerra Junqueira quien otra vez me dijo: "Feliz usted, que vive en una ciudad por muchas de cuyas calles se puede ir soñando sin temor a que le rompan a uno el sueño." Y así es. Hay viejas calles, como la de la Compañía, al pie de palacios y templos dorados por los soles de los siglos, en que puede uno ir soñando en una España celestial, colgada para siempre de las estrellas. Y hay un rincón, junto al convento e iglesia de las Ursulas, entre álamos, que allá en la primavera, cuando brota en ellos el tierno plumoncillo de las hojas nuevas, nos da la sensación de que el tiempo se detiene y remansa en la eternidad, de un pasado que es a la vez un porvenir, de una puesta de sol que se confunde con el alba."

(MIGUEL DE UNAMUNO: *Andanzas y Visiones españolas*. "Salamanca".)

El cerillero

Sin darnos cuenta, mecidos en el sueño de nuestra aventura, hemos dado una vuelta a la plaza. El tránsito que hay bajo los soportales está siempre lleno de gente que va y viene a sus negocios, discute la venta de unos majuelos o de un rebaño, o se entretiene en una interminable charla.

Como este andaluz, ya un tanto viejo, dueño de un puesto de periódicos y cerillas en una de las bocacalles que van a la plaza.

"La calle está recién regada. Un toldo de fuerte lona la resguarda del sol y hace posible la circulación sin peligro inmediato al tabardillo fulminante.

El tío Frasquito tiene su puesto de cerillas y periódicos adosado al muro de un viejo caserón, antiguo edificio público, aprovechando una repisa del mismo muro, con el aditamento de una especie de borriquete de pino, que le sirve de mostrador y de escaparate.

El tío Frasco no está en su puesto, sino en la acera de enfrente—la calle es estrecha y reservada al sólo tránsito de peatones—, charlando amigablemente con el viejo sombrerero, que se sale hasta la puerta de la tienda a dar con sus manos habilísimas los últimos toques al ala de un ancho pavero. En aquellos toques que dan al ala, casi completamente plana, una mijita de figura—como dice el maestro—, está toda la gracia, la elegancia y el garbo de aquel sombrero único... Ello no le impide, sin embargo, charlar de lo humano y lo divino—más de lo humano, desde luego—con el tío Frasquito. Y si alguien se hubiera permitido aludir a su labor calificándola de trabajo, él se habría echado a reir..., o acaso se hubiera enojado, y no del todo sin razón, porque él no era un trabajador, sino un artista, que es—para un sevillano—cosa totalmente distinta.

Por su parte, el tío Frasquito tampoco es precisamente un trabajador, ni siquiera un comerciante... Y, no pudiendo llamarse artista, porque no hace nada, se acoge a la venta de cerillas y periódicos, para mantener—de algo se ha de vivir—su existencia de conservador y de filósofo, a su manera.

Esto da lugar, con frecuencia, a escenas como la siguiente, que yo presencié una tarde del estío sevillano...

Alguien llega al puesto del tío Frasquito, busca al dueño con la mirada y, al descubrirlo en la puerta de la sombrerería, le dice:

—Déme usted una caja de fósforos.

—Cójala usted—le responde, tranquilo, Frasquito.

Así lo hace el comprador, y, sacando una moneda del bolsillo, va a dársela al buen Frasco.

—Déjela usted ahí—le ataja éste, dirigiéndole al mismo tiempo un geste de amable despedida...

El marchante deposita su perra sobre un montón de esas que por el mismo procedimiento han ido cayendo sobre los periódicos y cerillas del puesto. Y sigue buenamente su camino.

El tío Frasquito reanuda tranquilo su charla con el sombrerero.

La escena es trivial, insignificante...; pero a mí se me antoja que caracteriza a mi Andalucía natal mucho mejor que ciertos cromos de las cajas de pasas o las panderetas sevillanas."

(MANUEL MACHADO: *Estampas sevillanas.* "El tío Frasquito".)

El sereno

Nuestro breve paseo por los soportales es una sucesión de olores distintos; parece como si cada zaguán tuviera su propio perfume o hedor: el umbrío de la carpintería, donde mezclan sus aromas el pino, el castaño, el nogal, el cerezo... y la cola que hierve sobre un pobre, humoso, fuego de virutas...; el refrescante, limpio, de una perfumería, donde venden colonias de limón, de heno, de lavanda, de jazmín, de nardo, de heliotropo...; el humano y húmedo hedor de una casa cochambrosa a la que el dueño no pone el más pequeño parche porque las rentas son muy bajas y no le dan ni para vivir él...; el apetitoso olor—que es casi sabor—de un mesón cuya especialidad es el lechón al horno...

Pasamos delante del Ayuntamiento, a cuya puerta hay dos azules guardias municipales que saludan rígidos cuando entra o sale el Alcalde. Un poco más allá, Correos y Telégrafos. La vida entera de la ciudad se centra en su Plaza Mayor.

Te pediría que despertaras de tu ensueño para contemplar a los hombres de tu ciudad, de tu plaza. Y para que, viéndolos, conocieses sus preocupaciones, sus afanes, sus oficios. Y después, proseguir nuestra excursión por el seno de la ciudad soñada.

Al salir de la plaza por una de las calles enmarcadas en un arco romano casi, cruzamos ante una puerta, en una de cuyas jambas hay una placa esmaltada que dice: "Dr. José María López. Medicina General. Rayos X.—Consulta, de 4 a 6." Y, abajo del todo, con letras más menudas: "Por la noche, avisos al sereno." Me gustaría que paseáramos esta calle de noche, cuando sólo la cruza la sombra alargada de los faroles. Nos parecería entonces como si rondasen sus ventanas y zaguanes todos los hombres, ya muertos, que la hicieron. Son los invisibles acompañantes del sereno:

ERIA

"No se puede negar que la persona de un sereno, considerada poéticamente, tiene algo de ideal y romanesco, que no es de despreciar en nuestro prosaico, material y positivo Madrid, tan desnudo de Edad Media, de góticos monumentos y de ruinas sublimes.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas, entrega sus cansados miembros al necesario reposo; cuando los gobernantes abandonan por algunas horas el peso de su autoridad y los gobernados buscan en el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus más halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansión y se arranca a los abrazos de su esposa y de sus hijos (que también es padre y esposo), viste su morena túnica, endurecida por los vientos y la escarcha; toma su terrible lanzón, cuelga a la punta el luciente farolillo, y sale a las calles ahuyentando con su vista a los malvados, que le temen como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la ley.

Durante su monótono paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro; ora sosiega una quimera de gentes de mal vivir, rezagadas a la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y salva y acompaña hasta su casa al mísero transeúnte a quien aquél asaltó; ya presta su formidable apoyo al bastón de la autoridad para descubrir un garito o proceder a una importante captura. Noblemente desinteresado en medio de tan variadas escenas, deja gozar de su reposo al descuidado vecino, sin exigirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavía en su austero semblante se notan las señales del combate que acaba de sostener o de la tempetuosa escena que acaba de presenciar, alza sus ojos al cielo, mira la luna, muda, quieta, impasible como su imaginación; presta el atento oído al reloj que da la hora y rompe el viento con su voz, exclamando tranquila y reposadamente: "¡La una menos cuarto y... sereno!"

No sé si he dicho (y si no lo diré ahora) que aquella noche, por un capricho que algunos calificarán de extravagante, me había propuesto acompañar al buen Alfonso, el vigilante de mi barrio, en su nocturno paseo, y que para poder hacerlo con más libertad, había creído conveniente aceptar un capotón y un chuzo como los suyos, que me prestó. No se rían mis lectores de esta transformación de mi exterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridículas, vemos y contemplamos todos los días sin extrañeza. Un traje humilde, una corteza grosera, suele a menudo encubrir la inteligencia del alma, y ¡cuántas veces un magnífico uniforme suele servir de disfraz a un tronco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenía por lo menos un objeto noble. Yo soy un hombre concienzudo y chapado a la antigua, que gusto de estudiar lo que he de escribir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, creí indispensable una de dos cosas: o que el sereno se hiciese escritor, o que el escritor se transformase en sereno. Lo segundo me pareció más fácil que lo primero."

(RAMON DE MESONERO ROMANOS: *Escenas Matritenses.* "Madrid a la luna", III.)

Todas las calles que vamos recorriendo tienen nombres antiguos, y podríamos hacer historia del origen de cada una. Con mucha frecuencia encontrarás en cualquier ciudad nombres que recuerdan viejas leyendas o sucesos que un día fueron famosos: calle de la Encantada; *plaza del* Quemadero; *o de oficios establecidos en esas calles de* Platerías, *de* Bordadores; *de personajes más o menos famosos.*

El sereno vendrá a la noche para cuidar el sueño de sus vecinos. Conoce la luz de cada uno de los faroles, y, para él, la madrugada tiene sabor de descanso bien ganado. Pero ahora luce el sol, y debemos acabar nuestra visita. Bajamos al puerto—¿has pensado que más de la tercera parte de las capitales españolas tienen puerto?—por esta "gran vía" que se abre a nuestra derecha llamada "paseo marítimo". El tráfico aumenta con el desarrollo del comercio, y un alcalde decidido tuvo que derribar muchas viejas casonas, destartalados almacenes y antiguas atarazanas.

El industrial

Delante de nosotros, presuroso, marcha uno de los hombres creadores de esta zona. Se llama Joaquín Ríus, lo ha inventado un novelista español de nuestros días, y ha decidido vivir por su cuenta. Y al comienzo de su nueva vida empieza, como siempre, por una pregunta:

"Esta cuestión—¿qué es ser rico?—le preocupó durante unos días. Por fin, llegó a una conclusión: ser rico es vivir de renta; es decir, no tener que trabajar para vivir. Inmediatamente comprobó que este hecho no le producía la menor alegría. Desde que murieron sus padres hasta que marchó a América no había trabajado para vivir; pero ¿podía afirmar que había sido rico entonces? Se había limitado a pasar las horas fumando detrás del mostrador de la herboristería; hubiera terminado loco. La fortuna, pues, no es en sí misma envidiable. Lo envidiable, lo apasionante, son las ganas de ser rico. Pero, por el hecho de serlo ya, acababa de clausurar justamente esta etapa. ¿Qué hacer?

La reorganización de la vida familiar le ocupó algunos meses. Además, la fortuna amasada en América era realmente considerable con relación a su vida de herbolario, y le permitía ser considerado como hombre de fortuna, siempre y cuando no excediera el tren de vida llevado hasta entonces; pero no bastaba con relación a otra de tono superior.

Permanecieron en el piso de la calle de la Paja, si bien Paula dejó de trabajar en el establecimiento.

En resumidas cuentas—pensaba Joaquín Ríus—: ser rico es saber gastar el dinero. Y el mejor sistema de gastarlo es emplearlo en lo que no pierda valor. Si no podía dar a sus hijos una educación como la de los hijos de los "demás", ¿para qué querría los muebles, los carruajes y los palacios de aquéllos? Hizo, pues, gestiones para que en el curso siguiente pudieran ingresar sus hijos como alumnos en los jesuitas.

Y nada más. Nada más, salvo la tristeza, que no había vuelto a sentir desde que madurara la fuga. ¿Será verdad lo que Paula le decía a veces, que el dinero hace poner tristes a los hombres? No. ¿Cómo iba a ser verdad? Lo que sucedía es que tenía que buscar una ocupación apasionante. ¿Y si fundara una sucursal o solicitara la representación de la casa en la que había trabajado, donde tenía invertidos sus ahorros? No es mala idea. Lo consultó con Paula.

—Déjate de cosas. No vayas a perder lo que tienes.

Pero la idea seguía dándole vueltas en el magín.

—Me siento joven, más joven que nunca; no puedo con la sopa boba.

Previa una correspondencia con la casa de América, instaló un almacén de coloniales: cacao, café y azúcar, en las afueras del Borne. Había que verlo los martes y los jueves, día de mercado. Al cabo de pocos meses, los dueños de los restaurantes más acreditados no acudían a otro proveedor. Los hoteles, consultados precios y calidades, buscaban el café de Joaquín Ríus. Su calidad de revendedor y socio de la casa exportadora, en una sola pieza, le situaba en superioridad de condiciones frente a la competencia. Al cabo de un año, el personal del almacén se componía de cinco dependientes y tres mozos. A las siete de la mañana, en general, y los días de mercado a las cuatro y media o a las cinco, ya estaba él, con un mozo y el contable—verdadero hallazgo, llamado Llobet—, de guardia en el almacén, tasando, seleccionando y llenando pequeños saquitos con las muestras. Por las tardes iba al puerto, a enterarse del arribo de los barcos con el cargamento, o a controlar la descarga de éste, acto que le emocionaba; se emocionaba con el recuerdo de los años pasados, con el olor de café crudo y el alquitrán y el verde plomizo de las aguas del puerto, reflejando un cielo terso. Satisfecho, se mezclaba entre los descargadores, les daba órdenes, golpes en la espalda, cigarrillos. Estos le llamaban *Quim d'América.* En el puerto era universalmente querido, y le obsequiaban a menudo con un vaso de vino en una cualquiera de las tabernas del muelle, en las que siempre había marineros con camisetas de franjas horizontales, azules o rojas; grandes tatuajes de mujeres desnudas en los brazos y hasta en el cogote; gentes de grandes bigotes desaliñados, que manipulaban grasientos naipes. Pero él rehusaba el vaso de vino; a lo sumo, pedía un vaso de agua con anís.

Llobet era tan diligente, iba tanto de un lado para otro, considerando haber entrado en una casa de porvenir, que en una ocasión en que el señor Ríus tuvo que quedar unos días en cama, no se notó en absoluto su ausencia; no faltó detalle. Al llegar de nuevo al almacén, puestos el guardapolvo y la gorra, que usaban para no resfriarse con las corrientes, don Joaquín preguntó a Llobet si había alguna novedad.

—Nada, don Joaquín. Las siete toneladas de caracolillo llegaron con cinco días de retraso, y la casa de Pagés y Roca se negaba a aceptarlo, alegando que estaba húmedo. Tuvimos que recurrir al peritaje, y todo fue a pedir de boca. La casa Balet ha aplazado treinta días el pago...

—No importa; es casa seria.

—Finalmente, le quisiera decir...

—¿Que pasa, Llobet?

—Me caso el mes que viene, y quisiera que me diera usted unos días de permiso, si no es que...

—¿El mes que viene? ¡Hombre de Dios!, ¿cómo no me lo había dicho?

—Es que...

—Tiene usted concedidos los días de permiso, y puede usted contar con un aumento de sueldo de cincuenta pesetas.

El empleado le estrechó la mano con una efusión multiplicada por cincuenta.

—Muchas gracias, señor Ríus. Dios se lo pague.

—Si las cosas siguen bien, tendrá usted una situación excelente en esta casa. Y muchas felicidades.

Cuando regresó a su casa, el señor Ríus se había percatado de que el trabajo del almacén, al cabo de un tiempo, marcharía solo. Esta idea le desazonaba.

—¿Y si probara lo que explicaba Clapés de Londres?—se iba repitiendo—. Un telar no es nada del otro mundo, y cabría en el almacén.

¿Y si probara?

Probó. Marchó a Londres, y quedó infundido del espíritu del negocio. Pasó allí seis meses. Escribía a Paula cada semana. Al regresar traía embalada en unas cajas con muchos nombres raros una serie de ruedas y de tornillos y palancas, que fueron desembalados solemnemente en el almacén. Llevaba también un prospecto con intrincadas indicaciones.

—¿Y tú tienes que hacer este rompecabezas?

—No, mujer, no; hay que esperar a que venga el técnico.

Paula preguntó:

—¿Qué es eso?

Pero cuando vio que se trataba de un hombre, y lo aprisa que daba forma al artefacto y la manera cómo los bracitos de metal, las pequeñas pinzas se ponían en movimiento y que el conjunto iba a dar con puntería allí donde era preciso que recogiera un hilo; cuando vio que el ovillo giraba aprisa, que de allí salía una pieza de tela larguísima, y que no era mentira, entonces Paula suspiró y tuvo que sentarse, acalorada, sobre unos sacos de cacao tumbados en un rincón como cerdos dormidos."

(IGNACIO AGUSTI: *Mariona Rebull.* Cap. I.)

La Barcelona que tú puedes conocer ha sido hecha por hombres que, como este señor Ríus, supieron transformar el comercio antiguo en nuevas industrias creadoras de mercados más amplios. Con sentido de la realidad de cada día. No en vano fue Barcelona el escenario donde se hundieron las quimeras de Don Quijote.

Los marineros

Y el camino de su grandeza fue el mar, la mar, como dicen los marineros. En España, esto siempre ha sido verdad, y todos sentimos, desde lo más hondo del alma, en la dureza de los páramos, la eterna llamada de la mar. Por eso quiero que nuestra visita, ya un poco larga, termine en el mar mismo, junto a los hombres que saben hacer sus caminos sin más guía que las estrellas:

"Eran trece hombres, trece valientes en el peligro y avezados a las luchas del mar. Con ellos iba una mujer: la del patrón.

Los trece hombres de la costa tenían el sello característico de la raza vasca: cabeza ancha, perfil aguileño, la pupila muerta por la constante contemplación de la mar, la gran devoradora de hombres.

El Cantábrico los conocía; ellos conocían las olas y el viento.

La trainera, larga, estrecha, pintada de negro se llamaba *Arantza*, que en vascuence significa *espina*. Tenía un palo corto, plantado junto a la proa, con una vela pequeña...

La tarde era de otoño; el viento, flojo; las olas, redondas, mansas, tranquilas. La vela apenas se hinchaba por la brisa, y la trainera se deslizaba suavemente, dejando una estela de plata en el mar verdoso.

Habían salido de Motrico y marchaban a la pesca, con las redes preparadas, a reunirse con las otras lanchas para el día de Santa Catalina. En aquel momento pasaban por delante de Deva.

El cielo estaba lleno de nubes algodonosas y plomizas. Por entre sus jirones, trozos de azul pálido. El sol salía en rayos brillantes por la abertura de una nube, cuya boca enrojecida se reflejaba, temblando, sobre el mar.

Los trece hombres, serios e impasibles, hablaban poco; la mujer, vieja, hacía media con gruesas agujas y un ovillo de lana azul. El patrón, grave y triste, con la boina calada hasta los ojos, la mano derecha en el remo que hacía de timón, miraba impasible al mar. Un perro de aguas, sucio, sentado en un banco de popa, junto al patrón, miraba también al mar, tan indiferente como los hombres.

El sol iba poniéndose... Arriba, rojos de llama, rojos cobrizos, colores cenicientos, nubes de plomo, enormes ballenas; abajo, la piel verde del mar, con tonos rojizos, escarlatas y morados. De cuando en cuando, el estremecimiento rítmico de las olas...

La trainera se encontraba frente a Iciar. El viento era de tierra, lleno de olores de monte; la costa se dibujaba, con todos sus riscos y sus peñas.

De repente, en la agonía de la tarde, sonaron las horas en el reloj de la iglesia de Iciar, y luego las campanadas del Angelus se extendieron por el mar como voces lentas, majestuosas y sublimes.

El patrón se quitó la boina, y los demás hicieron lo mismo. La mujer abandonó su trabajo, y todos rezaron, graves, sombríos, mirando al mar tranquilo y de redondas olas.

Cuando empezó a hacerse de noche, el viento sopló ya con fuerza, la vela se redondeó con las ráfagas de aire y la trainera se hundió en la sombra, dejando una estela de plata sobre la negruzca superficie del agua...

Eran trece los hombres, trece valientes, curtidos en el peligro y avezados a las luchas del mar."

(PIO BAROJA: *Vidas sombrías.*)

También me han movido a terminar en la playa dos razones importantes. La primera ha sido el recuerdo de unos versos del buen caballero Jorge Manrique que me acompañan desde que era un niño como tú:

"Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
e consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
e más chicos,
allegados, son iguales
los que viven por sus manos
e los ricos."

La segunda, y quizá fundamental, porque quisiera para ti vida marinera. Quiero decirte que imagino tu vida como una nave llevada por las velas de la ilusión y segura en las tormentas porque tiene una honda, inconmovible, ancla de esperanza.

BRASIL
Perellón

ESPAÑA

ESPAÑA

JUNTO al mar, donde acaban las tierras, mueren los ríos y comienzan los caminos universales, casi sin darnos cuenta—como si la espuma de las rompientes fuese su cuna—ha venido a nuestros labios una dulce, entrañable palabra que despierta en nosotros un mundo de recuerdos y sueños: ESPAÑA. ¿Qué significa esta palabra, sonora como un clarín, clara como una llamarada?

Averiguar el significado de los nombres fundamentales que usamos (Dios, hombre, amor...) es una maravillosa y difícil aventura en que hemos de preguntar mucho para conseguir algo, tal vez muy poco, como respuesta. Ni a ti ni a mí nos importa demasiado aventurarnos, pues sabemos que no hay alegría sin riesgo: lo hemos aprendido en un libro de aire que los hombres de España se han transmitido de generación en generación, como una herencia que no puede gastarse nunca y se va enriqueciendo con los años, como el vino mejor de nuestros campos:

"¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como el infante Arnaldos
la mañana de San Juan!

Andando a buscar la caza
para su falcón cebar,
vio venir una galera
que a tierra quiere llegar;
las velas trae de seda,
la ejarcia de oro torzal,
áncoras tiene de plata,
tablas de fino coral.
Marinero que la guía
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan al hondo
arriba los hace andar;
las aves que van volando,
al mástil vienen posar.
Allí habló el infante Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
—Por tu vida, el marinero,
dígasme ora ese cantar.
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fue a dar:
—Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va."

(*Romance del Conde Arnaldos.* **Versión de R. MENENDEZ PIDAL.)**

Era importante que antes de iniciar la aventura, recordásemos este poema popular. Las naciones, como el marinero del romance, sólo dicen su canción a quien con ellas va. Para aprender lo que España es o significa, hemos de ir por ella, andar sus caminos, escuchar el rumor de las brisas que orean sus sotos, adivinar el vuelo de las águilas de miradas rectas como flechas certeras, calcular el salto de los corzos inquietos y tímidos... y, sobre todo, oir las voces de sus hombres: los que son y los que no han muerto del todo porque sus palabras siguen viviendo en nuestros labios.

También quería yo que en el romance oyeses una vieja, humana verdad vencedora de siglos: no podremos encontrar a España—ni a nación

alguna—en solitarios paseos de hombres desengañados. Muy pronto—el tiempo se escapa como el agua de un torrente entre los dedos—estudiarás cómo fray Luis de León, uno de nuestros más altos poetas, gustaba retirarse, melancólico, del bullicio cotidiano. Y en su soledad sólo pudo encontrar una "espaciosa y triste España".

Tú, gracias a Dios, no conoces los gusanos paralizadores del desengaño; yo conservo intacta mi fe y mi esperanza, aunque la carne vaya sabiendo algo de los ataques de la desilusión. Por eso podemos caminar juntos, gozándonos en todos los descubrimientos que el caminar ofrece. Que nuestra aventura tiene mucho de cacería: hemos de adivinar los ocultos resortes que conmueven nuestro espíritu y nuestro cuerpo cuando escuchamos el nombre de España.

He buscado en el Diccionario Oficial de nuestra lengua esta palabra sin hallar respuesta. He tomado después en mis manos uno de esos diccionarios enciclopédicos que al alcance de ellas tenía. Y leo:

"ESPAÑA.—*Geog.* Nación que, juntamente con Portugal, ocupa la Península Ibérica, la mayor y más occidental de las tres grandes penínsulas meridionales de Europa; enorme promontorio del extremo SO. del continente europeo, que avanza entre el mar Mediterráneo y el Océano Atlántico casi hasta ponerse en contacto con Africa, de la cual la separa el estrecho de Gibraltar."

¿No te parece que estas palabras las podía haber escrito el pequeño príncipe mirándonos desde su asteroide con un catalejo? Pero caminar exige poner los pies sobre el santo suelo. Ponerlos con la misma entrega y agilidad con que los paracaidistas toman tierra. Y este primer, virginal, contacto quisiera hacerlo con palabras de un hombre no español que, andando nuestras tierras, acabó enamorándose de España:

EL CIELO DE ESPAÑA

"El cielo de España está muy alto; muy alto, muy lejos de la tierra; muy alto, muy lejos de España. Está como separado de España... Es un claro cielo blanco... En él la luz del sol es blanca y las nubes son blancas... Es un claro cielo tranquilo... Las nubes están quietas y como fijas en un cristal... Se diría que la luz del sol es la luz del cielo, la luz de las nubes, de las nubes altas, de las nubes lejanas de la parda tierra de Es-

paña. España es tierra y cielo nada más. Estoy en los pastos de las llanuras extremeñas. Detrás de mí se alza Badajoz.

He vagado al alba por un antiguo puente de granito que cruza un río mermado por el sol del estío. El agua tuerce y serpea por entre las arenas doradas. En las pozas hondas adquiere los reflejos azules del acero, pero luego, cuando corre perdida, se convierte en una fina cinta de azafrán. Hay unos soldados montados en caballos negros que abrevan en el río. El agua ha bruñido las patas de los brutos con suavidades de seda. El puente avanza sobre arcos amarillos, y en la puerta de una cercana fortaleza están labradas las armas victoriosas de León y de Castilla.

En Oriente el sol está aún muy bajo y muy lejos de la fría ciudad. Su cálida mano horizontal, al través de la aurora, me acaricia la frente. Badajoz es un puñado de calles doradas y grises que se cierran alrededor de una iglesia gótica. En la catedral, a cada lado del pórtico, se acurrucan sentadas dos viejas que piden limosna. Todos los días la labor de estas mujeres es sentarse aquí, abrir una mano, cerrarla cuando cae en ella una moneda de cobre y bendecir al que la trae. Hoy ya comenzaron la tarea.

En los bolsillos sólo tengo billetes de Portugal y algunos duros españoles. Con un gesto de pesadumbre digo a las mujeres: "No tengo suelto, lo siento." Después sonrío. Una de las mujeres, la que está a mi izquierda, sonríe también; la otra se torna ceñuda y rezonga. Estas dos mujeres son una misma y sólo la sonrisa y el ceño las separa.

Pasan cabras lanudas balanceando las ubres jugosas, y burros con hombres y mujeres hieráticos sobre las ancas. Por las rendijas de un muro torcido se hincan los dedos del sol y me tocan en la frente. Me sobrecoge un escalofrío.

En la fonda el pan es duro y áspero hasta herir la boca, y el café un cocimiento gris y desabrido; pero... ahora mis bolsillos están repletos de monedas de cobre. Cruzo otra vez el pórtico de la catedral donde están las mismas dos viejas... Es decir, una. Una partida en un ceño y en una sonrisa, y ni el ceño ni la sonrisa cambian... ¡Estoy en España!

La ciudad cerrada se va abriendo. El sol está fuera aún y las calles se tuercen para esquivarle. Pero el sol va realizando su faena lentamente, va como derritiéndolo todo. Los hombres y las mujeres se vierten en las calles como partículas vivientes de la ciudad, fundida ya, que se esparce.

Detrás de mí está Badajoz. Arriba, en lo alto, está el sol, y aquí, a mis pies, la planicie de pastos. El Guadiana marcha sin un árbol hacia el Sur. Es un río sediento que añora las colinas de su juventud, que se mueve hacia el Sur en un anhelo de frescura y, lánguidamente, se agita por lograr este anhelo allá abajo. Las ciudades ni tienen cielo. Al otro lado de

los muros, en Pax Augusta, el campamento de los rudos soldados de Roma, que los siglos han trocado en este Badajoz, ya está el cielo de España.

Yo no he visto nunca un cielo tan lejos de mi cabeza, ni he contemplado jamás un mundo tan claramente definido. El cielo me empuja hacia un reino de ensueño, pero en la quietud de mi visión aún me siento amarrado a este mundo tan expresivo. Las ovejas balan en una onda de polvo denso, de polvo claro como el cristal, de polvo que se riza y se arremolina, que resopla y derriba. Las ovejas son masas sólidas de una tempestad de lana. En cada una, un remolino blanco sobre cuatro patas, sobre cuatro tallos de membrudos huesos que tiran de él... Y he aquí un hombre. Un hombre de cuerpo recio, de manos crustáceas, de faz vigorosa; sobre el cráneo escueto se estira la piel porosa cubierta de pelos hirsutos y de polvo que se apelotona con el sudor. El humo de su cigarro se abre paso, ascendiendo a través del aire. Detrás de sus hombros un pueblo lejano y ruinoso descansa sobre la joroba de una colina, y entre las tapias de una capilla derruida se alza una higuera. ¡Recia España! ¡Tierra rugosa y aburujada, tierra de surcos! Un agua blancuzca gotea en la roja arcilla de una quebradura, y hay flores moradas, como jirones de aurora.

En todas partes, el cielo; un cielo alto y remoto, pero en todas partes. La lejanía es una fuerza que levanta las cosas rotas de España como en una gran danza que va hacia Dios. El polvo, las pezuñas de las cabras, la ceniza del cigarro, las huellas del cayado del pastor, el chasquido de la honda de los zagales, las pisadas cautelosas de los perros... Todo, todo se alza en esta distinta claridad, atraído por el cielo lejano."

(WALDO FRANK: *España Virgen*. Preludio.)

España adivinada

Creo que tiene buena parte de razón este norteamericano inquieto y curioso en poner como símbolo de España el contraste entre tierra y cielo. Pero—él mismo lo entendía también así—esta tierra y este cielo no son uniformes. Los primeros hombres que sintieron en sus entrañas, como un estremecimiento de adivinación, lo que España podía ser, cantaron amorosamente su abundancia y variedad.

La primera España de que tiene noticia la Historia, la presentida por el santo obispo de Sevilla cuando todavía hablábamos latín, no llegó a

cumplirse por muy varias razones. Entre otras, porque llegaron los musulmanes para traernos nueva y más lejana variedad.

Por ello, cuando empezamos a incorporarnos las nuevas formas de vida y saber, cuando los sabios empezaron a escribir en español y los musulmanes están vencidos, pues las tropas cristianas han alcanzado las riberas del Sur, volvemos a encontrar—como un eco isidoriano—el elogio de la variedad:

"E a cada tierra de las del mundo, et a cada provincia honró Dios de diversas maneras, et dio su don; mas entre todas las tierras que El honró más, España la de Occidente fue; pues a ésta abasteció El de todas aquellas cosas que el hombre suele codiciar.

Pues esta España que decimos, tal es como un paraíso de Dios, porque se riega con cinco ríos caudales que son Ebro, Duero, Tajo, Guadalquivir, Guadiana; e cada uno de ellos tiene entre sí et el otro grandes montañas et tierras; e los valles et los llanos son grandes et anchos, et por la bondad de la tierra et el humor de los ríos llevan muchos frutos et son abundantes...

España es abundante de mieses, deliciosa de frutas, viciosa de pescado, sabrosa de leche et de todas las cosas que de ellas se hacen; llena de venados et de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos, provechosa de mulos; segura y guarnecida de castillos, alegre por buenos vinos, holgada de pan; rica de metales, de plomo, de estaño, de argent vivo [*mercurio*], de hierro, de cobre, de plata, de oro, de piedras preciosas, de toda manera de piedra de mármol, de sales de mar, et de salinas de tierra, et de sal en piedra, et de otros minerales muchos: azul, almagra, greda, alumbre et otros muchos de cuantos se hallan en otras tierras; briosa de sirgo et de cuanto se hace de él; dulce de miel et de azúcar, alumbrada de cera, cumplida de aceite, alegre de azafrán.

España sobre todas es ingeniosa, atrevida et mucho esforzada en lid, ligera en afán, leal al señor, ahincada en estudios, palaciana [*cortés*] en palabras, cumplida de todo bien; no hay tierra en el mundo que le semeje en abundancia, ni se iguale ninguna a ella en fortaleza, et pocas en el mundo tan grandes como ella.

España sobre todas es adelantada en grandeza et más que todas preciada en lealtad. ¡Ay, España!, no hay lengua ni ingenio que pueda contar tu bien."

(ALFONSO X: *Crónica General*. "Loor de España".)

Perellón

Comienzos de España

Tendremos que buscar, pues, el exacto significado de España, entre esa variedad y abundancia de ríos, valles, llanuras y montes de que nos habla el Rey Sabio, buen consejero para nuestra empresa.

Pero, ¿cómo haremos nuestro viaje? ¿Dónde lo iniciaremos?

Recuerdo que, siendo yo muy pequeño, mi padre nos hacía dar hermosos paseos por las volcánicas montañas que rodean mi ciudad natal. Mi madre se desesperaba a veces porque cada domingo destrozábamos un par de zapatos. Desde entonces aprendí que el mejor modo de conocer las gentes y los países es andando entre ellos. Después he recorrido muchas tierras de España en campamentos andariegos del Frente de Juventudes: la mochila a la espalda, una canción en los labios y, cuando cae la tarde, unas leves tiendas de lona levantadas entre risas para descansar sobre la enteriza tierra de nuestros campos. Y, en carne viva, entrándoseme por los sentidos todos (el sabor de las fuentes, el olor del monte bajo de jaras y tomillos, el color de los campos en sazón, el tacto fresco de los prados, la voz cambiante de cada valle), aprendí lo poco o mucho que de España sé y las pocas virtudes que dan esperanzada alegría a mi vida. Cuando, en la Universidad ya, tuve que penetrar en el brillante mundo de nuestra Historia y nuestra Literatura, tenía ya un secreto poder de entendimiento: una imagen diáfana, transparente, de lo que España era.

Por todo esto que he hecho carne mía, te pediré que nuestro caminar sea en ese mismo popular, "coche de San Fernando". San Fernando, rey y patrón de españoles jóvenes, que también anduvo estas mismas tierras a golpe de espada ganando reinos. Y nosotros queremos hacer nuestra a España. Nada más y nada menos.

Averiguar o decidir el punto de partida nos parecerá quizá más sencillo. Porque las primeras noticias serias que de España tenemos son unos asombrosos animales pintados en muchas cuevas de la cordillera Cantábrica y, siempre, debemos empezar en el origen de las cosas. Además, porque hemos visto a España como si viniésemos cabalgando nubes.

"Si fueras nube, lector, o fueras gota de agua y te cernieras sobre el Pico de Tres Mares—que estoy viendo—y el aura dispusiera de ti y de tu destino, según su capricho, podía ocurrirte una de tres cosas: o que fueras Nansa, o que fueras Ebro, o que fueras Duero. Cuestión de suerte.

Tú nada podías hacer; ni elegir tu muerte. Morirías según quisiera el viento: si caías en el cauce del río Bejos, serías Nansa en Tina Menor, donde yo, con permiso de los estanqueros de la sabiduría oficial, pondría aquella frase de Floro (Floro, lector, era un romano como un castillo), que dicha en latín, para que alguno no lo entienda, era así: "Hic duae validissimae gentes, cantabri et astures, inmunes imperi agitabant", y que, dicho de ti para mí, significa que "allí dos estirpes de valientes, cántabros y astures, agitaban el imperio (el de Augusto, nada menos) como querían". Porque allí, en Tina Menor, donde tú serías río, se dividen casi las dos Asturias: la guerrera, la de Oviedo, y la literaria, la de Santillana. Si fueras a caer entre los helechos arbóreos que crecen en la tierra tierna y caliente (¿has metido tu mano entre los senos del musgo en primavera?) donde nace el Pisuerga, serías nada menos que Duero en Tordesillas o en Toro o en Porto. Y si fueras a caer en las lastras donde nace el Híjar, serías Ebro en Reinosa, y hay que ver cómo te tendrías que partir el pecho, igual que él se lo parte, para ganarte, hendiendo rocas como Hércules, mordiendo montañas y jadeando por escobios, el honor de morir en la rápita tibia de los Alfaques, entregado como un guerrero cansado y victorioso a la perfumada molicie de la paz helénica y latina. No sé, amigo, qué es lo que, de poder, elegirías tú si fueras nube o gota de agua. Sé lo que hubiera elegido nuestro tremendo Menéndez y Pelayo; él hubiera sido Ebro, a ojos cerrados: "¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!", exclamaba en su "Epístola a Horacio", embriagado de hidromieles áticas y de caldos de Falerno...

Todo esto que te digo se aprende en cualquier parte, como otras tantas cosas que se aprenden en los libros. Pero se aprende mucho mejor cuando te peina el viento de los 1.500 metros (1.500 metros arrancando del cero sobre el mar cercano) en Tajahierro, la venta hospitalaria abierta por derecho secular a todo caminante en el fiel de la cordillera.

Ya no hay vegetación arbórea a estas alturas. Las últimas hayas le forman un dosel al nacimiento tormentoso del Saja en el Pozo del Amo, uno de los más soberbios espectáculos naturales de España, sobre todo cuando desnieva en Peña Labra. Hace años, la camioneta del correo atropelló a un osezno en el mismo puente, bajo el cual, el río, en una cascada atronadora y blanca, se despeña desde cien metros como un orate. Desde aquí le oigo bramar, camino del mar de las galernas, disparatando hacia el Aquilón, como un cántabro desesperado.

La venta de Tajahierro está emplazada en las primeras brañas de Palombera. Hasta aquí y un poco más al occidente, hacia Sejos, vienen a pastar las vacas de la umbría y las de la solana: las de Santander y las de Palencia. Las de Palencia son corpulentas y veletas: es el ganado de

Campoo, de pelo claro. Las de Santander son pequeñas y elegantes, un poco ariscas y altivas, a veces antipáticas; es el ganado de Tudanca, donde también se dan buenos escritores, ¡me valga el cielo! ¡A pares! Los hermanos Francisco y José María de Cossío, sin ir más lejos.

Tajahierro se pierde un poquito en la noche de los tiempos. Según he podido averiguar a través de mis amables informadores, la venta es lo que queda de la hospedería de una antigua abadía llamada Santa María de Hozcaba, del siglo XIII. Arquitectónicamente no tiene importancia, pero tiene algo mejor: gracia. El ventero me ha contado que este invierno la nieve ha llegado "hasta el cumbral" y que ha pasado lo que es más difícil de pasar a estas alturas: miedo. Es un hombre rubio, un visigodo puro, y tiene unos hijos que parecen jóvenes renanos. Me ha contado cosas muy curiosas; soy el primer viajero que llega este año, después del carro de patatas de que te hablé ayer, lector.

Tajahierro tiene sus personajes propios y hasta sus leyendas. Lo que no tiene son papeles, y esto acaso es una ventaja para la fantasía. Saberse de cierto, se sabe que allí vivió refugiado un prusiano, nadie sabe por qué. Se dice que era un rezagado del ejército del mariscal Blake, huido de Liébana (¡ay, amigo, el día que hablemos de Liébana!) y que había formado parte de la división del marqués de la Romana en Jutlandia, cuando los españoles andaban ya en empresas románticas y gratuitas por los helados mares góticos, juntos con los alemanes, igual que siglo y medio después.

Pero el personaje más extraordinario de Tajahierro fue uno de los hombres más raros y notables de fines del siglo pasado: don Angel de los Ríos y Ríos, a quien se recordará por aquellos valles altos, puros, diamantinos, por mucho tiempo, con su apodo de "el sordo de Proaño".

Proaño era su torre, donde anidaba como un águila real aquel hidalgo membrudo, recto y absolutista, trueno de la cordillera y que de pronto caía en ternuras increíbles. Administraba por igual su talento de historiador y sus conocimientos de las lenguas antiguas (tradujo el poema escandinavo "Los Edda" al castellano y escribió diez o doce libros eruditos) y su parva hacienda, que se iba liquidando en generosidades que parecían extravagantes a los demás. Además administraba justicia por su cuenta como un señor feudal, hasta extremos fabulosos. Por dos veces anduvo a tiros para imponer su ley, que, eso sí, siempre coincidía con la Ley de Dios y con la común conveniencia. Una de las veces le descerrajó un tiro a un desalmado en la propia venta de Tajahierro, donde don Angel se aislaba de cuando en cuando para escribir, para cazar o para meditar. Y la otra vez, a su mejor amigo, sordo y voluntarioso como él, le prohibió que cortara un árbol o que pasara con sus vacas por un sen-

dero que no era legal, o algo así. Y como su amigo, que se llamaba Domingo González, no quiso obedecerle, le metió un balazo en una pierna, del que Domingo quedó cojo. En el juicio oral, don Angel dijo que Domingo "había mentido a Dios, a su conciencia y al cura de su pueblo". Y acabó pidiendo al Jurado que le devolviera la escopeta por si tenía que hacer con ella un uso semejante. Era imposible. Pero tan bueno, que Domingo, su víctima, le llevaba todos los días a la cama donde el hidalgo agonizaba, años después, arruinado, una hogaza de pan tierno y un pichón. ¡Yo creo que éstos eran dos hombres! Propios de Tajahierro, que todavía tiene en su fachada, abrigado por un gran tejado de dos aguas, un escudo abacial, un letrero de mármol con el nombre de la venta, puesto por don Angel. Hay la esperanza de que algún día, en aquel lugar, donde crece el té y la digital a unos pasos del helecho hembra y de las fresas del monte, alguien abra para los visitantes de un sitio tan bello y conmovedor, frente al dios rupestre del Pico de Tres Mares, donde se puede nacer Ebro o Duero o Deva, un parador donde poder dormir sin guerra. Sin guerra contra... ¡Ya te lo supones, lector! Y mañana, ¡el Ebro, compañero!"

(VICTOR DE LA SERNA: *Nuevo viaje por España*, III. "La venta de Tajahierro.)

Del Bidasoa a Finisterre—y aún añadiríamos el espinazo montañoso del Pirineo—hay una estrecha faja de tierra quebrada, rota en mil barrancas talladas en las rocas, que aquí se visten con terciopelo de musgo. Aquí empieza España. En el tiempo y en la Astronomía (que es, tú lo sabes ya bien, ciencia que sirve para medir el tiempo). España empieza en el Norte. Una musiquilla de escuela te acompañará siempre recordando: "España limita al Norte..." "La Reconquista comenzó con don Pelayo en Covadonga..."

Pescadores asturianos

Pescadores y montañeros cazadores—los labriegos y vaqueros de estas comarcas han de saber vencer al lobo—la pueblan. Nuestra primera escuadra se hizo con robles, nogales, castaños, hayas de estas tierras. En pequeños puertos como éste.

"Figuraos que camináis por una alta meseta de la costa, pintoresca y amena como el resto del país. Desparramados por ella vais encontrando blancos caseríos, medio ocultos entre el follaje de los árboles, y quintas de cuyas huertas cuelgan en piñas sobre el camino las manzanas amarillas, sonrosadas. Un arroyo cristalino serpea por el medio, esparciendo amenidad y frescura. Delante tenéis la gran mancha azul del Océano; detrás, las cimas lejanas de algunas montañas que forman oscuro y abrupto cordón en torno de la campiña, que es dilatada y llana. Cerca ya de la mar, comenzáis a descender rápidamente, siguiendo el arroyo, hacia un barranco negro y adusto. En el fondo está Rodillero. Pero este barranco se halla cortado en forma de hoz, y ofrece no pocos tramos y revueltas antes de desembocar en el Océano. Las casuchas que componen el pueblo están enclavadas por ambos lados en la misma peña, pues las altas murallas que lo cierran no dan espacio más que para el arroyo y una estrecha calle que lo ciñe. Calle y arroyo van haciendo eses, de suerte que algunas veces os encontraréis con la montaña por delante, escucharéis los rumores de la mar detrás de ella y no sabréis por dónde seguir para verla: el mismo arroyo os lo irá diciendo. Salváis aquel tramo, pasáis por delante de otro montón de casas colocadas las unas por encima de las otras en forma de escalinata, y de nuevo dais con la peña, cerrándoos el paso. Los ruidos del Océano se tornan más fuertes; la calle se va ensanchando. Aquí tropezáis con una lancha que están carenando; más allá, con algunas redes tendidas en el suelo; percibiréis el olor nauseabundo de los residuos podridos del pescado; el arroyo corre más sucio y sosegado, y flotan sobre él algunos botes. Por fin, al revolver de una peña, os halláis frente al mar. El mar penetra, al subir por la oscura garganta, engrosando el arroyo. La playa que deja descubierta al bajar no es de arena, sino de guijo. No hay muelle ni artefacto alguno para abrigar las embarcaciones. Los marineros, cuando tornan de la pesca, se ven precisados a subir sus lanchas a la rastra hasta ponerlas a seguro.

Rodillero es un pueblo de pescadores. Las casas, por lo común, son pequeñas y pobres, y no tienen vistas más que por delante; por detrás se las quita la peña donde están adosadas. Hay algunas, menos malas, que pertenecen a las pocas personas de lustre que habitan en el lugar, enriquecidas la mayor parte en el comercio del escabeche: suelen tener detrás un huerto labrado sobre la misma montaña, cuyo ingreso está en el piso segundo. Hay, además, tres o cuatro caserones solariegos, deshabitados, medio derruidos. Se conoce que los hidalgos que los habitaban han huido hace tiempo de la sombría y monótona existencia de aquel pueblo singular. Cuando lo hayáis visitado les daréis la razón. Vivir en el fondo de

aquel barranco oscuro, donde los ruidos del mar y del viento zumban como en un caracol, debe ser bien triste.

En Rodillero, no obstante, nadie se aburre. No hay tiempo para ello. La lucha ruda, incesante, que aquel puñado de seres necesita sostener con el Océano para poder alimentarse, de tal modo absorbe su atención, que no se echa de menos ninguno de los goces que proporcionan las grandes ciudades. Los hombres salen a la mar por la mañana o a media noche, según la estación, y regresan a la tarde; las mujeres se ocupan en llevar el pescado a las villas inmediatas o en freirlo para escabeche en las fábricas, en tejer y remendar las redes, coser las velas y en los demás quehaceres domésticos. Adviértese entre los dos sexos extraordinarias diferencias en el carácter y en el ingenio. Los hombres son, comúnmente, graves, taciturnos, sufridos, de escaso entendimiento y noble corazón. En la escuela se observa que los niños son despiertos de espíritu y tienen la inteligencia lúcida; pero según avanzan en años, se va apagando ésta poco a poco, sin poder atribuirlo a otra causa que a la vida exclusivamente material que observan apenas comienzan a ganarse el pan: desde la mar a la taberna, desde la taberna a la casa, desde la casa otra vez al mar, y así un día y otro día, hasta que se mueren o se inutilizan. Hay, no obstante, en el fondo de su alma una chispa de espiritualismo que no se apaga jamás porque mantiene viva la religión. Los habitantes de Rodillero son profundamente religiosos. El peligro constante en que viven les mueve a poner el pensamiento y la esperanza en Dios. El pescador, todos los días se despide para el mar, que es lo desconocido; todos los días se va a perder en ese infinito azul de agua y de aire sin saber si volverá. Y algunas veces, en efecto, no vuelve. No se pasan nunca muchos años sin que Rodillero pague su tributo de carne al Océano. En ocasiones, el tributo es terrible. En el invierno de 1852 perecieron ochenta hombres, que representaban una tercera parte de la población útil. Poco a poco, esta existencia va labrando su espíritu, despegándoles de los intereses materiales, haciéndoles generosos, serenos, y con la familia, tiernos. No abundan entre los marinos los avaros, los intrigantes y tramposos, como entre los campesinos.

La mujer es muy distinta. Tiene las cualidades de que carece su esposo, pero también los defectos. Es inteligente, de genio vivo y emprendedor, astuta y habilidosa, por lo cual lleva casi siempre la dirección de la familia. En cambio, suele ser codiciosa, deslenguada y pendenciera. Esto en cuanto a lo moral. Por lo que toca a lo corporal, no hay más que rendirse y confesar que no hay en Asturias, y por ventura en España, quien sostenga comparación con ellas. Altas, esbeltas, de carnes macizas y sonrosadas, cabellos negros y abundosos, ojos negros también y rasga-

dos, que miran con severidad, como los de las diosas griegas: la nariz, recta o levemente aguileña, unida a la frente por una línea delicada, termina con ventanas un poco dilatadas y de movilidad extraordinaria, indicando bien su natural impetuoso y apasionado; la boca fresca, de un rojo vivo, que contrasta primorosamente con la blancura de los dientes. Caminan con majestad, como las romanas; hablan velozmente y con acento musical, que las hace reconocer en seguida donde quiera que van; sonríen poco, y eso con cierto desdén olímpico. No creo que en ningún otro rincón de España se pueda presentar un ramillete de mujeres tan exquisito."

(ARMANDO PALACIO VALDES: *José*. Introducción.)

Cazadores montañeses

En estos puertos mínimos—apenas abrigos junto al torrente—hicieron sus primeras singladuras los marinos que abrazaron al mundo con las estelas de sus naos: Elcano, Legazpi... De las tierras altas salieron también los guerreros que conquistaron los páramos de la meseta, las vegas calientes del Sur... y prosiguieron su incontenible marcha por las rutas del sol para fundar naciones al otro lado del mar. Los foramontanos cazadores de osos.

"No ofrecía grandes dificultades a mi paso aquel camino, cuya longitud no excedería de quince o veinte varas; pero la consideración racionalísima de lo que íbamos a hacer después de recorrerle, sin otra retirada que el abismo, en el caso muy posible de salir escapados de la cueva, si no quedábamos hechos jigote allá dentro, clavó mis pies en el suelo a los primeros pasos que di sobre él. Vi todo lo brutalmente temerario que había en nuestra empresa desatinada, y formé serio propósito de volverme atrás. Pero Chisco y Pito Salces se habían sumido ya en la caverna, y aunque temerarios y muy brutos los dos, no era honrado ni decente dejarlos sin su ayuda un hombre que acababa de prometerles ir tan allá como fuera otro.

Duraron muy pocos instantes estas vacilaciones mías; cerrando los ojos de la inteligencia a todo razonamiento de sentido común, es decir, bajándome al nivel de aquellos dos bárbaros, avancé, resuelto, por la cornisa y llegué a la boca de la cueva, dentro de la cual latían desesperadamente los dos perros, y me hallé a Chisco y a su camarada disponiendo el plan de ataque. La cueva, como ya sabía yo por referencias de los dos

mozos, que la conocían muy bien, tenía dos senos: el primero, a la entrada, era espacioso y no muy alto de bóveda, con el suelo bastante más bajo que el umbral de la puerta, muy escabroso y en declive muy pronunciado hacia el muro de fondo, en el cual se veía la boca de otro seno o gabinete de aquel salón de recibir. Olía allí a sótano, y a musgo, y a perrera..., y a hombres escabechados. No tenía ya duda para Chisco que era "la señora", es decir, la osa, lo que rezongaba en el fondo del antro invisible, respondiendo al latir desesperado de los perros; y la señora con su prole, porque, sin este cuidado amoroso, ya hubiera salido al estrado para hacernos los honores de la casa. En este convencimiento, se trató en breves palabras, casi por señas, porque no había instante que perder, de si sería más conveniente soltar la perruca que el sabueso; y acordado lo primero, el bárbaro de Pito, sin oir otras razones, se fue hasta la boca del antro, en el cual metió la cabeza al mismo tiempo que a la perruca. Esta había desaparecido, algo vacilante e indecisa, hacia la derecha, y no sé cuál fue primero, si el desaparecer la perruca allá dentro, o el oirse dos chillidos angustiosos y un bramido tremebundo, o el retroceder de Pito cuatro pasos del boquerón, exclamando hacia nosotros (yo creo que con regocijo), pero con el arma preparada:

—¡Cristo Dios!... ¡Vos digo que aqueyos no son ojus! ¡Son dos brasales!

Comprendió Chisco al punto de qué se trataba; soltó el sabueso y me mandó a mí que me quedara donde estaba (es decir, como al primer tercio de la cueva, muy cerca del muro de la derecha), pero con el arma lista, aunque sin disparar antes que ellos dos, y avanzó él hasta colocarse en la misma línea de Chorcos, de manera que sus tiros se cruzaran en ángulo bastante abierto en el antro del boquerón del fondo.

Como toda la prudencia y la reflexión que podía esperarse de aquellos dos rudos montañeses había que buscarla en Chisco, yo no apartaba mis ojos de él, y no podía menos de admirarme al observar que ni en aquel trance de prueba se alteraba la perfecta regularidad de su continente: su mirada era firme, serena y fría, como de ordinario; su color, el mismo de siempre, y no había un músculo ni una señal en todo su cuerpo que delatara en su corazón un latido más de los normales; al revés de Pito Salces, que no cabía en su ropa, no por miedo, seguramente, sino por el deleite brutal que para él tenían aquellos trances.

Tomando yo por guía de mi anhelante curiosidad la mirada de Chisco, y sin dejar de oir los ladridos de "Canelo", apenas metido éste en la covacha, pronto le vi retroceder, pero dando cara al enemigo, con las cuatro patas muy abiertas, la cabeza levantada y casi tocando el suelo con el vientre. Lo que le obligaba a caminar así no era difícil de adivinar: tras

él venía la fiera, gruñendo y rezongando, y al asomar al boquerón, no me impidió el frío nervioso que corrió por todo mi cuerpo estimar la exactitud con que Pito había calificado el lucir de los ojos de aquel animalazo: realmente, centelleaban entre los mechones lanudos de sus cuencas, como las escamas en la oscuridad. La presencia nuestra le contuvo unos instantes en el umbral de la caverna; pero, rehaciéndose en seguida, avanzó dos pasos, menospreciando las protestas de "Canelo", y se incorporó sobre sus patas traseras, dando al mismo tiempo un berrido y alzando las manos hasta cerca del hocico, como si exclamara:

—Pero estos hombres que se atreven a tanto son mucho más brutos que yo!

Al ver que se incorporaba la fiera, dijo Pito Salces a Chisco:

—Tú, al oju; yo, al corazón... ¿Estás? ¡Pues... a una!

Sonaron dos estampidos; batió la bestia el aire con los brazos, que aún había tenido tiempo de bajar; abrió la boca descomunal, lanzando otro bramido más tremendo que el primero; dio un par de vueltas sobre las patas, como cuando bailan en las plazas los esclavos de su especie, y cayó redonda en la mitad de la cueva, con la cabeza hacia mí. Corrí yo entonces a rematarla con otro tiro de mi escopeta, pero me detuvo Chisco, diciéndome, mientras cargaba, apresurado, la suya, igual que hacía Pito por su parte:

—Guarde esas balas, por lo que pueda suceder de prontu. Pa lo que usté desea jaser, con el cachorriyu sobra.

No me halagaba mucho aquel papel de cachetero que se me concedía, y casi por caridad; pero—con el deseo de poner algo de mi parte en aquella empresa feroz, tan pronta y felizmente rematada, aceptéle de buen grado y hasta sentí muy grande complacencia ver que con un balín de mi revólver, encajado en el oído de la osa, le había producido yo las últimas convulsiones de la muerte. Y algo era algo y otra vez sería más.

Pito silbaba y pataleaba de gusto en derredor de la fiera mientras cargaba su espingarda. Chisco no se daba todavía por satisfecho, a juzgar por lo receloso de sus aires.

¿Qué quedaba allí por hacer? Lo que hizo Chorcos en seguida con su reflexión de siempre: llamar a "Canelo" y meterse con él en la cueva desalojada por la osa, ¡puches! Había que acabar igualmente con las crías... y saber lo que había sido de la perruca, que ni salía ni "agullaba"... Bueno estaba de entender el caso; pero había que verlo, ¡puches!

Por mucha prisa que se dio Chisco en seguir a su camarada para acompañarle, no habiendo podido contenerle con razonamientos, cuando llegó al boquerón ya volvía Pito con la perruca faldera, abierta en canal, en una mano; en la otra, un osezno como un botijo y la escopeta debajo

del brazo. Dijo que quedaban otros dos como él, y se volvió a buscarlos, después de arrojar al que traía contra un lastrón del suelo y de entregar a Chisco lo que quedaba de la perruca, para que viéramos él y yo si aquello tenía compostura por algún lado. ¡Puches, cómo le afligía aquella desgracia!

La caverna tenía muy poco fondo: se veía bastante en ella con la luz que recibía por la boca, y por eso se hacían muy fácilmente todas aquellas maniobras de Pito. El cual reapareció al instante con las otras dos crías de la osa, asegurando que no quedaban más que huesos mondados en la cama.

Por el aire andaban aún los dos oseznos, arrojados por Pito desde la embocadura de la covacha, cuando "Canelo" salió disparado como una flecha y latiendo hacia la entrada de la cueva grande. Yo, que estaba muy cerca de ella, miré a Chisco y leí en sus ojos algo como la confirmación de un recelo que él hubiera tenido. Observar esto y amenguarse la luz de la cueva como si hubieran corrido una cortina delante de su boca, por el lado del carrascal, fue todo uno.

—¡El machu!—exclamó Chisco entonces.

Pero yo, que estaba más cerca que él de la fiera y mereciendo los honores de su mirada rencorosa, como si a mí sólo quisiera pedir cuentas de los horrores cometidos allí con su familia, sin hacer caso de consejos ni de mandatos, apunté por encima de "Canelo", que defendía valerosamente la entrada, a riesgo de matarle, disparé un cañón de mi escopeta. La herida, que fue en el pecho, lejos de contenerle, le enfureció más, y dando un espantoso rugido arrancó hacia mí, atropellando a "Canelo", que en vano había hecho presa en una de sus orejas. Faltándome terreno en que desenvolver el recurso de la escopeta, di dos saltos atrás, empuñando el cuchillo, pero ciego ya de pavor y perdida completamente la serenidad. Desde el fondo de la cueva salió otro tiro entonces, el de la espingarda de Pito. Hirió también al oso, pero sólo le detuvo un momento, lo bastante para que el mozo de Robacio le hundiera la hoja de su cuchillo por debajo del brazo izquierdo hasta la empuñadura. Fue el golpe de gracia, porque con el se desplomó la fiera patas arriba, yendo a caer su cabeza sobre el pescuezo de la osa, donde le arranqué, con otro tiro de mi revólver, el último aliento de vida que le quedaba.

A pesar de ello, los dos mozones volvían a cargar sus escopetas. ¡Para qué, Señor! ¿Es posible que quedaran en toda la cordillera o en todo el mundo sublunar más osos que los que allí yacían a nuestros pies, entre chicos y grandes, vivos y muertos? Después nos miramos los tres cazadores, como si tácitamente hubiéramos convenido en que era imposible cometer mayores barbaridades que las que acabábamos de cometer, y que

solamente por un milagro de Dios habíamos quedado vivos para contarlas. Esta escena muda, que fue brevísima, acabó por echar Pito el sombrero al aire; es decir, por estrellarle contra la bóveda erizada de puntas calcáreas; Chisco hizo lo propio, yo no quise ser menos que los dos. Luego nos dimos las manos, y juro que al estrechar la de Chisco entre las mías latió mi corazón a impulsos del más vivo agradecimiento. ¿Qué hubiera sido de mí sin su empuje sereno y valeroso?

"Canelo", a todo esto, cuando no se lamía los arañazos, poco profundos, que le rayaban la piel en muchas partes, jadeaba y gruñía, con el hocico descansando sobre sus brazos juntos y tendidos hacia adelante, pero con los ojos clavados en los oseznos, que rebullían entre las asperezas del suelo y charcos de sangre, como gusanos muy gordos. No contaban, por las trazas, más que una semana de nacidos. Cogíolos uno a uno Chisco por el pellejo del cerviguillo y los fue arrojando a la barranca por encima de la cornisa desde el fondo de la cueva. Iba a hacer lo mismo con la perruca, después de asegurar a Pito que "aqueyu" no tenía costura ni remiendo posible, porque había quedado "vacía por dentro", como a la vista estaba; pero Pito quiso dar mejor destino que el de los oseznos al cadáver del pobre animalejo, tan inicuamente sacrificado, y propuso que le enterrásemos en la sierra, y a ello asentimos de buena gana Chisco y yo. ¡Puches, cómo amargaba a Pito aquella pesadumbre el placer de la victoria!"

(JOSE MARIA DE PEREDA: *Peñas Arriba.* "Una cacería en la montaña.)

La meseta

Hombres de montaña cruzaron las cordilleras donde el invasor no llegó nunca, para ganar, primero, el Duero, y después, el Tajo o el Ebro..., y acabaron por descubrir las vírgenes aguas del Amazonas o del Misisipí.

Pero coronar los puertos, subiendo desde el Cantábrico o desde Castilla, es ganar otro paisaje, inventar una mirada nueva.

"Desde Pajares o desde Leitariegos, vueltos de espaldas a Castilla, nos parece haber curado de una peligrosa alucinación. ¿Qué vemos ahora?

Lo primero que, mirando hacia Asturias, vemos los castellanos es que no vemos. Hechos a nuestra atmósfera, lanzamos la mirada al viento sin preocupación ni sospecha. En Castilla, mirar suele ser disparar la flecha visual al infinito; ni al salir de la pupila ni en el resto de su trayectoria encuentra obstáculo alguno. Cuando se ha hartado de volar en el vacío, la rauda saetilla cae por su propio peso y se hinca en un punto de la tierra que es ya casi un punto del cielo. En Castilla, la mirada crea y fija el horizonte, como según Darwin, en la Pampa llanísima al pie elige y a la par crea el camino.

Pues bien: la primera mirada incauta que desde Pajares dirigimos al otro lado es siempre un fracaso visual. Apenas abanadona la córnea se encuentra enredada en una sustancia algodonosa donde pierde su ruta cien veces: es la niebla, la niebla perdurable, que sube a bocanadas, como un aliento hondo del valle. Al través de ella, cayendo y levantando, azorada y temblorosa, logra la mirada castellana rehacerse, y sola, en medio de la niebla, recoge sus bríos y de una postrera arrancada rectilínea. ¡Paf! A la mitad de su carrera choca definitivamente con algo imperforable: es la vertiente frontera del valle, la loma de la collada vecina, la frente del cerro que corona el ámbito. La pobre mirada cae rodando y malherida."

(JOSE ORTEGA Y GASSET: *El espectador.* "Notas de andar y ver".)

En la planicie de la meseta, la distancia se anula. Recuerdo haber caminado viendo durante horas la torre de la catedral de Segovia (emergida sobre los páramos, como si fuese la de un submarino) sin acabar de dar alcance a su pie. Es tierra que invita a proseguir y que hace a los hombres austeros y audaces en sus formas más altas: ascetas y místicos. Tierra donde se forjaron conquistadores como este hidalgo, que, desterrado, abandona la casa solariega:

"El Cid sale de Vivar, a Burgos va encaminado,
allí deja sus palacios, yermos y desheredados.
Los ojos de Mío Cid mucho llanto van llorando;
hacia atrás vuelve la vista y se quedaba mirándolos.
Vio cómo estaban las puertas, abiertas y sin candados;
vacías quedan las perchas, ni con pieles ni con mantos,
sin halcones de cazar y sin azores mudados.

Suspira el Cid, porque va de pesadumbre cargado.
Y habló, como siempre habla, tan justo y tan mesurado:
"¡Bendito seas, Dios mío, Padre que estás en lo alto!
Contra mí tramaron esto mis enemigos malvados."
Ya aguijan a los caballos, ya les soltaron las riendas.
Cuando salen de Vivar ven la corneja a la diestra,
pero al ir a entrar en Burgos la llevaban a su izquierda.
Movió Mío Cid los hombros y sacudió la cabeza:
"¡Animo Alvar Fáñez, ánimo; de nuestra tierra nos echan,
pero cargados de honra hemos de volver a ella!"
Ya por la ciudad de Burgos el Cid Ruy Díaz entró.
Sesenta pendones lleva detrás el Campeador.
Todos salían a verle, niño, mujer y varón;
a las ventanas de Burgos mucha gente se asomó.
¡Cuántos ojos que lloraban de grande que era el dolor!
Y de los labios de todos sale la misma razón:
"¡Qué buen vasallo sería si tuviese buen señor!"

(*Poemas de Mío Cid.* Versión moderna de Pedro Salinas.)

La Alcarria

Cabalgan Mío Cid y sus compañeros—los que comparten su pan—hacia otro centro de España, donde Aragón y las Castillas se unen a las tierras que anuncian el Mediterráneo. Pasan cerca de Madrid, corriendo las tierras del Henares para subir después por la Alcarria, tierra de miel y jarales:

"El viajero, a la caída de la tarde, baja hasta el río. A la izquierda, Tajuña arriba, va el camino de Masegoso y de Cifuentes; a la derecha, Tajuña abajo, el de Archilla o el de Budia. El viajero está indeciso y se sienta en una cuneta, de espaldas al pueblo, de cara al río, a esperar el momento de la decisión. Recostado sobre la mochila, está cómodo y descansado. La mochila le coge justo la espalda, hasta los riñones, y le hace un respaldo alto, acogedor, un poco duro quizá.

Por poniente, cruzan lentas, alargadas como culebrillas, unas nubecitas rojas, de bordes precisos, bien dibujados. Dicen que las nubes de color de fuego, a la puesta del sol, presagian calor para el día siguiente. El río corre rumoroso, rápido, por la vega, y a su orilla, silban los pajaritos de la tarde, croan las últimas ranas de la tarde. Se está fresco, sentado al borde de la carretera, a la sombra de un olmo, después de un día caluroso en el que se han caminado algunas leguas y se ha pateado, de un lado para el otro, un pueblo grande y recién descubierto. Cruza, con su vuelo cortado, un caballito del diablo. Pasan dos chicas jóvenes subidas en un burro manso, que anda despacio, con la cabeza inclinada hacia adelante. Van muy juntas, riéndose a carcajadas, con el pelo adornado con amapolas. Algún campesino que se ha pasado el día trabajando la tierra —cavando las judías, escardando el cebollino, regando las lechugas—vuelve, camino de Brihuega, con la azada al hombro, la tez curtida por el sol y el aire, la noble, antigua frente, sudorosa. Ante el viajero, al borde del río, una mujer corta juncos con un cuchillo. La mujer llegó con una niña pequeña de la mano. La niña va descalza, con los brazos al aire, y lleva un lazo morado, grande como un murciélago, sobre la despeinada cabeza rubia. Al llegar a la orilla, mientras la madre apila las varitas de junco, la niña corta lirios en silencio. Llega a tener un montón tan grande como ella misma, un montón con el que no podrá cargar. Zumban los enjambres dentro de las colmenas, en el colmenar que hay a diez pasos del viajero, y el campo huele con un olor profundo, penetrante, distante, casi hiriente.

Al viajero le pesan los párpados. Quizá, incluso, haya dormido algún instante, con un sueño ligero, sin darse cuenta. Está inmóvil, a gusto, sin sentir las piernas, en la misma postura que tomó al sentarse. No hace frío ni calor.

Un perrillo de rastrear conejos pasa por la cuneta. El viajero enciende un puro que compró en Guadalajara. El humo sube despacio, derecho, formando, a veces, tenues volutas azules. Un gato rubio mira al viajero desde un árbol. No se mueve una brizna de aire.

Por la cuesta abajo viene, con calma, distraídamente, un hombre que camina detrás de un burro. El hombre anda como un caballero en derrota. Lleva la cabeza erguida y el mirar vago, como perdido. Tiene los ojos azules. El burro es un burro viejo, con el pelo gris y el espinazo en arco. Fijándose bien, podría vérsele una sangrante matadura, negra de moscas, en el cuello afelpado..."

(CAMILO JOSE DE CELA: *Viaje a la Alcarria.*)

El Cid

Aledaños de esta tierra son las vertientes del Ebro, donde gana Mío Cid el castillo de Alcocer. Pero los moros comprenden el peligro de su presencia en la ribera del Jalón y ponen sitio a la fortaleza. Y el Cid rompe el asedio con esta batalla:

"Al cabo de tres semanas, cuando la cuarta va a entrar,
Mío Cid de sus guerreros consejos quiere tomar:
"El agua nos la han quitado, puede faltarnos el pan
y escaparnos por la noche no nos lo consentirán.
Muy grandes sus fuerzas son, para con ellos luchar,
decidme vos, caballeros, qué es lo que hacerse podrá."

Habla el primero Minaya, caballero de fiar:
"De Castilla la gentil nos desterraron acá,
si no luchamos con moros no tendremos nuestro pan.
Seiscientos somos nosotros y aún creo que algunos más;
no nos queda otro remedio, por Dios que en el cielo está:
en cuanto amanezca el día vayámoslos a atacar."
Díjole el Campeador: "Así quería oir hablar;
ya sabía yo, Minaya, que os habría de honrar."
A los moros y a las moras afuera los manda echar
para que el intento suyo no lo vayan a contar.
Por el día y por la noche se empiezan a preparar.
Otro día, de mañana, cuando el sol quiere apuntar,
armado está Mío Cid y aquellos que con él van.
El Campeador habló lo que ahora me oiréis contar:
"Todos nos saldremos fuera, ninguno aquí quedará;
tan sólo estos dos peones que la puerta han de guardar.
Si morimos en el campo al castillo nos traerán;
si ganamos la batalla gran botín nos tocará.
Vos, Pedro Bermúdez, esta bandera mía tomad;
como sois bravo la habréis de llevar con lealtad,
mas no os adelantéis sin que me lo oigáis mandar."
Al Cid le besó la mano, la bandera fue a tomar.
Abren las puertas y afuera del castillo salen ya.
Las avanzadas al verlos al campamento se van.
¡Qué prisa se dan los moros! Todos se empiezan a armar.

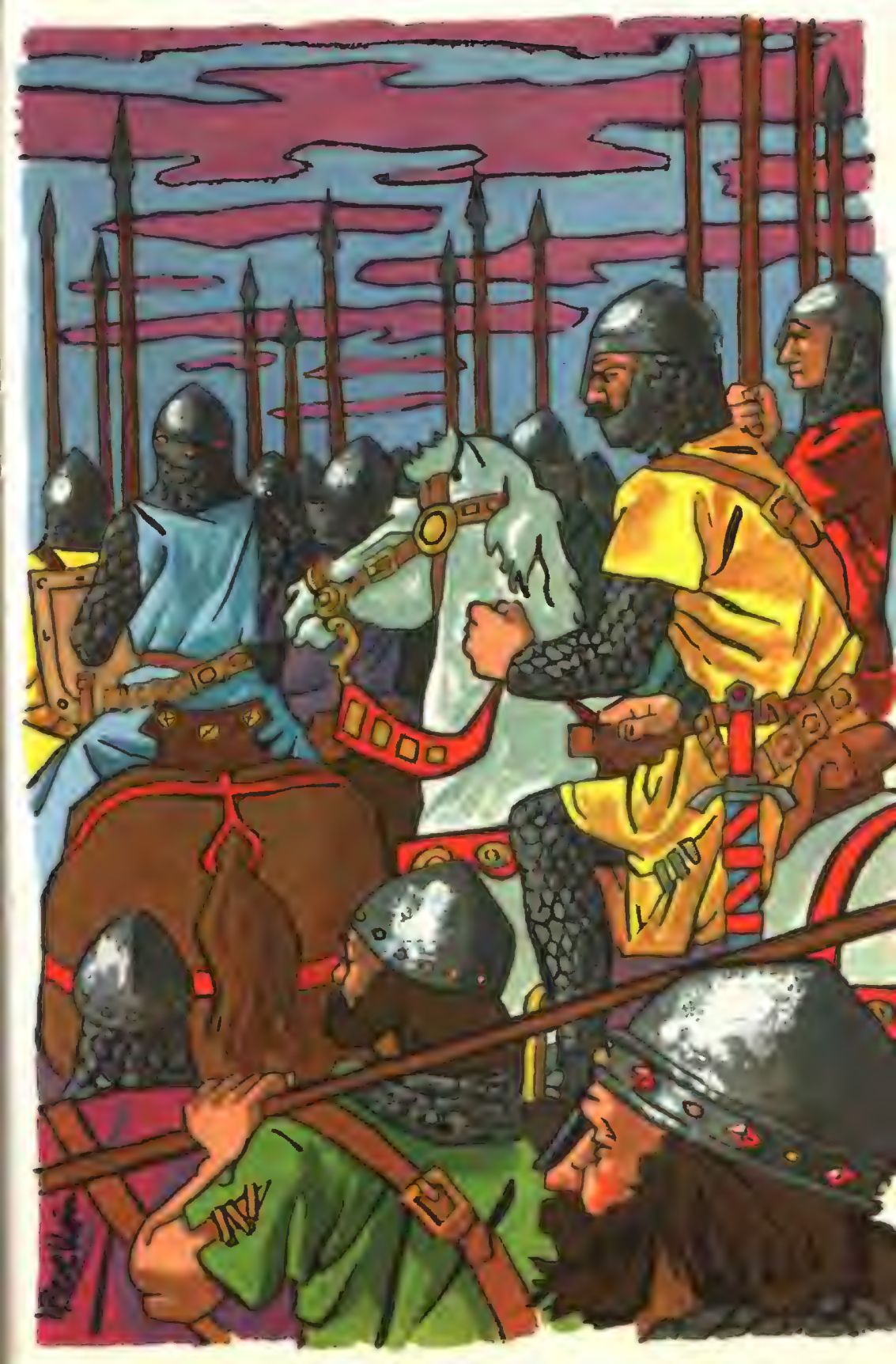
Del ruido de los tambores la tierra se va a quebrar.
Vierais allí a tanto moro armarse y en lucha entrar.
Al frente de todos ellos dos grandes banderas van,
y los pendones más chicos, ¿quién los podría contar?
En las filas de los moros empieza el avance ya.
con Mío Cid y los suyos se querían encontrar.
Dijo el Cid: "Estaos todos quedos en este lugar,
que nadie salga de filas sin que me lo oiga mandar."
Aquel buen Pedro Bermúdez no puede aguantarse más,
bandera en mano comienza su caballo a espolear.
"¡Que el Creador nos asista, Cid Campeador leal!
En medio de aquella tropa voy la bandera a llevar;
los que deben defenderla ya me la defenderán."
Dijo entonces Mío Cid: "¡No lo hagáis, por caridad!"
Repuso Pedro Bermúdez: "Tal como digo se hará."
Su caballo espoleó y entra donde había más.
Los moros ya la bandera le quieren arrebatar;
hiérenle, mas la loriga no se la pueden quebrar.
Dijo entonces Mío Cid: "¡Valedle, por caridad!"

35

Embrazaron los escudos delante del corazón,
las lanzas ponen en ristre envueltas con su pendón,
todos inclinan las caras por encima del arzón
y arrancan contra los moros con muy bravo corazón.
A grandes voces decía el que en buen hora nació:
"¡Heridlos, mis caballeros, por amor del Creador;
aquí está el Cid, Don Rodrigo Díaz el Campeador!"
Todos caen sobre aquel grupo donde Bermúdez se entró.
Eranse trescientas lanzas, cada cual con su pendón.
Cada guerrero del Cid a un enemigo mató;
al revolver para atrás otros tantos muertos son.

36

Allí vierais tantas lanzas, todas subir y bajar;
allí vierais tanta adarga romper y agujerear;
las mallas de las lorigas allí vierais quebrantar,



y tantos pendones blancos que rojos de sangre están
y tantos buenos caballos que sin sus jinetes van.
A Santiago y a Mahoma todo se vuelve invocar.
Por aquel campo caídos, en un poco de lugar,
de moros muertos había unos mil trescientos ya.

37

¡Qué bien que estaba luchando sobre su dorado arzón
Don Rodrigo de Vivar, ese buen Campeador!
Está con él Alvar Fáñez, el que Zurita mandó;
el buen Martín Antolínez, ese burgalés de pro;
Muño Gustioz, que en la misma casa del Cid se crió;
Martín Muñoz, el que estuvo mandando Montemayor;
Alvar Salvadores y el buen Alvar Alvaroz;
ese Galindo Garcíaz, buen guerrero de Aragón,
y el sobrino de Rodrigo, por nombre Félez Muñoz.
Con ellos la tropa entera del Cid en la lucha entró
a socorer la bandera y a su Cid Campeador.
Al buen Minaya Alvar Fáñez le mataron el caballo,
pero a socorrerle fueron las mesnadas de cristianos.
La lanza tiene quebrada, a la espada metió mano;
aunque luchaba de pie buenos tajos iba dando.
Ya le ha visto Mío Cid Ruy Díaz el Castellano;
se va para un jefe moro que tenía buen caballo
y con la mano derecha descárgale fuerte tajo,
por la cintura le corta y le echa en medio del campo.
Al buen Minaya Alvar Fáñez le fue a ofrecer el caballo.
"Cabalgad en él, Minaya, que vos sois mi diestro brazo.
Hoy de todo vuestro apoyo me veo necesitado;
muy firmes están los moros, no nos ceden aún el campo,
es menester que otra vez fuerte les arremetamos."
Montó a caballo Minaya y con su espada en la mano,
por entre las fuerzas moras muy bravo siguió luchando.
Enemigos que él alcanza la vida les va quitando.
Mientras tanto, Mío Cid de Vivar, el bienhadado,
al emir Fáriz tres tajos con la espada le ha tirado,
le fallan los dos primeros, el tercero le ha acertado;
ya por la loriga abajo va la sangre destilando,
vuelve grupas el emir para escaparse del campo.
Por aquel golpe del Cid la batalla se ha ganado.

10.—VIDA Y ANTA.

39

El buen Martín Antolínez un buen tajo a Galve da:
los rubíes de su yelmo los parte por la mitad,
la lanza atraviesa el yelmo, a la carne fue a llegar;
el rey moro el otro golpe ya no lo quiso esperar.
Los reyes Fáriz y Galve derrotados están ya.
¡Qué buen día fue aquél, Dios, para la cristiandad!
Por una y por otra parte los moros huyendo van.
Los hombres de Mío Cid los querían alcanzar;
el rey en Terresa se ha llegado a refugiar,
pero a Galve no quisieron abrirle la puerta allá;
a Calatayud entonces a toda prisa se va.
Pero el Cid Campeador le persigue sin parar,
y va detrás del rey moro hasta la misma ciudad.

40

Al buen Minaya Alvar Fáñez bueno le salió el caballo,
de esos moros enemigos ha matado a treinta y cuatro;
de tajos que dio su espada muy sangriento lleva el brazo,
por más abajo del codo va la sangre chorreando.
Dijo Alvar Fáñez: "Ahora ya contento me he quedado,
a Castilla las noticias en seguida irán llegando
de que en batalla campal victoria el Cid ha ganado."
Muchos moros yacen muertos; pocos con vida dejaron
que al perseguirlos sin tregua alcance los fueron dando.
Van volviendo los guerreros de Mío Cid bienhadado;
andaba el Campeador montado en su buen caballo,
la cofia lleva fruncida, su hermosa barba mostrando,
echada atrás la capucha y con la espada en la mano.
A sus guerreros miraba, que ya se van acercando.
"Gracias al Dios de los cielos, Aquel que está allí en alto,
porque batalla tan grande nosotros la hemos ganado."

(*Poema del Cid.* Versión de P. Salinas, series 34-40.)

Valle del Ebro

Si ahora siguiésemos la sangre que tiñe el Jalón, iríamos a reunirnos con las aguas que en Peña Labra son origen del Ebro. Y entraríamos en Aragón, la tierra más áspera y rica de España: la Ribera y Los Monegros. Tierra dura, bronca. Y los hombres enteros llenos de esperanza, con permanente voluntad de victoria sobre las dificultades. Tierra de Alfonso el Batallador, cuyo nombre vale un poema.

Escucha cómo son los paisanos del más grande científico de nuestros últimos siglos:

"Aun cuando trunque y altere el buen orden de la narración, diré ahora algo de mi aldea natal, que, conforme dejo apuntado, abandoné a los dos años de edad. De mi pueblo, por tanto, no guardo recuerdo alguno. Además, mis relaciones ulteriores con el nativo no han sido parte a subsanar esta ignorancia, puesto que se han reducido solamente a solicitar, recibir y pagar serie incalculable de fes de bautismo. Carezco, pues, de patria, de patria chica bien precisa (en virtud de la singularidad ya mentada de pertenecer Petilla a Navarra, no obstante estar enclavada en Aragón). Contrariedad desagradable de haberme dado el naipe por la política; pero ventaja para mis sentimientos patrióticos, que han podido correr más libremente por el ancho y generoso cauce de la España plena.

Así y todo, y después de confesar que mi amor por la patria grande supera, con mucho, al que profeso a la patria chica, he sentido más de una vez vehementes deseos de conocer la aldehuela humilde donde nací. Deploro no haber visto la luz en una gran ciudad, adornada de monumentos grandiosos e ilustrada por genios; pero yo no pude escoger, y debí contentarme con mi villorrio triste y humilde, el cual tendrá siempre para mí el supremo prestigio de haber sido el teatro de mis primeros vagidos y la decoración austera con que la Naturaleza hirió mi retina virgen y desentumeció mi cerebro.

Impulsado, pues, por tan naturales sentimientos, emprendí, hace dieciocho años, cierto viaje a Petilla. Después de determinar cuidadosamente su posición geográfica (que fue arduo trabajo) y de estudiar el enrevesado itinerario (tan escondido y fuera de mano está mi pueblo), púseme en camino. Mi primera etapa fue Jaca; la segunda, Verdún y Tiermas (villa ribereña del Aragón, célebre por sus baños termales), y la tercera y última, Petilla.

Hasta Verdún y Tiermas existe hermosa carretera, que se recorre en los coches que hacen el trayecto de Jaca a Pamplona; pero la ruta de Tiermas a Petilla, larga de tres leguas, es senda de herradura, flanqueada por montes escarpadísimos, cortada y casi borrada del todo, en muchos parajes, por ramblas y barrancos.

Caballero en un mulo, y escoltado por peatón conocedor del país, púseme en camino cierta mañana del mes de agosto. En cuanto dejamos atrás las relativamente verdes riberas del Aragón, apareciósemela típica, la desolada, la tristísima tierra española. El descuaje sistemático de los bosques había dejado las montañas desnudas de tierra vegetal. Sabido es que en estas tristes comarcas cada aguacero, en vez de ser grata esperanza del agricultor, constituye trágica amenaza. Precisamente dos días antes ocurrió tormenta devastadora. Campos antes fecundos aparecían cubiertos de légamo arcilloso, y la denudación de valles y laderas se habían convertido en ríos y arroyos, en barrancos y pedregales.

A medida que me aproximaba a la aldea natal, apoderábase de mí inexplicable melancolía, y que llegó al colmo cuando me hizo escuchar el guía al tañido de la campana, tan extraña a mi oído, como si jamás lo hubiera impresionado.

No dejaba, en efecto, de ser algo singular mi situación sentimental. Al regresar al pueblo natal, todos los hombres saborean anticipadamente el placer de abrazar a camaradas de la infancia y adolescencia; alegre su espíritu el grato recuerdo de comunes placeres y travesuras; todos, en fin, ansían recorrer las calles, la iglesia, la fuente y los alrededores del lugar, en los cuales cada árbol y cada piedra evoca una emoción o un recuerdo agradable. Yo sólo—me decía—tendré el triste privilegio de hallar a mi llegada por único recibimiento la curiosidad, acaso algo hostil, y la frialdad de los corazones. Nadie me espera, porque nadie me conoce.

Y, sin embargo, me engañaba. El cura y el Ayuntamiento habían barruntado mi visita y me aguardaban en la plaza del pueblo. Y hubo además un episodio conmovedor. Al pie del altozano, coronado por la aldea, cierta anciana, que no tenía la menor noticia de mi excursión y que se ocupaba en lavar ropa a la vera de un arroyo, volvió de pronto el rostro, dejó su faena y, encarándose conmigo y mirándome de hito en hito, exclamó: "¡Señor!... Si usted no es don Justo en persona, tiene que ser el hijo de don Justo. ¡Es milagroso!... ¡La misma cara del padre!... ¡No me lo niegue usted! ¿Vive aún la señora Antonia? ¡Qué buena y qué hermosa era!..."

Felicité a la pobre anciana por su admirable memoria y excelentes sentimientos, y dejando en sus manos una moneda, continué mi ascensión a Petilla.

Es Petilla uno de los pueblos más pobres y abandonados del Alto Aragón, sin carreteras ni caminos vecinales que lo enlacen con las vecinas villas aragonesas de Sos y Uncastillo, ni con la más lejana de Aoiz, cabeza del partido a que pertenece.

Sólo sendas ásperas y angostas conducen a la humilde aldehuela, cuyos naturales desconocen el uso de la carreta.

Alzase aquel castro en la cima del enhiesto cerro, estribación de próxima y empinada sierra, derivada, a su vez, según noticias recogidas sobre el terreno, de la cordillera de la Peña y de Gratal.

El panorama, que hiere los ojos desde el pretil de la iglesia, no puede ser más romántico y a la vez más triste y desolado. Más que asilo de rudos y alegres aldeanos, parece aquello lugar de expiación y de castigo. Una gran montaña, áspera y peñascosa, de pendientes descarnadas y abruptas, llena con su mole casi todo el horizonte; a los pies del gigante y bordeando la estrecha cañada y accidentado sendero que conduce al lugar, corre rumoroso un arroyo nacido en la vecina sierra; los estribos y laderas del monte, única tierra arable de que disponen los petillenses, aparecen como rayados por infinidad de estrechos campos dispuestos en graderías, trabajosamente defendidos de los aluviones y lluvias torrenciales por robustos contrafuertes y paredones; y allá, en la cumbre, como defendiendo la aldea del riguroso cierzo, cierran el horizonte y surgen imponentes colosales peñas a modo de tajantes hoces, especie de murallas cielópeas surgidas allí a impulso de algún cataclismo geológico. Al amparo de esta defensa natural, reforzada todavía por castillo feudal actualmente en ruinas, se levantan las humildes y pobres casas del lugar, en número de cuarenta a sesenta, cimentadas sobre rocas y separadas por calles irregulares, cuyo tránsito dificultan grietas, escalones y regueros abiertos en la peña por el violento rodar de las aguas torrenciales. Al contemplar tan mezquinas casuchas, siéntese honda tristeza. Ni una maceta en las ventanas, ni el más ligero adorno en las fachadas; nada, en fin, que denote algún sentido del arte, alguna aspiración a la comodidad y al confort. Bien se echa de ver cuando se traspasa el umbral de tan mezquinas viviendas, que los campesinos que las habitan gimen condenados a una existencia dura, sin otra preocupación que la de procurarse, a costa de rudas fatigas, el cotidiano y frugalísimo sustento.

Desgraciadamente, no es mi pueblo una excepción de la regla; así viven también, con leves diferencias, la inmensa mayoría de nuestros aldeanos. Su ignorancia es fruto de su pobreza. Para ellos no existen los placeres intelectuales, que tan agradable hacen la vida y cuya brevedad compensan.

¡Oh los heroicos labriegos de nuestras mesetas esteparias!... Amé-

mosles cordialmente. Ellos han hecho el milagro de poblar regiones estériles, de las cuales el orondo francés o el rubicundo y linfático alemán huirían como de peste. Y, de pasada, rechacemos, indignados, la brutal injusticia con que ciertos escritores franceses, italianos, ingleses y alemanes, y, en general, los felices habitantes de los países de yerba, desprecian o desdeñan a los amojamados, cenceños, tostados, pero enérgicos pobladores de las austeras mesetas castellanas, extremeña y aragonesa, como si esos humildes labriegos tuvieran la culpa de haber visto la luz bajo un sol de fuego y bajo un cielo implacablemente azul la mitad del año.

Pero arrastrado por mis pensamientos, olvido hablar de la visita a mi pueblo. Diré, pues, que a mi llegada fui recibido con grandes agasajos por el ecónomo, a quien el párroco, residente en otro lugar y sabedor de mi visita, habíame recomendado. Fina y generosa hospitalidad dispensáronme también diversas personas, particularmente algunos ancianos que se acordaban de mi padre, con quien me encontraban sorprendente parecido. Complacíanse todos en mostrarme su buena voluntad y en colmarme de agasajos, que yo agradecí cordialmente. Y para hacer agradable mi breve estancia allí, concertáronse algunas jiras campestres. Recuerdo entre ellas la exploración de las ruinas del vetusto castillo; la jira a los seculares bosques de la vecina sierra, y la visita a la modesta ermita, situada a corta distancia del pueblo, tenida en gran devoción, y en cuyas inmediaciones se extiende florido y deleitoso oasis, donde hubimos de reconfortarnos con suculenta y bien servida merienda. Mostráronme, también, la humilde casa en que nací, fábrica ruinosa casi abandonada, albergue hoy de gente pordiosera y trashumante. Algunas ancianas del lugar, que se ufanaban bondadosamente de haberme tenido en sus brazos, recordáronme la robustez de mis primeros meses, la incansable laboriosidad de mi madre y las hazañas quirúrgicas y cinegéticas de mi padre, cuya fama de Nemrod duraba todavía.

Al despedirme de los rudos, pero honrados montañeses, mis paisanos, oprimióseme el corazón: había satisfecho un anhelo de mi alma, pero llevábame una gran tristeza. Cierta voz secreta me decía que no volvería más por aquellos lugares; que aquella decoración romántica que acarició mis ojos y mi cerebro al abrirse por primera vez al espectáculo del mundo no impresionaría nuevamente mi retina; que aquellas manos de anciano, ennoblecidas con los honrosos callos del trabajo, no volverían a ser estrechadas con efusión entre las mías."

(SANTIAGO RAMON Y CAJAL: *Recuerdos de mi vida*, cap. II.)

Pirineos

El Ebro también recoge las aguas de los pequeños y altos valles en que se inició la Reconquista de la España oriental. El Aragón—curiosa coincidencia—le trae caudales de generosa sangre navarra, cálida siempre como el vinillo de la Ribera:

"Sólo Urzainki, en todo el valle del Roncal, mantiene su apego al monte sin embadurnarse de matices modernos, como si aún la tribu eúscara necesitase el asilo feudal de la cumbre para no ser sorprendida. En el resto del valle esta hosquedad salvaje se va perdiendo. Ustarroz tiene demasiadas casas blancas; Isaba posee prados mimosos, de sonrisa baztasena; Burgui es más aragonés que navarro; Vidango está demasiado aislado, y Garde ha perdido sus haces de leña, tumbados en la puerta, que decoran triunfalmente las fachadas de estas casas montañesas.

A pesar de su corto número de vecinos, Urzainki ocupa mucho espacio; cada vivienda tiene su calle natural, saturada de guijarros, más que libres, anárquicos. Unos son grandes y alegres porque no han sufrido el roce del dolor; otros, los del centro, fingen cierta aspiración igualitaria, gemela a la de los hombres; algunos tienen sus carnes mutiladas, acribilladas, heridas; son verdaderas piltrafas berroqueñas que sólo aspiran a derretirse en la nada.

Gracias a tan extraña topografía, las casas abarcan una gran extensión. El pueblo entero, como sus habitantes, posee los pulmones de los semidioses.

En las mañanas claras el humo de sus chimeneas, cual blanca oriflama, se enreda en un romance patriarcal con las copas de los pinos. Pero cuando el aire viene de arriba, de las crestas nevadas, el humo, en vez de subir a lo alto, se mete por las ventanas, ahuma las viejas paredes y acaba envolviendo al pueblo en un fulgor de batalla, semejante a los viejos grabados del ciclo napoleónico. Entonces el pueblo adquiere cierto sabor dramático y un color de bronce; las casas parecen haces de guerreros que luchan contra el bosque, y sus puertas son escudos y rodelas que vigilan y defienden este diario trajín.

De todos los valles de la montaña navarra, el del Roncal es la célula más pura; sólo él conserva un gesto de guerrero. Baztán presume femenilmente, tiene demasiada dulzura. La Ulzama está conquistada por Pamplona, que, con su empaque de ciudad burguesa, va enhollinándola de

prejuicios y costumbres mediocres. Azcoa es demasiado joven para desbordarse. Roncesvalles y Burguete se empiezan a transformar comercialmente. De Santesteban a Vera, las cinco villas, esmaltadas de chalets, pronto tendrán una sonrisa fofa de hostelero.

Así, pues, las tribus puras necesitan bajar de más alto: de estas barranqueras roncalesas, salpicadas de pinos agrestes; de estas neveras tan altas que sólo se dejan hollar por la andadura pastoril de sus iberos indígenas. Aquí la raza tiene la fortaleza de todos los Renacimientos."

(FELIX URABAYEN: *La última cigüeña.*)

Valles del Pirineo, la barrera difícil donde Roldán encontró su última desventura. Pirineo suave, casi femenino, en las laderas de la dulce Francia; agreste, viril en su dureza por los contrafuertes de España:

"En la quietud de estos valles
llenos de dulce añoranza,
tiemblan, bajo el cielo azul,
las esquilas de las vacas;
se duerme el sol en la yerba,
y, en la ribera dorada,
sueñan los árboles verdes,
al ir lloroso del agua.
El pastor descansa, mudo
sobre su larga cayada,
mirando al sol de la tarde
de primavera, y las mansas
vacas van, de prado a prado,
subiendo hacia la montaña,
al son lejano y dormido
de sus esquilas con lágrimas.
...Pastor, toca un aire viejo
y quejumbroso en tu flauta;
llora en estos grandes valles
de languidez y nostalgia,
llora la yerba del suelo,
llora el diamante del agua.

llora el ensueño de sol
y los ocasos del alma.
¡Que todo, pastor, se inunde
con el llanto de tu flauta:
al otro lado del monte,
están los campos de España!

(JUAN RAMON JIMENEZ: *Pirineos.*)

Mediterráneo catalán

Siguiendo las riberas del Ebro, buen sitio para nuestras tiendas, moriremos dulcemente en el Mediterráneo por el delta de Tortosa, tierras ya de Tarragona:

"Los campos tarraconenses son de un paisaje casi helénico. El sol de septiembre—que es el mes en que los atravesé—los baña de plácido resplandor y los ojos se alegran viendo los clásicos cultivos de la vid, del olivo y del almendro, que hacen labradores tocados con la barretina roja o morada, hermana gemela del gorro de Frigia. Los pastores de la tierra son aficionados a tocar el flaviol o caramillo, en dura competencia con las cigarras atalayadas en los olivos. La ribera está tan cerca, que la brisa del mar mezcla su hálito salino con el aromático del tomillo, del espliego y del romero; y no pocas veces blancas gaviotas, dejando la playa, salen a dar una volada por los campos. Sin gran esfuerzo, uno se representa los paisajes sicilianos de las églogas de Mosco.

Pasado el Francolí, empieza a verse la ciudad de Tarragona, un tiempo colonia romana y cabeza de una gran parte de España. Dispersados aquí y acullá, se descubren soberbios vestigios del poder de Roma: las tres puertas ciclópeas de las murallas, el anfiteatro, el templo de Augusto, al arco que dicen de Bará y el grandioso acueducto, del que se conservan restos magníficos. El mejor panorama que se disfruta en la ciudad es el extremo de la Rambla desde una cornisa que, hacia la derecha, deja ver el mar azul, y hacia la izquierda, la verde campiña."

(CIRO BAYO: *Lazarillo español.*)

Hay en Tarragona, entre la muralla y el mar, un pequeño promontorio rocoso que, con ese certero instinto que los hombres tienen, llaman "el balcón del Mediterráneo". Hace un par de años hice una rapidísima visita a Tarragona con un grupo de muchachos como tú. Y, con ser toda ella una constante llamada a nuestra atención, nos pasamos gran parte de nuestro escaso tiempo mirando al mar, el mismo mar que veníamos contemplando desde Barcelona.

Porque tiene aquí el Mediterráneo un indefinible encanto que nos prende, nos llena de inquietud marinera. Puede que tengan la culpa de esto las esculturas griegas y romanas que duermen, bajo unas olas que son caricia siempre, esperando las descubra un moderno hombre rana o, más simplemente, un buceador con pulmones de pescador de perlas. Cuando leo en los periódicos—cosa que ocurre con cierta frecuencia—la noticia de uno de estos descubrimientos, no puedo menos de recordar a estas sirenas de piedra, tal vez las mismas cuyo canto escuchó Ulises.

Una desazón semejante a la nuestra debieron sentir los hombres del joven rey Jaime I cuando, en este mismo lugar, embarcaron para la reconquista de las doradas Islas Baleares. Y realizar después las de Valencia y Alicante, sin apenas separarse de este mar cargado de historia que presenció asombrado las victoriosas singladuras de Roger de Lauria; las increíbles hazañas de los almogávares, que salvaron a Bizancio y regalaron a sus reyes el ducado de Atenas con sólo gritar a sus espaldas, "¡desperta, ferro!"; mar que recogió amoroso la sangre de Cervantes vertida en Lepanto, dándole, a cambio de su brazo izquierdo, una ironía que los antiguos llamaron "sal ática", sin acíbar, hondamente humana.

Desde entonces hay abierta una ruta a los hombres de España por la mar en calma. Por eso creo que debemos asomarnos a sus playas con las palabras dulces de la lengua catalana. Tal vez apenas puedas comprenderlas, pero quisiera que demostrases la capacidad de entendimiento del amor:

La mar estava alegre, aquest migdia;
tota era brill i crit i flor d'escuma,
porquè feia molt sol i el vent corria.
Al lluny se veia un gran mantell de bruma.
Damunt les ones, amb les veles dretes,
les barques hi brincaven com cabretes.
Flameja, al sol ponent, l'estol de veles
en el llunyà confí del cel i l'aigua.
La mar, inquieta, con un pit sospira

en la platja reclosa i solitària.
D'on pot venir l'inquetud de l'ona?
Ni un núvol en el cel... ni un alè d'aire...
D'on pot venir l'inquietud de l'ona?
Misteri de la mar! L'hora és ben dolça.
Flameja, al sol ponent, l'estol de veles.

(JOAN MARAGALL: *El pas de l'any*, fragmento.)

Levante

Todo esto pensaremos si hemos plantado nuestras tiendas a la sombra de los pinos parasoles que crecen muy cerca de la estrecha playa. Y si soñando en una guardia de madrugada, embarcásemos en una de las pequeñas lanchas cuyas luces cambiantes brillan casi el horizonte, recorreríamos estas costas de nuestro Levante que huelen a sal y azahar. De sus pueblos, repletos de recuerdos, muchos y maravillosos libros podríamos escribir: Peñíscola, Sagunto... Quiero darte sólo el recuerdo de uno cuyo nombre aprendes todos los años entre música de villancicos:

"Jijona surge súbita y audaz trepando por la sierra. Pero esta esquivez de pueblo abrupto va adornada de donaires, de travesura de doncella muy famosa que se sube por riscos y derrocaderos y enseña más gracias cuanto más cuida de cubrirse y huir. Las faldas de sus montes están plegadas por graderías de una elegancia latina, alfombradas de pámpanos. Los racimos se maduran y enfrían dulcemente en la cepa hasta Navidad. Los frutales dan una frescura y abundancia selectas. Sigüenza recoge siempre en Jijona una emoción de femeneidad, de atildamiento.

Destaca en este lugar la mujer, mujer de cabellera abundosa y trenzada, blanca como la carne de los manzanos de sus huertos; su sonrisa, florece de promesas; todo su cuerpo, hermoso; el movimiento, rítmico y sabio. Aun siendo humildes, parecen de un misterio y suavidad de altas señoras porque poseen la aristocracia del color y de la forma; y aun siendo viejas, arrugaditas, guardan una claridad, una perfección expresiva de miniatura de damas.

Se agrupan las mujeres en los hondos zaguanes mondando almendras,

acomodando los macizos de turrones en las cajitas de chopo, envolviendo las uvas de ámbar. Suenan sus cánticos, sus risas. Predomina el temperamento femenino en el trabajo, en las fiestas, en toda la vida del pueblo serrano.

Cree también Sigüenza que la dulce industria de Jijona favorece a ese triunfo de la mujer. Una mujer primorosa en la confitura predispone a verla exquisita, y la exquisitez llega a dar la ilusión de la belleza. Y Jijona vive del dulce. ¿Es que no hay hombres allí? Sí que los hay. Hay nobles y hasta doctos varones, buenos hacendados, maridos que juegan a la brisca, frailes de la Orden de San Francisco, mozos con un sombrero felpudo, advertidos y linces para cuidar aquella tierra morena y espléndida, y principalmente turroneros. Pero a los jijonencos los imaginamos siempre andariegos y remotos, ofreciendo a toda la Humanidad los apretados paneles del turrón, los pastelillos que se funden con deliciosos sabores de fruta, almíbares y escarchas que sólo nos parecen labrados por las manos gordezuelas, por las manos pulidas y delgadas de las mujeres de Jijona."

(GABRIEL MIRO: *El libro de Sigüenza.)*

Y acabando de copiar estas líneas caigo en la cuenta de que el Levante español es, justamente, lo que Jijona simboliza. Yo le llamaría "dulzura de España".

Centro de España: Toledo

Pero hemos de volver al mismo valle casi del Henares que el Cid ha cabalgado contra corriente, camino de Valencia la clara, porque aún nos queda mucha España, y muy importante.

Parece como si el ejemplo del hidalgo desterrado moviese a su rey, celoso de su fama. Y Alfonso VI conquista la ciudad capital perdida por don Rodrigo, Toledo, cuyo secreto espíritu conocemos gracias a las agudas y líricas palabras de Marañón.

Nosotros acamparemos entre la puerta de la Bisagra y la ermita del legendario Cristo de la Vega. Después de erguir nuestras tiendas, subiremos a la ciudad por la Cuesta del Cristo de la Luz, atravesando la puerta

amurallada del Sol. Y si nos perdemos por cualquiera de sus callejas, sabremos que Toledo no fue capital del Imperio por casualidad. Porque en ella se funden—en un estilo único—todas las culturas que sobre esta vieja piel de toro han florecido:

"Hay en Toledo una calle estrecha, torcida y oscura, que guarda tan fielmente la huella de las cien generaciones que en ella han habitado, que habla con toda elocuencia a los ojos del artista, y le revela tantos secretos puntos de afinidad entre las ideas y las costumbres de cada siglo, que yo cerraría sus entradas con una barrera y pondría sobre la barrera un tarjetón con este letrero:

"En nombre de los poetas y de los artistas, en nombre de los que sueñan y de los que estudian, se prohibe a la civilización que toque a uno solo de estos ladrillos con su mano demoledora y prosaica."

Da entrada a esta calle, por uno de sus extremos, un arco macizo, achatado y oscuro, que sostiene un pasadizo cubierto. En su clave hoy un escudo, roto ya y carcomido por la acción de los años, en el cual crece la hiedra, que, agitada por el aire, flota sobre el casco que lo corona, como un penacho de plumas.

Debajo de la bóveda y enclavado en el muro se ve un retablo con su lienzo ennegrecido e imposible de descifrar, su marco dorado y churrigueresco, su farolillo pendiente de un cordel y sus exvotos de cera.

Más allá de este arco, que baña con sus sombras aquel lugar, dándole un tinte de misterio y tristeza indescriptibles, se prolongan a ambos lados dos hileras de casas oscuras, desiguales y extrañas. Unas ostentan blasones groseramente esculpidos sobre la portada; otras son de ladrillo y tienen un arco árabe que le sirve de ingreso, dos o tres ajimeces abiertos a capricho en un paredón agrietado y un mirador que termina en una alta veleta. Las hay que no pertenecen a ningún orden de arquitectura y que tienen, sin embargo, un remedo de todas.

Estas tienen un balcón de madera con un cobertizo disparatado; aquéllas, una ventana gótica, recientemente enlucida y con algunos tiestos de flores; la de más allá, unos pintorreados azulejos en el marco de la puerta, clavos enormes en los tableros y dos fustes de columnas, tal vez procedentes de un alcázar morisco, empotrados en el muro.

El palacio de un magnate convertido en corral de vecindad; la casa de un alfaquí habitada por un canónigo; una sinagoga judía transformada en oratorio cristiano; un convento levantado sobre las ruinas de una mezquita árabe, de la que aún queda en pie la torre; mil extraños y pintorescos contrastes, mil y mil curiosas muestras de distintas razas, civilizaciones y epo-

peyas, compendiadas, por decirlo así, en cien varas de terreno. He aquí todo lo que se encuentra en esta calle..."

(GUSTAVO ADOLFO BECQUER: *Leyendas.*)

Extremadura

Las aguas del Tajo llevaron los endecasílabos de Garcilaso para que Camoens cantase las hazañas incontables de los lusitanos desde Lisboa a Calicut, redondeando Africa por el Cabo de las Tormentas. A la atardecida aún puede escucharse su música inolvidable, música de imperios. Si seguimos su canto, vega abajo, llegaremos a Extremadura. A la derecha del río, según vamos, en Yuste, esperó su muerte el Emperador hace ahora justamente cuatrocientos años; a la izquierda, en Trujillo, nacía Francisco Pizarro, conquistador del Imperio Inca, de una tierra muchísimo más grande que toda España. Son los campos de Extremadura.

"Siete años llevo mirando a Portugal desde esta pica de tierra extremeña que es Valencia de Alcántara. Atalaya española erguida sobre la dulzura lusa, en los mapas semeja este rincón la punta de una amorosa flecha de fuego acariciando el costado portugués. Ultima saeta de soledad que trasvola y signa, audazmente, el entresuelo y cielo, el clima vivo de Extremadura, Saeta de soledad. De soledumbre infinita, porque aquí, en Valencia de Alcántara, se ha parado el tiempo, el aire se ha dormido, no pesa la paz traslúcida del azul...

Valencia de Alcántara, ángulo agudo, avanzado, de nuestra frontera occidental, es, en definitiva, un pueblo ágil, luminoso. Trae un paisaje comarcano de fino temple extremeño: rocas desnudas, tiernas cañadas ondulantes, alcornoques desollados, chumbos rendidos de sed. Saltarinas, las fachadas emergen en lo alto de un cabezo y los tejados se retuercen para verter a un dédalo de callejuelas solitarias, pinas, silenciosas, repteantes.

Pero en esas calles tranquilas se pasean, del brazo, la sencillez y el contento, lo apacible, el ensueño, la claridad.

El pueblo extremeño es sosegado, acaso melancólico: nunca triste o sombrío, árido ni estéril. Mirándolo, yo no concibo la melancolía en forma de pasividad; permanente, morosa, vaga o intensa puede ser; mas en su

fondo no late un principio de sequedad, sino de fosforescencia; no será, el suyo, un hastío de yermo; es, en fin, un estado de saturación saudosa, dulce, de corazón en carne viva. Por algo en estas calles, en los aleros voladizos de sus balcones, se rinde un culto a la flor mucho más férvido que en los pueblos dolientes de Castilla. El tiempo se ha dormido aquí, mas no para desfallecer en congojosa ataxia; se ha dormido para soñar y alcanzar antes, de un brinco, las estrellas."

(PEDRO DE LORENZO: ... *Y al Oeste, Portugal.*)

Galicia

Por oscuras razones que tal vez no acertaría a explicarte nunca, las riberas del Tajo, junto a la raya portuguesa, me traen el melancólico eco de las tierras gallegas. Acaso porque Extremadura y Galicia sean tierras de emigrantes y conquistadores, de hombres fuera de sí y de sus hogares. Gentes que han rodeado el ancho mundo llevando clavado en el cristal vivo del recuerdo la imagen tierna de la tierra solariega. Puede que sean las palabras portuguesas que escuchamos ya en Valencia de Alcántara. Pero el recuerdo se ha hecho canción, canción de despedida a las aguas imperiales:

"Adiós ríos, adiós fontes,
adiós regatos pequenos
adiós vista dos meus ollos,
non sei cándo nos veremos.

Miña terra, miña terra
terra donde m'eu criey
hortiña que quero tanto,
figueiriñas que prantey.
Prados, ríos, arboredas,
pinares que move ó vento,
paxariños piadores,
casiña de meu contento.
Muhiño d'os castañares,
noites craras de luar,

campaniñas timbradoras
dá igresiña dó lugar.
.....
¡Adiós tamén, queridiña...
Adiós por sempre quizáis!...
Dígoch' este adiós chorando
desd' á veriña do mar.
Non m' olvides, queridiña,
si morro de soidás...
Tantas légoas mar adentro...
¡Miña casiña!, ¡meu lar!"

(ROSALIA DE CASTRO: *Cantares gallegos, XV*, fragmento.)

La Mancha

Pero si, salvando el Tajo por el puente de San Martín, llevamos nuestras mochilas por las laderas donde se asientan los cigarrales gratos a Tirso de Molina, hallaremos la misma ruta que, por Sonsemi y Orgaz, cruzando la serrezuela de Yébenes, llevaron los cruzados europeos que el arzobispo don Rodrigo Ximénez de Rada convocara para la jornada de las Navas. Y, siguiendo una carretera difícil para los automóviles, buena para nosotros, entraríamos—por las Guadalerzas—en la ancha tierra que los árabes llamaron la Mancha, "la alta".

Tierra de aceite en el monte toledano, de pan y vino. Con alegrías de azafrán en Albacete o inquietudes de mercurio ("plata viva", decían los antiguos) por Almadén. Tiene un río de oscuro nacimiento, muy viejo en la mansa corriente de sus aguas; muy joven en la esperanza de sus vegas bajas, en los campos de Mérida romana.

De la Mancha de Don Quijote, Dulcinea y Sancho oirás hablar cientos de veces: son las tierras ensoñadas de Argamasilla de Alba. Por eso me gustaría hablarte de la Mancha alta—fronteras de Ciudad Real y Albacete—, donde yo aprendí que el Guadiana nace:

"De Argamasilla de Alba nos fuimos a las Lagunas de Ruidera, todavía por tierras del Gran Priorato de San Juan. Antes paramos en Peñarroya.

Perellón

El castillo de Peñarroya fue primero musulmán y luego dio amparo a la segunda población que la Orden de San Juan poseyó en la Mancha; desapareció más tarde el pueblo, y quedó sólo la fortaleza arruinada, con la vieja ermita que guardaba dentro y la nueva iglesia erigida en el XVII, bajo la misma advocación de Nuestra Señora de Peñarroya. Al pie de estas ruinas está en marcha la construcción de la presa para el futuro pantano del Guadiana, cuya primera piedra se puso, sufrido lector, en 1920. Treinta años ha estado esperando esa piedra a que el Estado le trajese compañeras de oficio; hace sólo un par de ellos que el tesón del gobernador ha conseguido, para estas obras, el ritmo necesario. Por lo visto, antes no corría prisa embalsar aquí, en medio de esta reseca llanura polvorienta, los cuarenta y cuatro millones de metros cúbicos de agua que van a regar, si Dios quiere, ocho mil hectáreas de tierras secularmente sedientas.

De la aldea de Ruidera, que está próxima y ya a la cabeza de la primera laguna, tendría no poco que contarte, porque en las fábricas de pólvora que allí había puso las ilustradas manos el gran don Juan de Villanueva, y aún se nota en la nobleza del palacio, que apenas se tiene, y en las ruinas de molinos, puentes y batanes que se caen. Pero no quiero pasar sin gritar esto: Ruidera no tuvo ni cura ni escuela hasta hace dos años; Ruidera, en pleno oasis, no alberga sino pobres jornaleros que no poseen ni un adarme de aquella tierra cuya riqueza viven casi de limosna. Recuerdo aquí la oscura razón de aquellos "embalses seculares de cólera" que, de tarde en tarde, se salen de madre, anegando nuestra tierra, y siento que sus aguas arrasadoras no son tan injustas como la injusticia sobre la que desencadenan su locura.

Pero la Laguna del Rey está ahí mismo, vamos hacia ella, y más allá, hasta contar las cuatro o cinco primeras, tan presumidas y hermosas en medio del secano, que cada una hace gala de un color distinto. Aquí nace el río—el *Wadi Ana* de los árabes—, para hundirse por primera vez durante un espacio de cuarenta kilómetros y reaparecer luego en los Ojos del Guadiana. El rosario de las Lagunas ocupa una longitud de quince kilómetros, repartidos entre las provincias de Ciudad Real y Albacete, y, aunque son muchas, tiene cada una su nombre: Del Rey, Colgada, San Pedro, Consejo, etc. No quiero repetirte lo que ya leerías, no hace muchos meses, que todo esto es tan bello como está abandonado. Sólo una industria hotelera ha instalado aquí una heroica avanzadilla, a cuya vera, bajo los altos pinos que miran su soledad en el agua blanca y verde de la Lguna, acampamos, cosa de las tres de la tarde, para almorzar a las expensas de José María del Moral."

(GASPAR GOMEZ DE LA SERNA: *Viaje a las Castillas.*)

En la Mancha—¡cómo sudamos nosotros bajo el sol de julio!—se quedaron los cruzados extranjeros que iban a las Navas de Tolosa con el impaciente Alfonso VIII. Pero nosotros continuamos buscando el otro mar que nos abraza. Por Puertollano y el Valle de Alcudia, o por Despeñaperros, por donde tú quieras, bajaremos a la tierra prometida de Andalucía varia, la que cambia su canto en cada comarca:

"Cádiz, salada claridad; Granada,
agua oculta que llora.
Romana y mora, Córdoba callada,
Málaga, cantora.
Almería, dorada.
Plateado Jaén. Huelva, a la orilla
de las tres carabelas,
y Sevilla."

(MANUEL MACHADO: *Canto a Andalucía.*)

En esta sinfonía de ocres, verdes y azules que forman el paisaje y la historia andaluza, yo creo encontrar tres tonos, tres ejes esenciales: Córdoba, Sevilla y Granada.

Córdoba

Recorrer Córdoba es, en cierta manera, pasear por dentro de nosotros mismos, abrirnos la intimidad del alma en el silencio recogido de sus patios o plazuelas. Como esta del Cristo de los Faroles, que es, ella misma, una bellísima oración al dolor y la soledad de Cristo crucificado.

Por eso me gustaría que, antes de ponerse el sol, en cualquiera de las pequeñas plazas que rodean a la Catedral que fue Mezquita, leyésemos juntos un fragmento de una carta escrita por Lucio Anneo Séneca a su amigo Lucilio, preocupado por un grave pleito en el que podía ser condenado a muerte.

Recuerdo que tratabas de este tópico: que no pararemos en la muerte de súbito, sino que nos encaminamos a ella paso a paso. Cada día morimos, cada día perdemos una porción de nuestra vida, y hasta cuando crecemos, nuestra vida decrece. Perdimos la infancia; después, la mocedad; después, la juventud. Hasta el día de ayer, todo el tiempo pasado está muerto, y aun el propio día de hoy nos lo partimos con la muerte. Tal como no es la postrera gota la que interrumpe el chorro en la clepsidra, sino todas las que habían manado anteriormente, así aquella postrera hora en que dejamos de ser no es la única en producir la muerte, sino en consumarla; entonces llegamos a la muerte, pero hace tiempo que hemos ido caminando hacia ella. Exponiendo esta idea con tu acostumbrada elocuencia, siempre grande, pero nunca tan penetrante como cuando tomas prestadas las palabras a la verdad, dijiste:

"La muerte no viene toda a la vez: la que se nos lleva es la última muerte."

Prefiero que leas esto y no mi carta, pues de esta suerte verás que la muerte que tenemos es la postrera, pero no la única."

(LUCIO ANNEO SENECA: *Cartas a Lucilio.* Carta XXIV. Trad. de J. Bofill.)

Séneca está hondamente enraizado en nuestro pueblo. Ese torerillo que nos mira entre curioso y divertido, esta madrugada convencía a su madre —en un sueño de verónicas—para que le dejase torear: "¡Pero si de toas maneras tenemos que morirnos!" Y el sesudo Angel Ganivet buscaba nuestra esencia en el eje diamantino de nuestro senequismo.

Sevilla

A la mañana siguiente, con el alba que los gallos picotean, continuaremos nuestra marcha, río abajo, camino de Sevilla, la ciudad sin adjetivos. Parece como si toda Sevilla estuviera hecha no para vivir en ella, sino para alegrar al visitante: ciudad que España ofrece al mundo para que ría y cante. Pero también hay una Sevilla dolorosa, que se siente cercana a la muerte. Tal vez vayamos al hospital que fundó don Juan de Mañara, donde

Valdés Leal pintó la más descarnada—agusanada—muerte de nuestro arte trágico. Tal vez nos gocemos por las glorietas del parque de María Luisa o los invisibles surtidores del Alcázar...

Pero, sin duda alguna, visitaremos juntos el último, definitivo trono de nuestro Santo Patrón en la capilla de los Reyes, el pie mismo de la Giralda. Todos vosotros habéis leído en clase de español cómo murió, según el relato que nos ha dejado el P. Mariana. Pero me gustaría que oyeses algunas de sus últimas palabras. Difíciles palabras, que aún suenan como mandato para todos los que somos españoles:

"Señor, te dejo toda la tierra de la mar acá, que los moros, del rey Rodrigo de España ganado ovieron, en tu señorío finca toda: la una conquerida, la otra tributada. Si en este mismo estado en que te la dexo la sopieres guardar, eres tan buen rey como yo; si ganares por ti más, eres mejor rey que yo; si esto menguas, non eres tan bueno como yo."

(ANTONIO BALLESTEROS: *Historia de España*, tomo III, 1.ª parte, pág. 19.)

De Sevilla al mar, el río va cruzando campos de toros bravos y viñedos donde se cría el mejor vino de España. Y los labriegos—que ya no son tan serios como Séneca, el cordobés, porque su gravedad está atemperada por la ironía—saben buscar el humano sentido de la vida como este "Séneca" con quien habla uno de los más finos andaluces de hoy:

"Parecía un grupo escultórico, de un naturalismo primitivo, entre franciscano y mitológico, el que forma el "Séneca", acariciando maternalmente a su galgo "Cigüeño", echado sobre sus rodillas. El "Cigüeño" tenía la cara larga y achatada, de serpiente, manchada de canela, apoyada suavemente sobre el hombro del "Séneca", y, entornando sus ojos tristes, parecía querer indicar que se enteraba de cuanto su amo le decía.

—¿Qué haces, "Séneca"?

—Consuelo al "Cigüeño", don José. Lo matriculé este año, como todos, en las carreras de liebres... Y ahí lo tiene usted: él, cargado de victorias, ha sido descalificado. Es su jubilación.

—¿Una injusticia?

—No; justicia pura. Corría en el llano de "la Ina". Usted sabe que en él, rompiendo la igualdad de la gran sabana verde de tréboles y gramilla, hay un solo mechón más alto, formado por unos escaramujos y una zarza lobera. Cuando las liebres se han visto acosadas por los galgos en varias direcciones, sin caer en sus dientes, acaban siempre refugiándose en esa trinchera de ramas y púas que les sirve de "perdedero". Muchas se han salvado allí... El "Cigüeño" ha corrido demasiadas veces en ese llano. Cuando le soltaron hoy para la prueba, mientras su compañero se disparaba tras la liebre, el "Cigüeño" se fue con un trotecillo casi sonriente y, desentendiéndose de la carrera, se plantó a la vera de la zarza. Allí esperó a pie quieto. Créame usted, don José, que me pareció que se sonreía con su larga boca negra de diablo. A los pocos minutos, la liebre llegó a refugiarse en la trinchera. La cazó de un salto... Momentos después, el señor marqués, que era el juez de la carrera, lo descalificaba con lágrimas en los ojos. Me lo trajo con pena, y me decía, aparte: "Se trataba, amigo "Séneca", de ser ligero, no de ser listo."

—¿Y crees que tenía razón? ¿Llegar a tanta sabiduría no es más maravilloso que llegar a tanta velocidad?

—No lo crea usted, don José. En las liebres, como en la vida, hay que estar a las reglas del juego. También son maravillosos los ángeles. Pero no servirían para jugar una partida de "tute", adivinando ellos cada carta que iba a salir... Todas las cosas tienen su "perdedero", su zarza lobera: las mujeres, los negocios, la política... Todo tiene su trampa, su punto de vulgar emboscada, donde la cosa se alcanza sin esfuerzo. Pero esto no debe saberse. Cuando ya se sabe, viene la Muerte, nos descalifica y nos saca de la carrera para que no hagamos una competencia demasiado desleal a los enamorados, a los trabajadores, a los sencillos, a los que corren derecho, por el llano, detrás de la liebre.

Tomaba entre sus manos sapientes la cabeza chata y entristecida del "Cigüeño".

—Fíjese usted cómo la Naturaleza lo dice a gritos. ¿Qué parte ocupa esta cabecita de viborilla al lado del pulmón inmenso, que le coge la largura toda del cuerpo? Todo está hecho para la carrera, no para la malicia. Los hombres, lo mismo. La cabeza es una séptima parte del cuerpo, hecho todo él para la alegría y la fuerza. La vida es ciega y sencilla como el viento o como la cosecha. Todos esos "problemas" que hay por el mundo se promueven cuando rebasan de una séptima parte el número de los que se niegan a correr... El "Cigüeño" está bien descalificado, porque el diablo le ha entrado en el cuerpo.

—¿El diablo?

—Yo he leído que el diablo es pura inteligencia. A mí no tenían que

decírmelo. Yo noto en la vida, revolviéndolo todo, una listura sin cuerpo, es decir, sin contrapeso ni estorbo. ¿Usted no ha visto con qué facilidad se bebe la primera copa, se hace la primera caricia o se sisa la primera peseta? Todo está dispuesto con declive sabio y maligno. Yo siento la tentación como la cercanía viva de una gran perspicacia. El diablo nos espera siempre en la zarza lobera.

El "Cigüeño" levantaba hacia su amo sus ojos metálicos.

—El me escucha. Sabe que le deshonro. Estar sobre el juego es el modo glorioso de terminar la carrera. Así la terminaron casi todos los grandes hombres. Así la terminó también aquel caballo del marqués: el "Aguilito". Al cabo de muchas carreras en el hipódromo, se negó un día, en absoluto, a salir. Había entendido que se trataba, en definitiva, de correr para llegar a aquel mismo sitio. Y optó por quedarse allí desde el primer momento, como diciendo: "Ya estoy." No logró convencer a sus jueces, y le descalificaron. Es natural: ni la vida ni las carreras pueden subsistir si le quitamos su fundamental, maravillosa y ciega estupidez. ¿Qué sería del progreso si se difundiera demasiado ese secreto andaluz que sabe que, como se trabaja para poder descansar, no deja de ser razonable empezar por el final, o sea por el descanso? ¿Qué sería de la Historia si se extendiera demasiado esa ciencia italiana de ganar las guerras que se pierden? Los pueblos viejos, como los hombres sabios, han de salir un poco de la carrera, como de un cesto de manzanas han de sacarse las que empiezan a reblandecerse de puro maduras.

Besó los hocicos largos y húmedos de su galgo. Terminó:

—Porque no hay sitio en el juego, ¿verdad "Cigüeño"?, para los que conocemos el secreto de la zarza lobera."

(JOSE MARIA PEMAN: *El "Séneca" y la zarza lobera.*)

Granada

Después de correr todo el valle del Guadalquivir hasta Sanlúcar, nos quedará aún por encontrar una ciudad deseada:

"Si tú quisieras, Granada,
contigo me casaría..."

dice el rey Don Juan en el romance de Abenamar, Granada, la última conquista, la de los Reyes Católicos. Pero también ellos iniciaron la última

cabalgata desde las aguas del Estrecho, donde Guzmán el Bueno clavó su puñal, haciendo brotar sangre de la tierra; donde aún mana sangre en la roca de Gibraltar.

Desde allí iremos a Granada por la Alhambra llorada, y la Santafé de piedra donde se firmó el descubrimiento de América. Por eso me gustaría que viésemos a Granada con palabras de un español de Nicaragua:

"Desde la Alhambra se mira el soberbio paisaje que presenta Granada y su vega deliciosa. A la derecha la antigua capital, el barrio actual de Albaicín, con sus tejados viejos, sus construcciones moriscas, su amontonamiento oriental de viviendas; al frente, la ciudad nueva, en que la universalidad edilicia sigue el patrón de todas partes; a la izquierda, la verde vega, con sus cultivos y sus inmensos paños de billar; más acá, cerca de la mansión de encajes de piedra, los cármenes, esas frescas y pintorescas villas, donde los granadinos cultivan en los ardientes veranos sus heredadas gratas perezas... En el fondo, la sierra coronada de blancura. En verdad, se sienten saudades del pasado. Se comprende el entusiasmo de los artistas que han llegado aquí a recibir una nueva revelación de la belleza de la vida. Se piensa en los novelescos guerreros y amadores que vinieron del Africa cercana a anticiparse en este país espléndido un poco del cielo mahometano. Nadie ha vivido la poesía como esa misteriosa y pensativa raza de hombres tristes de amor y de fatalidad. Su arte labra esas mansiones de recelo y de capricho con talento de abejas. La decoración viene de la Naturaleza misma, de las líneas florales, de las geometrías de la clara del huevo batido o de los cristales de la nieve. Su arco diríase imitado de las herraduras de sus caballos; sus columnas, de los datileros, o de los tallos de las azucenas. Y hay algo inaudito y de fantástico en todo esto, de manera tal, que vienen al pensamiento esas moradas ilusorias en que habitan los inmortales príncipes de los cuentos que cuenta la prodigiosa Scherezada... Los decoradores y ornamentistas aprovechan sus magníficas caligrafías para adornos; adornos que al mismo tiempo que los ojos, con sus combinaciones y bizarrías de caracteres, halagan la mente con el sentido de las suras o la significación de los versos...

El agua por todas partes: en las copiosas albercas, en los estanques que reproducen las bizarrías arquitecturales, en las anchas tazas, como la que sostienen los leones del famoso patio, o simplemente brotando de los surtidores colocados entre las lisas losas de mármol...

Al llegar a la pila en donde algo que se asemeja a una gran tacha sangrienta llama la atención del visitante, no escuchéis a los que os dicen que

Ginés Pérez de Hita inventa, y creed firmemente en que esa oscura mancha de mármol es debida a las rojas degollaciones de que se habla en las leyendas de zegríes y abencerrajes. Y cuando estéis en el patio de Lindaraja, no pongáis atención a los arabizantes que os pretenden explicar la etimología del hombre y negar la existencia de la linda figura; antes bien, imagináosla muy rosada, muy blanca, y con unos ojos almendrados, de negros mirares, como corresponde a una verdadera sultana de cuento."

(RUBEN DARIO: *Granada.*)

Gloria de España

Granada es, tal vez, la ciudad más literaria de España. Torres, patios, jardines... han llamado a escritores de todos los tiempos y países: Chateaubriand, Gautier, Washington Irving...; era difícil elegir entre ellos. He preferido darte su encanto en este trozo de Rubén Darío, porque a los pies de sus murallas bermejas—eso quiere decir Alhambra—nació América. Y porque Rubén Darío fue el primero en devolvernos, hecho verso sonoro, el fruto de la sangre que en la España del otro lado del mar dejaron nuestros antepasados.

Nuestra marcha ideal aún no ha terminado: aún quiero que ascendamos a las cumbres de España, a la Sierra Nevada cuyo nombre rebrotó en América. Bajaremos por la carrera de las Angustias, camino del Genil, y luego, río arriba, hasta las laderas del Veleta.

La subida es dura; estamos en la más alta carretera de España. Un alto en el camino junto al Hotel del Duque, y en la sobremesa me gustaría leer y comentar con todos vosotros a un escritor de hace poco tiempo, autor enamorado de la gloria y el dolor de España.

"Toda España es misionera en el siglo XVI. Toda ella parece llena del espíritu que expresa Santiago el Menor cuando dice al final de su Epístola que "al que hiciera a un pecador convertirse del error de su camino salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de los pecados" (V. 20). Lo mismo los reyes, que los prelados, que los soldados, todos los españoles del siglo XVI parecen misioneros. En cambio, durante los siglos XVI y XVII no hay misioneros protestantes. Y es que no podía haberlos. Si uno cree que la Justificación se debe exclusivamente a los mé-

Perellón

ritos de Nuestro Señor, ya poco o nada es lo que tiene que hacer el misionero; su sacrificio carece de eficacia.

La España del siglo XVI, al contrario, concibe la religión como un combate en que la victoria depende de su esfuerzo. Santa Teresa habla como un soldado. Se imagina la religión como una fortaleza, en que los teólogos y los sacerdotes son los capitanes, mientras que ella y sus monjitas de San José les ayudan con sus oraciones, y escribe versos como éste:

"Todos los que militáis
debajo de esta bandera,
ya no durmáis, ya no durmáis,
que no hay paz sobre la tierra."

Parece como que un ímpetu militar sacude a nuestra monjita de la cabeza a los pies.

La Compañía de Jesús, como las demás Ordenes, se habían fundado para la mayor gloria de Dios, y también para el perfeccionamiento individual. Pues, sin embargo, el paje de la Compañía, Rivadeneyra, se olvida, al definir su objeto, del perfeccionamiento y de todo lo demás. De lo que no se olvida es de la obra misionera, y así dice: "Supuesto que el fin de nuestra Compañía principal es reducir a los herejes y convertir a los gentiles a la santísima fe." El discurso de Laínez fue pronunciado en 1546; pues ya hacía seis años, desde primeros de 1540, que San Ignacio había enviado a San Francisco a las Indias, cuando todavía no había recibido sino verbalmente la aprobación del Papa para su Compañía.

Ha de advertirse que, como dice el Padre Astrain, los miembros de la Compañía de Jesús colocan a San Francisco Javier al mismo nivel que a San Ignacio "como ponemos a San Pablo junto a San Pedro, al frente de la Iglesia universal". Quiero decir con ello que lo que daba San Ignacio al enviar a San Francisco a Indias era su propio yo: si no iba él era porque, como general de la Compañía, tenía que quedar en Roma, en la sede central; pero al hombre que más quería y respetaba le mandaba a la catequización de las Indias. ¡Tan esencial era la obra misionera para los españoles!

El propio Padre Vitoria, dominico español, el maestro, directa o indirectamente, de los teólogos españoles de Trento, enemigo de la guerra como era y tan amigo de los indios, que de ninguna manera admitía que se les pudiese conquistar para obligarles a aceptar la fe, dice que, en caso de permitir los indios a los españoles predicar el evangelio libremente, no había derecho a hacerles la guerra bajo ningún concepto, "tanto si reciben como si no reciben la fe"; ahora que, en caso de impedir los

indios a los españoles la predicación del evangelio, "los españoles, después de razonarlo bien, para evitar el escándalo y la brega, pueden predicarlo, a pesar de los mismos, y ponerse a la obra de conversión de dicha gente, y si para esta obra es indispensable comenzar a aceptar la guerra, podrán hacerla, en lo que sea necesario, para oportunidad y seguridad en la predicación del Evangelio". Es decir, el hombre más pacífico que ha producido el mundo, el creador del Derecho internacional, máximo iniciador, en último término, de todas las reformas favorables a los aborígenes que honran nuestras Leyes de Indias, legitima la misma guerra cuando no hay otro remedio de abrir camino a la verdad.

Por eso puede decirse que toda España es misionera en sus dos grandes siglos, hasta con perjuicio del propio perfeccionamiento. Este descuido quizá fue nocivo; acaso hubiera convenido dedicar una parte de la energía misionera a armarnos espiritualmente, de tal suerte que pudiéramos resistir, en siglos sucesivos, la fascinación que ejercieron sobre nosotros las civilizaciones extranjeras. Pero cada día tiene su afán. Era la época en que se había comprobado la unidad física del mundo, al descubrirse las rutas marítimas de Oriente y Occidente; en Trento se había confirmado nuestra creencia en la unidad moral del género humano; todos los hombres podían salvarse; ésta era la íntima convicción que nos llenaba el alma. No era la hora de pensar en nuestro propio perfeccionamiento ni en nosotros mismos; había que llevar la buena nueva a todos los rincones de la tierra."

(RAMIRO DE MAEZTU: *España y Europa.* "Todo un pueblo en misión".)

Unidad de España

Siguiendo nuestra marcha al hilo del pensamiento por los duros repechos, olvidada ya la carretera, encuentro cierto paralelo entre nuestro ascenso y el de los hombres de España. Reuniendo esfuerzos y entusiasmo, fueron uniéndose las tierras de España en muchos siglos de lucha. Y sobre la diversidad de los paisajes y los climas y los modos de vida se levantó España unida, hecha nación, por la entrega entusiasta a un quehacer, a una tarea. Y nos pareció pequeña España. Y tampoco nos bastó con América. Por eso, si pudiéramos dirigir nuestros ojos al siglo XVI, "eje de nuestra historia":

"Hubiéramos visto, en primer lugar, un pueblo de teólogos y de soldados, que echó sobre sus hombros la titánica empresa de salvar con el razonamiento y con la espada la Europa latina de la nueva invasión de los bárbaros septentrionales, y en nueva y portentosa cruzada, no por seguir a ciegas las insaciadas ambiciones de un conquistador, como las hordas de Ciro, de Alejandro y de Napoleón; no por inicua razón de Estado, ni por el tanto más cuanto de pimienta, canela o jengibre, como los hebreos de nuestros días, sino por todo eso que llaman idealismos y visiones los positivistas; por el dogma de la libertad humana y de la responsabilidad moral, por su Dios y por su tradición, fue a sembrar huesos de caballeros y de mártires en las orillas del Albis, en las dunas de Flandes y en los escollos del mar de Inglaterra. ¡Sacrificio inútil, se dirá; empresa vana! Y no lo fue, con todo eso, porque si los cincuenta primeros años del siglo XVI son de conquistas para la Reforma, los otros cincuenta, gracias a España, lo son de retroceso; y ello es que el Mediodía se salvó de la inundación, que el protestantismo no ha ganado desde entonces una pulgada de tierra, y hoy, en los mismos países en que nació, languidece y muere. Que nunca fue estéril el sacrificio por una causa justa, y bien sabían los antiguos Dacios, al ofrecer su cabeza a los dioses infernales antes de entrar en batalla, que su sangre iba a ser semilla de victoria para su pueblo. Yo bien entiendo que estas cosas harán sonreir de lástima a los políticos y hacendistas, que, viéndonos pobres, abatidos y humillados a fines del siglo XVII, no encuentran palabras de bastante menosprecio para una nación que batallaba contra media Europa conjurada, y esto no por redondear su territorio ni por obtener una indemnización, sino por ideas de teología..., la cosa más inútil del mundo. ¡Cuánto mejor nos hubiera estado tejer lienzo y que Lutero entrara o saliera donde le pareciese! Pero nuestros abuelos lo entendían de otro modo, y nunca se les ocurrió juzgar de las grandes empresas históricas por el éxito inmediato. Nunca, desde el tiempo de Judas Macabeo, hubo un pueblo que con tanta razón pudiese creerse el pueblo escogido para ser la espada y el brazo de Dios; y todo, hasta sus sueños de engrandecimiento y de monarquía universal, lo referían y subordinaban a este objeto supremo: "Fiet unum ovile, et unus pastor." Lo cual hermosamente parafraseó Hernando de Acuña, el poeta favorito de Carlos V:

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad gloriosa en que proclama el Cielo
un pastor y una grey sola en el suelo
por suerte a vuestros tiempos reservada.
Ya tan alto principio en tal jornada

os muestra el fin de vuestro santo celo
y anuncian al mundo, para más consuelo,
un monarca, un imperio y una espada.
Ya el orbe de la tierra siente en parte
y espera en todo vuestra Monarquía,
conquistado por vos en justa guerra.
Que, a quien ha dado Cristo su estandarte,
dará el segundo, más dichoso día
en que, vencido el mar, venza la tierra.

(M. MENENDEZ PELAYO: *Historia de los Heterodoxos Españoles.*)

Sí; esto fue España con sus hombres unidos en una maravillosa empresa. Tal vez, como dijo cierto filósofo alemán, hemos pretendido demasiado. Pero fue este afán quien nos hizo nación, que es tanto como decir quien nos hizo nacer a la Historia.

En tu propia carne, en el ritmo del pulmón cansado, habrás notado cómo, al subir, se han apretado los íntimos vínculos que te unen a tu escuadra. Unidad de marcha, de canción y..., a veces, también de muerte, hecha sobre el común sacrificio de sus seis hombres. Yo guardo un antiguo y joven recuerdo de todas mis escuadras: de la comida, el agua, el sueño y la vigilia vividas en común. Vida tensa de familia unida por voluntad de esfuerzo. Tú o yo, solos, no hubiéramos alcanzado la cumbre. Sí, claramente sentimos en la flojedad de nuestros músculos que sólo con la ayuda de todos hemos podido coronar la cima. Y ahora, una sonrisa idéntica vive en seis miradas diferentes, asomadas por encima de las nubes.

Amor a España

Ahí está España. Desde la cumbre de Sierra Nevada, desde el Mulhacén, el Veleta o la Alcazaba, podremos mirarla por encima del tiempo y la distancia y amarla.

"¡Cómo tira de nosotros! Ningún aire nos parece tan fino como el de nuestra tierra; ningún césped más tierno que el suyo; ninguna música comparable a la de sus arroyos. Pero... ¿No hay en esta succión de la tierra

una venenosa sensualidad? Tiene algo de fluido físico, orgánico, casi de calidad vegetal, como si nos prendieran a la tierra sutiles raíces. Es la clase de amor que invita a disolverse. A ablandarse. A llorar. El que se diluye en melancolía cuando plañe la gaita. Amor que se abriga y se repliega más cada vez hacia la mayor intimidad; de la comarca al valle nativo, del valle al remanso donde la casa ancestral se refleja; del remanso a la casa; de la casa al rincón de los recuerdos.

Todo esto es muy dulce, como un dulce vino. Pero también, como el vino, se esconden en esa dulzura embriaguez e indolencia.

A tal manera de amar, ¿puede llamarse patriotismo? Si el patriotismo fuera la ternura afectiva, no sería el mejor de los humanos amores. Los hombres cederían en patriotismo a las plantas, que les ganan en apego a la tierra. No puede ser llamado patriotismo lo primero que en nuestro espíritu hallamos a mano. Esa elemental impregnación en lo telúrico. Tiene que ser, para que gane la mejor calidad, lo que esté cabalmente al otro extremo, lo más difícil, lo más depurado de ganas terrenas, lo más agudo y limpio de contornos, lo más invariable. Es decir, tiene que clavar sus puntales no en lo sensible, sino en lo intelectual.

Bien está que bebamos el vino dulce de la gaita, pero sin entregarle nuestros secretos. Todo lo que es sensual dura poco. Miles y miles de primaveras se han marchitado, y aún dos y dos siguen sumando cuatro, como desde el origen de la creación. No plantemos nuestros amores esenciales en el césped que ha visto marchitar tantas primaveras; tendámoslos, como líneas sin peso y sin volumen, hacia el ámbito eterno donde cantan los números su canción exacta.

La canción que mide la lira, rica en empresas porque es sabia en números.

Así, pues, no veamos en la Patria el arroyo y el césped, la canción y la gaita; veamos un destino, una empresa. La Patria es aquello que, en el mundo, configuró una empresa colectiva. Sin empresa no hay Patria; sin la presencia de la fe en un destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, en amores y colores locales. Calla la lira y suena la gaita. Ya no hay razón—si no es, por ejemplo, de subalterna condición económica—para que cada valle siga unido al vecino. Enmudecen los números de los imperios—geometría y arquitectura—para que silben su llamada los genios de la disgregación, que se esconden bajo los hongos de cada aldea."

(JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA: *La gaita y la lira.*)

Ser español

Pero sobre las cimas, en el techo de la Península, me preguntarás por el futuro de España. Porque tú no eres de ayer, sino de mañana. Y quieres ser fiel a la herencia—dolor y gloria amasados con sangre—y también a ti mismo: esperanza y fe ilusionada.

"Por eso, la responsabilidad que a los gobernantes de una nación incumbe es realmente tremebunda y, en ciertos momentos históricos, trágica. Ellos son, en efecto, los encargados de administrar la vida común de la nación, y para cumplir su cometido debidamente han de permanecer en todo instante absolutamente fieles al estilo nacional, lo cual quiere decir fieles a la nacionalidad, a la patria. El buen gobernante prolonga el pasado en el futuro y conduce la nación a novedades que tienen siempre el aire, el estilo de la más rancia prosapia nacional. No ha de hacer lo que él personalmente quiera, sino lo que esté dentro de la línea histórica, dentro del modo de ser nacional. En el gobierno de una nación, la voluntad individual es siempre capricho, y el capricho es justamente el salto incomprensible, la incoherencia, la infidelidad, la falta de estilo. De un hombre cuyos actos sucesivos no tienen la cohesión de una homogeneidad en la forma, en el modo, en el estilo, decimos justamente que carece de personalidad, que es infiel a su propio ser, que no tiene ser o esencia propios; es decir, que es poco hombre. Pues, del mismo modo, el nacionalismo, el patriotismo, el gobierno patriótico de una nación, consisten esencialmente en la fidelidad del pueblo y de los gobernantes al propio estilo secular, que es la propia esencia eterna. Y cuando acontece que un pueblo comete grave infidelidad a su estilo propio, entonces este acto equivale a su suicidio como nación. La Historia nos ofrece algunos ejemplos de ello. Por el contrario, los pueblos que en su vivir son siempre fieles a sí mismos, a su estilo nacional, pueden aguantar impávidos las más borrascosas vicisitudes de la Historia y son capaces ineluso de absorber, digerir, asimilar, nacionalizar, en suma, a sus propios conquistadores.

Pero si la perpetuación del estilo nacional es la condición primaria y fundamental para la existencia y persistencia de una nación; si la falta más grave que un gobernante puede cometer es la ruptura con la tradición del estilo nacional, esto no quiere decir que nacionalismo y gobierno nacionalista equivalgan a estancamiento, inmovilidad, y menos a un retroceso. Desde nuestro punto de vista, la palabra *tradición* adquiere aho-

ra un sentido claro, transparente, inequívoco. Tradición es, en realidad, la transmisión del "estilo" nacional de una generación a otra. No es, pues, la perpetuación del pasado; no significa la repetición de los mismos actos en quietud durmiente; no consiste en seguir haciendo o en volver a hacer "las mismas cosas". La tradición, como transmisión del estilo nacional, consiste en hacer todas las cosas nuevas que sean necesarias, convenientes, útiles; pero en el viejo, en el secular estilo de la nación, de la hispanidad eterna. El tradicionalismo no significa, pues, ni estancamiento ni reacción; no representa hostilidad al progreso, sino que consiste en que todo el progreso nacional haya de llevar en cada uno de sus momentos y elementos el cuño y estilo que definen la esencia de la nacionalidad.

España es, pues, un estilo, como toda auténtica nación. Hay en la nación española, sin duda, cierta afinidad de raza entre sus componentes humanos; hay en la nación española un idioma común, un territorio común, un pasado común, "glorias y remordimientos" comunes, un porvenir común; y, sin duda, también cada día la unidad nacional se manifiesta en la íntima adhesión que cada buen español tributa al pasado, al presente y al porvenir de España. Pero todos estos contenidos de la nacionalidad no son la nacionalidad misma. La nacionalidad se cifra y compendia en el "estilo", en cierto "modo de ser" que por igual ostentan todos y cada uno de los hechos, de las cosas, de los productos españoles. Ahora se nos plantea, pues, la segunda parte de nuestro empeño. ¿Cuál es ese estilo hispánico? ¿En qué consiste el estilo propio de la hispanidad? Problema difícil, y aun diríamos, en puridad, imposible de resolver. Porque los conceptos de que nos valemos para definir algo, aplícanse bien a las "cosas", a los "seres"; pero no pueden servir para aprehender un estilo; el cual no es cosa sin ser, sino un "modo" de las cosas, un modo de ser. Por eso, ni siquiera intentaremos "definir" el estilo español, y habremos de limitarnos al esfuerzo de "mostrarlo", de hacerlo definitivo, mediante un símbolo que lo manifieste. A mi parecer, la imagen intuitiva que mejor simboliza la esencia de la hispanidad es la figura del caballero cristiano."

(MANUEL GARCIA MORENTE: *Idea de la Hispanidad.*)

Ahora mira en torno a ti aprovechando la claridad de la mañana. Puedes ver Africa, el Mediterráneo y el Atlántico, que te traerá perfume de las Canarias, la tierra maravillosa—afortunada—que España tiene en la ruta americana. Sí; ahí tiene el ancho mundo. Está esperando. El mundo siempre espera palabras como llamas.

Enciéndelo de amor...

VOCABULARIO

A

ABETO
'árbol de alta montaña de tronco recto y copa cónica de ramas horizontales'.

A IGARRADAS (vestiduras)
'de varios colores mal combinados'.

ABSIDE
'parte abovedada que sobresale de la fachada posterior de una iglesia'.

ACATAR
'aceptar'.

ACÍBAR
'jugo de una planta, muy amargo'.

ADARME
'porción mínima de una cosa'.

ADOBES
'ladrillos de barro cocido al sol'.

ADUSTO
'seco, desabrido en el trato'.

AFRENTA
'deshonor que resulta de algún dicho o hecho'.

AGRAMAR
'majar el cáñamo o el lino para separar la fibra'.

AGUAZAL
'terreno donde se estanca el agua'.

AJIMEZ
'ventana de tipo árabe dividida en el centro por una columna'.

ALBEITAR
'veterinerie persona entendida en enfermedades de los animales'.

ALCANFOR
'sustancia sólida, blanca, de olor muy fuerte, que se emplea para conservar la ropa'.

ALEDAÑOS
'zona que se encuentra en las afueras de una ciudad o campo'.

ALFAQUÍ
'sabio o doctor de la ley entre musulmanes'.

ALPARGATA
'calzado con suela de cáñamo'.

ANCORA
'ancla'.

ANGOSTO
'estrecho'.

ANTAÑO
'antiguamente, en otro tiempo'.

AQUISTAR
'conquistar, conseguir por uno mismo'.

ARQUEÓLOGO
'sabio dedicado al estudio de la Prehistoria'.

ARZÓN
'fuste de la silla de montar'.

ASTEROIDE
'astro muy pequeño'.

ASUETO
'recreo, descanso'.

ATAXIA
'incapacidad de coordinar los movimientos voluntarios'.

ATRIO
'espacio cubierto que sirve de entrada a un edificio'.

ATUFARSE
'enfadarse'.

AURA
'viento suave y apacible'.
AVEZADO
'acostumbrado'.

B

BALLESTA
'antigua arma para disparar flechas'.
BARRETINA
'gorro usado por los campesinos catalanes'.
BLASÓN
'escudo de armas'.
BRAÑA
'pasto de verano donde hay agua y prado'.
BRIDÓN
'caballo brioso y arrogante'.
BROCAL
'antepecho alrededor de la boca de un pozo'.
BRONCÍNEO
'de bronce'.

C-CH

CARILDO
'Ayuntamiento'.
CALVERO
'zona despejada en el interior de un bosque'; 'también se aplica a una zona sin edificar en las afueras de una ciudad'.
CANDOROSO
'sincero y puro de espíritu'.
CARENAR
'reparar el casco de una nave'.
CEDRO
'árbol de la familia de las coníferas de madera aromática muy buena'.
CELOSÍAS
'especie de enrejado de madera'.
CENCEÑO
'delgado'.
CICLÓPEO
'propio de los Cíclopes, gigantes legendarios que tenían un solo ojo'.
CIERZO
'viento frío del Norte'.
CINEGÉTICO
'relativo a la caza'.
CISTERNA
'aljibe, depósito subterráneo donde se recoge y conserva el agua'.
CLAVE
'piedra central con que se cierra un arco'.
CONMISERACIÓN
'compasión'.
CORRERSE
'avergonzarse'.
CRIPTA (del templo)
'piso subterráneo destinado al culto en una iglesia'.
CRUSTÁCEO
'que tiene costra'.
CUADRILONGO
'rectangular'.
CHAPADO a la antigua
'persona muy apegada a los hábitos antiguos'.

D

DÉDALO
'laberinto'.
DESVÁN
'parte alta de la casa, inmediata al tejado, donde se guardan cosas inservibles'.
DONAIRE
'gracia, gallardía'.

E

ECÓNOMO (cura)
'sacerdote que regenta una parroquia vacante'.
EJARCIA
'jarcia', cuerdas que sirven para elevar o atar las velas de un buque'.
EMBALSAMAMIENTO
'acción de preparar un cadáver para evitar que se pudra, usando sustancias balsámicas o antisépticas'.
ENGREIR
'envanecer'.
ENJUTO
'delgado'.

ESBIRRO
'el que tiene por oficio prender a las personas o ejecutar personalmente órdenes de las autoridades'.

ESCOBIOS
'rápidos de un río'.

ESCUETO
'estricto, sin adornos'.

ESFINGE
'animal fabuloso con cabeza, cuello y pecho de mujer y cuerpo y pies de león'.

ESPADAÑA
'campanario formado por una sola pared en la que están abiertos los huecos para las campanas'.

ESTUCO
'masa de yeso blanco y agua de cola'.

ESTULTICIA
'necedad, tontería'.

EÚSCARA
'vasca'.

EVÓNIMOS
'tipo de arbusto, también llamado bonetero'.

EXHALACIÓN
'rayo, centella'.

EXVOTO
'ofrenda a Dios, a la Virgen o a los santos en recuerdo de un beneficio recibido'.

F

FACCIOSO
'rebelde'.

FALCÓN
'halcón, ave de presa que usaban los caballeros medievales para cazar'.

FALSAS
'desvanes, bohardillas'.

FIEL DE HECHOS
'encargado de ciertos servicios públicos que equivalía al actual secretario de un Ayuntamiento'.

FUEROS
'privilegio que se concedía a una provincia, ciudad o persona'.

G

GALERA
'nave antigua de vela latina y remo'.

GAVILANES (de una espada)
'cada uno de los hierros que forman la cruz de la guarnición de la espada'.

GAVILLA
'haz'.

GLEBA
'tierra de labor'.

GREY
'rebaño'.

H

HIERÁTICO
'se dice del estilo o ademán muy solemne, sin apenas movimiento'.

HIRSUTO
'se dice del pelo áspero y duro'.

HORNACINA
'hueco practicado en un muro para colocar en él una imagen o estatua'.

HÓRRIDAS
'horrendas'.

HOSCO
'ceñudo, áspero, intratable'.

HOZ
'garganta, desfiladero'.

I-J

IMPÁVIDO
'imperturbable'.

INCAUTO
'inocente, desprevenido'.

INDOLENCIA
'pereza'.

INFRASCRITO
'el que firma después de un escrito'.

JICOTE
'guisado de carne picada'.

JUBILACIÓN
'acción de licenciar a un funcionario por razón de edad o de enfermedad'.

JUSTO
'persona que cumple la ley de Dios'.

L

LANCE
'ocasión o momento crítico'.

Lapso
'período de tiempo'.

Latir
'ladrar'.

Laya
'clase, tipo'.

Legua
'medida de longitud equivalente a unos cinco kilómetros, esto es, una hora de camino'.

Litografías
'cuadros o dibujos reproducidos grabándolos sobre una piedra preparada al efecto'.

Lorica
'coraza de láminas pequeñas de acero'.

Lúcido
'claro en el razonamiento'.

Lúgubre
'triste, funesto, melancólico'.

Luso
'portugués'.

M

Macilento
'flaco, triste, descolorido'.

Magnate
'persona muy principal por su cargo o su poder'.

Membrudo
'robusto de cuerpo y miembros'.

Mentidero
'sitio donde concurre la gente ociosa'.

Meridional
'perteneciente o relativo al Sur'.

Mesarse
'arrancar o estirpar los cabellos o barbas con las manos'.

Mesurado
'moderado, templado'.

Mezquino
'miserable, muy pobre'.

Mezquita
'templo de la religión mahometana'.

Místico
'relativo a la unión del hombre con la Divinidad'.

N

Nefasto
'triste, funesto'.

O-P

Oasis
'lugar que posee agua y vegetación en un desierto'.

Obelisco
'monumento en forma de pilar muy alto'.

Orate
'loco'.

Oriflama
'cualquier estandarte o bandera'.

Parabién (darse él)
'felicitarse'.

Parva
'pobre, limitada'.

Pavero
'sombrero andaluz de ala ancha'.

Pendones
'bandera o estandarte pequeño usado antiguamente como insignia de un caballero'.

Pipa
'barril para llevar agua'.

Plateresco
'estilo español de ornamentación empleado en el siglo XVI'.

Precoz
'temprano, prematuro'.

Predilección
'preferencia'.

Prosaico
'falto de idealidad o elevación'.

Prosapia
'ascendencia o linaje de una familia'.

Prosternarse
'hincarse de rodillas, humillarse a los pies de otro'.

Q-R

Quimera
'pelea, discusión, creación imaginaria'.

Rabadán
'pastor'.

RABEL
'antiguo instrumento musical de cuerda'.

RÁPITA
'castillo o torre de defensa en la costa'.

RAPSODAS
'poetas populares que recitaban sus poemas o relatos en público'.

RECÓNDITO
'muy escondido, reservado'.

REDOMA
'vasija de vidrio que va estrechándose por la boca'.

REGAZO
'parte del cuerpo que va desde la cintura a las rodillas'.

REHABILITAR
'restituir a una persona a su cargo'.

RODELA
'escudo redondo y delgado'.

S

SANTO Y SEÑA
'palabras que se dan en el orden del día de una tropa para que puedan reconocerse los centinelas'.

SEPTENTRIONAL
'propio o relativo al Norte'.

SIGILOSAMENTE
'con mucho secreto'.

SINAGOGA
'templo de la religión hebrea'.

SIRGO
'seda natural'.

SOPOR
'sueño'.

SOTERRAÑA
'subterránea'.

SUTIL
'delgado, delicado, tenue'.

T

TARARDILLO
'insolación'.

TABLAS (jugador de)
'ajedrez'.

TACITURNO
'persona habitualmente callada, triste'.

TELÚRICO
'perteneciente o relativo a la Tierra'.

TITÁNICO
'propio de los titanes, gigantes fabulosos que pretendieron asaltar el cielo en la mitología clásica'.

TOMIZA
'cuerda hecha de esparto'.

TRAINERA
'barca de pesca'.

TRASHUMANTE
'se dice del que no tiene asiento o vivienda fija'; 'también se aplica al ganado que pasa los veranos en los pastos altos de las sierras'.

TRASMANAR
'rezumar el agua de una vasija de barro'.

TROJE
'granero, desván'.

TULLIDO
'que ha perdido el movimiento de un miembro de su cuerpo'.

U-V

UFANO
'orgulloso, contento, satisfecho'.

VARA
'medida de longitud equivalente a 836 milímetros'.

VELOCIPEDISTA
'ciclista'.

VEROSIMILITUD
'se dice de lo que parece verdadero'.

VICISITUD
'sucesión de unas cosas a otras muy diferentes'.

Indice de autores y textos

AGUSTI, Ignacio.
Mariona Rebull 115

ALARCON, Pedro Antonio de.
El Carbonero Alcalde 77

ALFONSO X.
Crónica general: "Loor de España"... 127

ALONSO, Dámaso.
Poemas puros 98

BALLESTEROS, Antonio.
Historia de España. Tomo III 163

BAROJA, Pío.
Los recursos de la astucia 95
Vidas sombrías 118

BAYO, Ciro.
Lazarillo español 153

BECQUER, Gustavo Adolfo.
Leyendas 161

BLASCO IBAÑEZ, Vicente.
La Barraca 107

BUSTOS, Eugenio de.
La hormiga blanca 55

CALDERON DE LA BARCA, Pedro.
La vida es sueño 50

CASONA, Alejandro.
Flor de Leyendas: "Guillermo Tell" 67

CASTRO, Rosalía de.
Cantares gallegos, XV 159

CELA, Camilo José.
Viaje a la Alcarria 141

CERVANTES, Miguel de.
Don Quijote de la Mancha. **Parte II** 85

DAUDET, Alfonso.
La última clase 46

FRANK, Waldo.
España virgen 124

GARCIA MORENTE, Manuel.
Idea de la hispanidad 174

GOMEZ DE LA SERNA, Gaspar.
Viaje a las Castillas 160

GUTIERREZ SOLANA, José.
Calles de Medina del Campo 99

JIMENEZ, Juan Ramón.
Platero y Yo 101

Pirineos 152

JUAN DE LA CRUZ, San.
Coplas a lo divino 48

LOPE DE VEGA.
Villancico 23

LORENZO, Pedro de.
...Y al oeste, Portugal 158

MACHADO, Antonio.
Soledades: "Recuerdo infantil" 35

MACHADO, Manuel.
Estampas sevillanas: "El tío Frasquito" 110
Canto a Andalucía 162

MAEZTU, Ramiro de.
España y Europa: "Todo un pueblo en misión" ... 168

MANRIQUE, Jorge.
Coplas 155

MARAGALL, Juan.
Los vivos y los muertos: "En la Sagrada Familia". 102
El pas de l'any 154

MARAÑON, Gregorio.
Elogio y nostalgia de Toledo 96

MARTINEZ RUIZ, JOSE.
Las confesiones de un pequeño filósofo 40

MATEO, San.
Evangelio 39

MENENDEZ PELAYO, Marcelino.
Historia de los heterodoxos españoles 170

MENENDEZ PIDAL, Ramón.
Romance IV de Los Infantes de Lara 18

MESONERO ROMANOS, Ramón de.
Escenas Matritenses: "Madrid a la luna" 112

MIRO, GABRIEL.
El libro de Sigüenza 155

MISTRAL, Federico.
Recuerdos y narraciones 90

ORTEGA Y GASSET, José.
El espectador: "Nota de andar y ver" 139

PABLO, San.
Epístola a los Romanos 76

PALACIO VALDES, Armando.
José 132

PEMAN, José María.
El "Séneca" y la zarza lobera 164

PEREDA, José María de.
Peñas arriba: "Una cacería en la montaña" 135

PEREZ GALDOS, Benito.
Episodios Nacionales: "Zaragoza" 105

PRIMO DE RIVERA, José Antonio.
La gaita y la lira 172

QUEVEDO, Francisco de.
Política de Dios 66

QUINTANA, Manuel José.
Vida de los españoles célebres: "Vasco Núñez de Balboa" 88

RAMON Y CAJAL, Santiago.
Recuerdos de mi vida 147

ROPS, Daniel.
La Sublime Historia: "Historia de José" 25
La Sublime Historia 49

RUBEN DARIO.
Granada 166

SAGRADA BIBLIA.
Libro del Génesis 14
Libro de Tobías 15
Salmo XIX de David 62

SAINT-EXUPERI, Antoine de.
Le petit prince 63

SALAVERRIA, José María.
Viaje a España 100

SALINAS, Pedro.
Poema de Mio Cid (Versión moderna) 140
Poema de Mio Cid (Versión moderna) 143

SANCHEZ SILVA, José María.
Marcelino Pan y Vino 30

SENECA, Lucio Anneo.
Cartas a Lucilio (Carta XXIV) 162

SERNA, Víctor de la.
Nuevo viaje por España. III: "La venta de Tajahierro" 129

SOLIS, Antonio de,
Razonamiento de Hernán Cortés 83

UNAMUNO, Miguel de.
Recuerdos de niñez y mocedad 36
Andanzas y visiones españolas: "Salamanca" 109

URABAYEN, Félix.
La última cigüeña 151

VALERA, Juan.
El espejo de Matsuyama 20

Indice de materias

Tú y Yo

Creación de la mujer 14
Amor del hijo al padre 15
Amor del padre al hijo 18
Amor a la madre 20
Amor de la madre 23
Los hermanos 25
El amigo 30
La escuela 35

TODOS

La vida en común 55
El orden de las cosas 62
Las órdenes de los hombres 63
La jerarquía 66
La rebeldía ante la injusticia 67

La obediencia 76
El alcalde 77
El jefe 83
Cómo mandar 85
La nobleza 88
La fama 90
La ciudad 95
Los arrabales 98
Las callejas del pueblo 99
Las viejas casonas 100
Los gitanos 101
La catedral 102
Los hombres del pueblo 107
La plaza 109
El cerillero 110
El sereno 112
El industrial 115
Los marineros 118

ESPAÑA

España adivinada 127
Comienzos de España 129
Pescadores asturianos 132
Cazadores montañeses 135
La meseta 139
La Alcarria 141
El Cid 143
Valle del Ebro 147
Pirineos 151
Mediterráneo catalán 153
Levante 155
Centro de España: Toledo 161
Extremadura 158
Galicia 159
La Mancha 160
Córdoba 162
Sevilla 163
Granada 166
Gloria de España 168
Unidad de España 170
Amor a España 172
Ser español 174
Vocabulario 177
Indice de autores y textos 185

ESTA OCTAVA EDICIÓN DE "VELA Y ANCLA", TERMINOSE DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE RIVADENEYRA, S. A., EL 14 DE AGOSTO DE 1964, VÍSPERA DE LA FESTIVIDAD DE LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.